

¡Proletarios de todos los países, uníos!



ARCHIVO

La INTERNACIONAL COMUNISTA

REVISTA MENSUAL

Organo del C. E. de la
Internacional Comunista

En este número:

**De la revolución burguesa
a la revolución proletaria**

Núm. 7

Julio 1939

MINISTERIO
DE CULTURA



¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

(Organo del C. E. de la I. C.)

Aparece en español, ruso, alemán, inglés, francés y chino

A large, stylized handwritten signature in black ink, appearing to read 'Vibes', is written over a faint watermark of the coat of arms of the Republic of Spain. The signature is fluid and cursive, with long, sweeping lines.

EDICIONES EUROPA-AMERICA
Sección española del BUREAU D'EDITIONS
París-México-Nueva York

SUMARIO

EDITORIAL

De la revolución burguesa a la revolución proletaria..... 3

LOS PROBLEMAS DEL DIA

Hace veinticinco años y hoy..... 12

El trabajo de zapa colonial del fascismo alemán..... 15

Una conversación se entabla..... 19

Los «zánganos» 21

Por la «reconciliación» contra la unidad..... 25

Al compás de la burguesía reaccionaria..... 29

«Dirigentes» que no creen en la victoria..... 32

Las preocupaciones de los socialdemócratas reaccionarios alemanes.. 36

Modigliani, abogado del anticomunismo..... 39

La lucha por Bolivia..... 43

CUESTIONES TEORICAS Y PRACTICAS DEL MOVIMIENTO OBRERO Y DE LA LUCHA MUNDIAL CONTRA EL FASCISMO

E. MARTIN: El terror en España..... 49

K. FUNK: Importancia de la teoría leninista-stalinista del Estado para la clase obrera internacional..... 55

Bo GU: Las teorías del frente único nacional antijaponés..... 71

EN EL PAIS DEL SOCIALISMO

A. DUVAL: El auge de los pueblos soviéticos..... 79

CRONICA DE ACONTECIMIENTOS 86

De la revolución burguesa a la revolución proletaria

Hace ciento cincuenta años, el pueblo de Francia se levantó para barrer un sistema social podrido. Bajo los embates de los hombres de las ciudades y de los campesinos, de los obreros y de los intelectuales, se hundió el régimen de la nobleza, cuyos muros angostos y carcomidos robaban a un mundo que nacía la luz y el aire que necesitaba para desarrollarse. Cuando, el 14 de julio de 1789, la *Bastilla*, la tenebrosa prisión de Estado de París, fué asaltada y sus puertas abiertas por las masas populares; cuando los presos salieron de aquellas lóbregas mazmorras a la luz del día, todo el mundo se dió cuenta de la significación simbólica de este acontecimiento; la Bastilla de la dominación de la nobleza había sido abatida y de las lóbregas mazmorras del viejo régimen feudal salían a la luz del día, para edificar una sociedad nueva, los siervos campesinos y los vecinos de las ciudades, encadenados por las trabas aduaneras, por las ordenanzas gremiales y por el despotismo aristocrático. En la noche del 4 de agosto, fueron abolidos, por acuerdo de la Asamblea Nacional, todos los privilegios feudales; fueron barridos por el vendaval, como hojas secas, y arrojados al estercolero de la historia, la servidumbre de la gleba, la jurisdicción señorial, los tributos de los campesinos a los grandes terratenientes de la nobleza y de la iglesia, el monopolio de la aristocracia sobre todos los empleos del Estado y del ejército, sobre las prebendas y las sinecuras, las barreras entre las distintas regiones y comarcas, los infinitos privilegios, la justicia venal y enemiga del pueblo, las cortapisas feudales y gremiales, todos aquellos privilegios e instituciones cuya intangibilidad era el dogma de la clase dominante. Sobre sus ruinas, se proclamaron los *derechos del hombre*, la *igualdad de derechos de todos los ciudadanos del Estado*. Brotó una sociedad nueva, la sociedad burguesa, que había ido germinando en el seno del viejo régimen feudal. Esta sociedad nueva tuvo por partera la violencia de la revolución popular. Iluminó su cara infantil el resplandor de los incendios de los señores expoliadores de campesinos. Los repiques de campanas tocando a rebato y los cánticos revolucionarios saludaron su advenimiento. Los heroicos combatientes de la libertad la defendieron contra los poderes del pasado. La insurrección armada le cantó una inolvidable canción de cuna.

Hoy, sin embargo, la burguesía se esfuerza en renegar de sus orígenes revolucionarios. La burguesía, que surgió del derrocamiento revolucionario del viejo régimen, se ha convertido, a su vez, en una fuerza vieja y reaccionaria. Ella, que erigió su sociedad en violentas luchas de clases contra los señores feudales, maldice hoy la lucha de clases del proletariado. Ella, que se lanzó a las barricadas a lu-

char por la libertad y el progreso, pretende hoy ahogar la libertad y cerrar el paso al progreso. Ella, que predicó la guerra de liberación contra todos los opresores, ha estrangulado a la democracia española y ha recibido a los que en España lucharon por la libertad a culatazos y con alambradas. Ella, que proclamó el derecho a la insurrección, azuza hoy a sus perros de presa, en nombre «del orden y de la paz», contra los oprimidos que defienden sus derechos humanos. Hoy, la dominación de clase de la burguesía pesa sobre los pueblos como en otro tiempo la dominación de clase de la nobleza feudal: oprimiendo y asfixiando a los pueblos, propagando la peste de la descomposición. El capitalismo, que hace ciento cincuenta años abatía fortalezas y abría paso al desarrollo humano, es hoy la más negra de las fortalezas y el peor de los obstáculos que se alzan ante el desarrollo de la humanidad. Hoy, las lóbregas mazmorras del capitalismo exhalan olor a cadáver y vaho de corrupción, la degeneración y el crimen, como en otro tiempo las lóbregas mazmorras del feudalismo. Hoy, el capitalismo se halla en putrefacción como en su tiempo el feudalismo.

Esta *decadencia de la burguesía* encuentra su expresión más acusada en el sistema de la dominación fascista. Las capas más reaccionarias de la burguesía, cuya dictadura terrorista brutal es *el fascismo*, han declarado la guerra más implacable a la herencia de la revolución democráticoburguesa. Los dirigentes fascistas proclaman que su misión «histórica» es destruir todas las conquistas de la Revolución francesa, acabar con todo lo que la Revolución francesa ha dado a los pueblos. Los Hitler y los Mussolini, los Goebbels y los Rosenberg, se han hartado de repetir que su lucha va dirigida, en primer término, contra las ideas del 4 de agosto de 1789, que su «misión» consiste en exterminar estas ideas sin dejar rastro de ellas, en arrancar del libro de la Historia todo lo que recuerde la libertad, la igualdad de derechos entre los hombres, la democracia. Alfredo Rosenberg, el «ideólogo» del fascismo alemán, se ha solidarizado más de una vez con los señores feudales, los esclavizadores de campesinos y los déspotas que emigraron de Francia en 1789 para encender la guerra contra su pueblo. Y ha ensalzado a los señores feudales franceses, a estos parásitos corrompidos, a estos vampiros y traidores a la patria, como los «últimos representantes de la noble raza nórdica» en Francia, presentando el triunfo de la revolución democráticoburguesa, el triunfo de los ciudadanos y los campesinos franceses, como la «decadencia racial» de este país. Ningún historiador serio se atreve a discutir ni a paliar la espantosa corrupción de los señores feudales que saquearon a Francia hasta el año 1789. Hasta el archireaccionario historiador prusiano Sybel, que sólo tiene para la Revolución francesa una incompreensión cargada de odio, se ve obligado a escribir en su «Historia de la época revolucionaria»:

«Los grandes propietarios que se preocupaban personalmente de sus fincas y de sus tributarios eran una minoría insignificante. Todo el que podía más o menos volaba hacia los placeres de la Corte o de la capital y no retor-

naba a sus fincas más que para volver a llenar la bolsa, vaciada por la ociosidad. Una vez aquí, vivía en un retraimiento de usurero, acopiando riquezas..., y los campesinos huían de él como de un acreedor insaciable... Los intereses espirituales les atraían tan poco como las faenas agrícolas. Las excepciones a esta triste regla eran tan contadas que no ejercían la menor influencia en la situación del país.»

¡Y esta gentuza es, según el fascista Rosenberg, la flor y nata de la «noble raza nórdica», en nombre de la cual se revuelve furioso este «ideólogo» contra la Revolución francesa!

Es perfectamente lógico que los fascistas alemanes se sientan hermanados con los espectros de los viejos señores feudales y que vean en ellos sus modelos y precursores. La situación que ha acarreado el fascismo presenta cierta analogía con la situación anterior a la revolución democráticoburguesa. El capitalismo en putrefacción, que los fascistas defienden, ofrece cierta semejanza con el feudalismo putrefacto; a pesar de las diferencias tan profundas que separan al capitalismo del feudalismo, la *descomposición* establece entre ellos ciertos puntos de contacto. En el relato de un historiador, leemos:

«Como, según este sistema, el Estado se mete en todo y lo gobierna todo, como ningún municipio puede levantar una iglesia derruida o reparar una casa parroquial ruinoso, un camino estropeado o un puente que amenace ruina, sin pasarse un par de años aguardando a que la autoridad lo ratifique...»

Estas líneas, tomadas de la «Historia de la Revolución francesa», de Häuser, podrían haber sido sacadas perfectamente de una información sobre cualquier país fascista. He aquí una queja sobre las autoridades superiores, en la que se dice:

«El modo completamente defectuoso de proveer estos cargos, la incertidumbre acerca de los límites de sus funciones y de su competencia, el sinnúmero de puestos..., todo tiende a favorecer los abusos del pequeño despotismo; la opinión pública los condena y se les debe poner coto, pues son incompatibles con la felicidad, la libertad y la dignidad del pueblo.»

¿Es un grito de queja contra los sátrapas fascistas? No; es un párrafo tomado del cuaderno de quejas y reivindicaciones del Tercer Estado de Rennes, escrito antes de la Revolución francesa.

Veamos, ahora, un resumen de las reivindicaciones generales del pueblo:

«Reclaman unánimemente que se implante un régimen constitucional y de derecho..., garantías para la seguridad de la persona y de los bienes, libertad de prensa, secreto inviolable de la correspondencia, responsabilidad de los ministros, reparto equitativo de los impuestos...»

Estas reivindicaciones de un pueblo no están tomadas de ningún documento antifascista de nuestro tiempo, sino de los cuadernos de quejas y reclamaciones del Tercer Estado antes de la Revolución francesa. Continuemos leyendo:

«Se condena irremisiblemente todo el mecanismo del Estado: ¡nada de mandatos de prisión, de cárceles del Estado, de policía secreta, de tribunales de excepción, de detenciones arbitrarias, de procesos secretos...! Eso es lo que escuchamos en todas partes.»

¿Dónde? ¿En la Alemania o en la Italia fascistas? No; en la Francia feudal de antes de la Revolución francesa.

Se comprende el odio de los fascistas contra una revolución que proclamaba y realizó tales reivindicaciones, reivindicaciones que han vuelto a cobrar hoy una actualidad palpitante. Y este odio se comprende todavía mejor si se tiene presente *la proclamación de los derechos del hombre*, en la que se dice que todos los hombres son libres e iguales en derechos, que todos ellos gozan del derecho de resistencia contra la opresión y que toda soberanía viene del pueblo. Cada palabra de esta proclamación es una acusación contra el fascismo, una acusación contra la burguesía reaccionaria, que reniega de este documento con el que subió al Poder. Se comprende la furia del fascismo ante estas palabras, tomadas de las reivindicaciones de la ciudad de París:

«Ordenamos a nuestros representantes que se opongan inflexiblemente a cuanto pueda atentar contra la dignidad de ciudadanos libres, cuya función es ejercer los derechos de soberanía de la nación... Sólo la nación puede autorizar los impuestos y tiene derecho a determinar su cuantía, a fijar su duración, a ordenar su aplicación, a exigir que se le rindan cuentas y a decretar su subasta... La libertad natural, civil y religiosa de todo hombre, su seguridad personal, su completa independencia ante toda autoridad que no sea la de la ley, impiden toda indagación acerca de sus opiniones, discursos, escritos y actos, siempre y cuando que no atenten contra el orden público o lesionen los derechos ajenos.»

Y uno se imagina fácilmente la sensación que tienen que causar a los fascistas las palabras con que Robespierre exigía, el 24 de abril de 1793, que se ampliasen los derechos del hombre y del ciudadano, condensando sus reivindicaciones en cuatro artículos:

Artículo 1. Los hombres de todos los países son hermanos y los diversos pueblos deben ayudarse, en todo lo posible, al igual que los ciudadanos de un mismo Estado.

Artículo 2. Quien oprima a una nación se erige con ello en enemigo de todas las naciones.

Artículo 3. Quienes guerrean contra un pueblo para impedir los progresos de la libertad y destruir los derechos del hombre deben ser tratados por todos los demás pueblos, no como simples enemigos, sino como asesinos y bandidos en rebeldía.

Artículo 4. Los reyes, los aristócratas y los tiranos, cualquiera que sea la nación a que pertenezcan, son esclavos rebelados contra el soberano de la tierra, contra el género humano y contra el legislador del universo, contra la naturaleza...»

Contra todas estas ideas de la Revolución francesa, se revuelven hoy los fascistas, como «asesinos y bandidos en rebeldía». Odian y temen estas ideas, que siguen viviendo a pesar de que la burguesía hace ya ciento cincuenta años, ni quería ni era capaz de realizarlas. Pero los fascistas no se alzan solamente contra las ideas de la revolución democrático-burguesa, como sus enemigos mortales, sino también contra sus conquistas efectivas. Pretenden convertir de nuevo a los trabajadores en siervos y en vasallos, destruir los derechos y liberta-

des democráticos, la libertad de prensa, la libertad de reunión y el derecho de coalición, suplantando la soberanía de la nación por el principio del mando desde arriba, abolir la igualdad fundamental de todos los ciudadanos ante la ley, hacer de las cárceles del Estado y de la policía secreta, de los tribunales de excepción y de las detenciones arbitrarias, la base del régimen y someter a los súbditos privados de derechos a autoridades omnipotentes y despóticas. En los países sometidos a su tiranía, han puesto todo esto en práctica; ahora, pretenden imponer este sistema a los demás países. Así como hace ciento cincuenta años las potencias reaccionarias de Europa se unieron en la «Santa Alianza» contra la Revolución francesa y desencadenaron una guerra mundial, hoy las potencias fascistas pretenden destruir la libertad de todos los pueblos y convertir al mundo en una inmensa cárcel. Y así como entonces los secuaces de la contrarrevolución francesa se desenmascararon como traidores a la patria y apoyaron a los enemigos mortales de su pueblo, hoy, las capas más reaccionarias de la burguesía de Francia, de Inglaterra y de otros países están dispuestas a confabularse con los agresores fascistas en contra de sus propios pueblos. En aquel tiempo, la contrarrevolución destacaba a sus agentes en el campo revolucionario, donde se las daban no pocas veces de muy radicales, ahogando el tintineo del dinero extranjero con el estrépito de sus frases; hoy, la contrarrevolución sigue teniendo agentes a sueldo en el campo del movimiento democrático y proletario. Entonces no hubo fuerza capaz de contener el triunfo de la revolución democrático-burguesa sobre el feudalismo putrefacto; lo mismo hoy, *no habrá potencia capaz de contener el triunfo de las fuerzas democráticas sobre el fascismo ni el triunfo de las fuerzas socialistas sobre el capitalismo.*

La revolución democrático-burguesa triunfó porque era la lucha de las nuevas fuerzas productivas, de las fuerzas que pugnaban por avanzar y cuyo desarrollo entorpecía el feudalismo, la lucha del joven régimen capitalista de producción contra la anticuada economía natural, la lucha de una clase social ascensional y progresiva contra una clase social decadente que se aferraba al pasado: la nobleza feudal. El régimen feudal, con sus estamentos y gremios, sus trabas aduaneras y sus privilegios, su sedentarismo y su servidumbre de la gleba, cohibía las fuerzas productivas que habían nacido en su seno; este régimen tenía que saltar hecho añicos y saltó.

«Las relaciones inertes y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado y, al fin, el hombre se ve obligado a contemplar con mirada fría su situación en la vida y sus relaciones con los demás.» (Marx y Engels, «El Manifiesto Comunista».)

La revolución democrático-burguesa no engendró aquella sociedad de hombres libres e iguales con la que soñaban los jacobinos más consecuentes y más honrados, pues no existían aún las bases econó-

micas necesarias para semejante sociedad. Los verdaderos vencedores no podían ser los pequeños burgueses y los proletarios que derramaban su sangre por la revolución en las barricadas y en los frentes de la guerra de liberación, aunque también ellos se abrieron el camino hacia el porvenir mediante el derrocamiento del régimen feudal; el verdadero vencedor era la clase que disponía de los medios más importantes de producción de la nueva sociedad: la burguesía. De la revolución democrático-burguesa, salió vencedor el *capitalismo*, que realizó empresas formidables, pero que llevaba ya en su entraña el germen de la decadencia.

El capitalismo acrecentó en proporciones gigantescas las fuerzas productivas. Enriqueció a la humanidad con inventos y descubrimientos fundamentales. Acercó entre sí a los países y a los continentes, derribó las barreras que se alzaban entre las zonas culturales aisladas unas de otras y echó los cimientos para una cultura humana universal. Aceleró de un modo inaudito el ritmo del progreso y dió a las masas populares la posibilidad de agruparse, de organizarse, de intervenir activa y conscientemente en la marcha de los acontecimientos. Sin embargo, volvió a condenar a la aplastante mayoría de los hombres a la miseria y a la esclavitud, en beneficio de una pequeña minoría. Instauró una nueva y despiadada dominación de clase y provocó nuevas y terribles luchas de clases. Y aunque doméñó ampliamente las fuerzas naturales e hizo crecer enormemente la riqueza de bienes materiales y de cultura, despertando la conciencia social de las grandes masas populares; al mismo tiempo, dió pruebas de su completa incapacidad para organizar, con arreglo a un plan, la economía y someter las fuerzas productivas a la razón y a la voluntad humanas.

Hoy, ocurre con las relaciones capitalistas de propiedad y de producción lo mismo que sucedió con las relaciones de propiedad y de producción de la época feudal: se han ido convirtiendo poco a poco en otras tantas trabas de la producción y es necesario hacerlas saltar para que puedan seguirse desarrollando las fuerzas productivas.

«Las relaciones burguesas de producción y de cambio, el régimen burgués, que ha sabido hacer brotar como por encanto medios tan fabulosos de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que desencadenó... Las fuerzas productivas... son ya demasiado poderosas para desenvolverse dentro de aquellas relaciones, que las agarrotan... Las relaciones burguesas resultan ya demasiado estrechas para albergar la riqueza por ellas engendrada.» (Marx y Engels, «El Manifiesto Comunista».)

Esta contradicción interna cada vez más acentuada del sistema capitalista de producción hace que *el capitalismo se convierta, de una fuerza propulsora, en una traba entorpecedora del progreso*, en un cuerpo en descomposición. Esto hace que sea necesaria e inevitable una nueva revolución, para eliminar al capitalismo agonizante y someter las fuerzas productivas a la razón y a la voluntad de la sociedad entera. Así como hace ciento cincuenta años, los pueblos de Europa

amenazaban con asfixiarse por el hecho de que los principales productores de aquel tiempo eran campesinos siervos de la gleba y artesanos atrasados y vinculados a los gremios, hoy, los pueblos de la tierra amenazan con asfixiarse por el hecho de que los principales productores son los proletarios esclavos asalariados. Y así como entonces no había más camino de salvación y de progreso que el que el capitalismo sacudiese todas las trabas que le agarrotaban y convirtiese a los siervos en obreros asalariados libres para disponer de su trabajo y colocados en un nivel más alto de cultura, hoy no hay más camino de salvación y de progreso que el que la sociedad en conjunto se haga cargo de los medios de producción y que los hombres verdaderamente libres e iguales en derechos satisfagan con su producción social las necesidades de la humanidad y creen una cantidad cada vez mayor de riquezas sociales.

La clase obrera, la clase más numerosa, más poderosa y más progresiva de la sociedad moderna, está llamada a sustituir a la burguesía reaccionaria, anquilosada y aferrada al pasado, del mismo modo que la burguesía sustituyó, en otro tiempo, a la nobleza feudal.

Para impedir este progreso necesario y mantener en pie al capitalismo agonizante, la burguesía reaccionaria ha hecho suya la máxima que practicaba la nobleza feudal en vísperas de la Revolución francesa: «¡Después de nosotros, el diluvio! ¡No importa que después de nosotros el mundo entero se hunda entre ruinas y en la barbarie, con tal de que nosotros podamos gozar todavía de un día más, de una hora más!». La burguesía reaccionaria está resuelta a sacrificar todo lo que la revolución democráticoburguesa ha dado al mundo en el terreno del progreso humano en general, de la libertad y de la cultura, con tal de salvar al capitalismo, en su forma más repelente, del hundimiento inevitable. No quiere saber ya nada de las banderas y las velas desplegadas con que en otro tiempo se lanzó al mar de la historia; lo único que le interesa es sacar a flote los tesoros escondidos en las bodegas del barco podrido y expuesto a naufragar; unos tesoros que no aprovechan a nadie y que se hurtan a las masas de la humanidad. No quiere saber ya nada de los derechos del hombre, proclamados por ella en otro tiempo, de las conquistas democráticas ni de las alentadoras esperanzas de su pasada revolución. Y sobre las ruinas de la Bastilla derribada por ella, levanta la nueva y espantosa Bastilla de su dictadura terrorista descarada.

Es *la clase obrera la que*, luchando contra esta traición de la burguesía, *defiende las conquistas de la revolución democráticoburguesa*. Contra los dictadores fascistas y sus aliados reaccionarios de otros países, la clase obrera defiende los derechos y las libertades democráticoburgueses, la libertad de prensa, la libertad de reunión y el derecho de coalición; defiende la propiedad de los campesinos sobre los productos de su trabajo y los medios de existencia de la clase media de las ciudades; defiende la libertad de opinión y la libertad de la ciencia; defiende el derecho de los ciudadanos del Estado a gobernar sus

países y el derecho de las naciones a regir sus destinos. Pero, al mismo tiempo, la clase obrera lucha por la realización de aquellas elevadas ideas de humanidad con las que soñaron los más audaces y más consecuentes hombres de la revolución democráticoburguesa, sin haber conseguido ponerlas en práctica. El capitalismo no sólo no realizó, sino que pisoteó los derechos del hombre, proclamados en 1789. Y se ríe sardónicamente de los postulados que Robespierre expresara el 5 de febrero de 1794, en estas bellas palabras:

«Queremos que reine la moral donde hoy reina el egoísmo; que los principios sustituyan a las costumbres; que el reino de la razón desplace a la esclavitud de la tradición; que el desprecio del vicio ocupe el puesto del desprecio de la felicidad y la avidez de gloria suplante a la codicia de dinero. Hombres rectos en vez de la «buena sociedad»; verdad en vez de «apariencias»; hombres enteros en vez de la mezquindad de los grandes; un pueblo sublime, poderoso, victorioso y feliz.»

No; el capitalismo no pudo ni quiso realizar estos postulados.

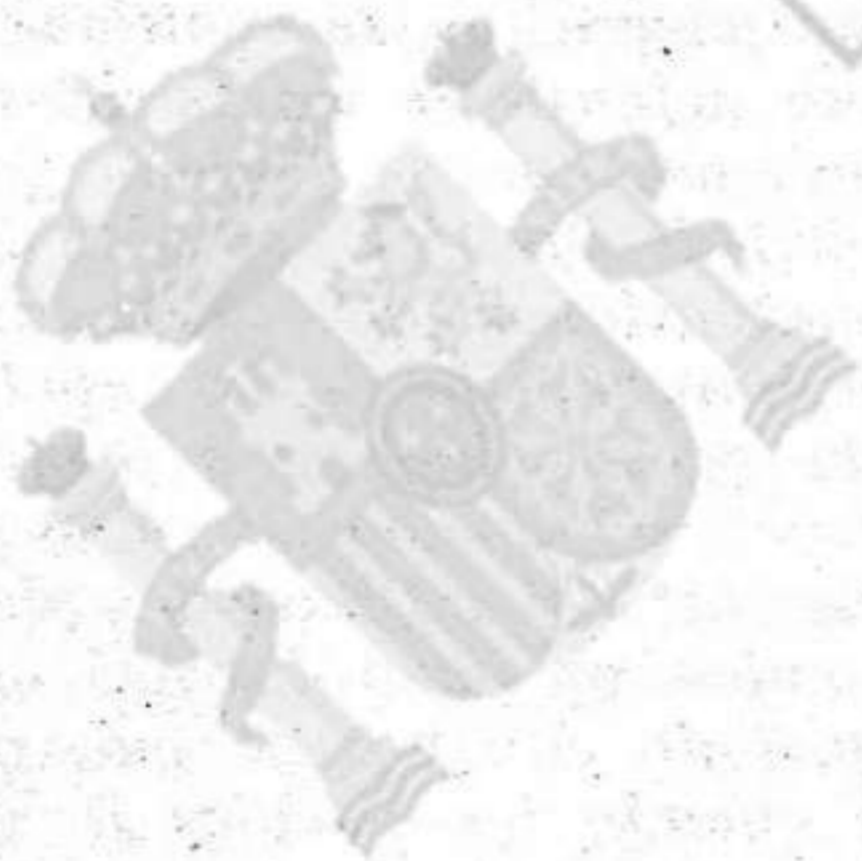
«Hoy, sabemos —escribe Engels en su «Anti-Dühring»— que este reino de la razón no era más que el reino idealizado de la burguesía; que la justicia eterna tomó cuerpo de realidad en la justicia burguesa; que la igualdad se redujo a la igualdad burguesa ante la ley; que se proclamó como uno de los derechos fundamentales del hombre el derecho de la propiedad burguesa y que el Estado de la razón, el contrato social de Rousseau, se puso y sólo podía ponerse en práctica bajo la forma de la República democrática burguesa.»

Sin embargo, el sueño de los derechos del hombre no se perdió. La clase obrera lo recogió y lo llevó a la práctica en su Estado, en la *Unión Soviética*, en el País del Socialismo. Y del mismo modo que la herencia cultural de la revolución democráticoburguesa sigue viviendo y desarrollándose bajo el socialismo, muchos de los postulados y de las esperanzas que la revolución democráticoburguesa no alcanzó a realizar han sido realizados por vez primera bajo el régimen socialista. La sociedad de hombres verdaderamente libres y verdaderamente iguales en derechos ha tomado cuerpo de realidad ante nuestros ojos en la Unión Soviética socialista. Los nuevos derechos del hombre, los derechos del hombre socialista, han sido plasmados en la Constitución staliniana de la Unión Soviética y garantizados por el sistema de la economía socialista, por la sociedad socialista; son el derecho al trabajo, el derecho a la instrucción y el derecho al descanso. La gran reivindicación de la unidad del pueblo, de la fraternidad de las naciones, la vemos realizada hoy en la unidad política y moral del pueblo soviético, en la unión fraternal de todos los pueblos de la U.R.S.S. Aquel pueblo sublime, poderoso, victorioso y feliz, que Robespierre veía dibujarse en su espíritu, presenta hoy los rasgos del grande y libre pueblo soviético. Los jacobinos tenían que fracasar porque sus aspiraciones se salían del marco de las relaciones de producción. En cambio, los bolcheviques, socializando los medios de producción, han conseguido extender en proporciones inmensas las relaciones de producción de la sociedad y sentar con ello la base material que las ideas de humanidad de 1789 necesitaban para realizarse.

La burguesía reaccionaria intenta borrar el «pecado de su juventud», la revolución democráticoburguesa. La clase obrera defiende las conquistas positivas de esta revolución contra los descendientes degenerados de los hombres de 1789, contra los agresores fascistas y los reaccionarios traidores a su patria. Y en esta lucha, avanza hacia la revolución proletaria, para realizar en toda la tierra los derechos del hombre socialista y formar un género humano sublime, poderoso, victorioso y feliz. Alumbra su camino y le sirve de modelo en esta lucha la Unión Soviética, el País del Socialismo.

Hace ciento cincuenta años, el pueblo francés se puso a la cabeza de la humanidad. *Hoy, el pueblo que marcha a la cabeza de la humanidad es el grande y glorioso pueblo soviético.*

MINISTERIO
DE CULTURA



Los problemas del día

Hace veinticinco años y hoy.

Hace veinticinco años, la humanidad asistía al crimen más espantoso que conoce la historia universal. La guerra mundial imperialista se abatió sobre los pueblos, desencadenada por una banda de capitalistas codiciosos de dinero y ávidos de poder.

La arbitrariedad se alzaba contra la arbitrariedad, el desafuero contra el desafuero, la violencia contra la violencia. Los imperialistas alemanes, que se consideraban perjudicados en el reparto del mundo, pretendían alzarse con la Europa central, conquistar los Balcanes, mediatizar el Asia Menor, esclavizar a Ucrania, clavar su bota en las costas del Mar Negro. Los imperialistas rusos querían ensanchar el podrido imperio de los zares, aplastar a Turquía y apoderarse de los Dardanelos y del Bósforo. Los imperialistas franceses aspiraban a recuperar Alsacia-Lorena y a asegurar su hegemonía sobre Europa. Los imperialistas ingleses pretendían desplazar a los competidores alemanes y redondear y afianzar su imperio mundial. Algunos pequeños pueblos, como Servia, mantenían una guerra de liberación nacional, pero que no podía hacer cambiar en lo más mínimo el carácter imperialista y rapaz de la guerra en su conjunto. En esta guerra, no se ventilaba la libertad ni la democracia, no se ventilaba la defensa de los pueblos contra un agresor que amenazase su independencia, no se luchaba por «frentes ideológicos», para emplear un tópico de los tiempos actuales; se ventilaban, pura y simplemente, las pretensiones apenas recatadas de poder y de posesión de la burguesía imperialista de las «potencias centrales» y de la «Entente». Si las burguesías inglesa y francesa embaucaban a los pueblos diciéndoles que se habían lanzado a la guerra para defender la democracia occidental contra el militarismo alemán, como a su vez la burguesía alemana afirmaba con igual descaro que defendía la libertad contra la barbarie rusa, todo ello no era más que mentira y engaño. La prueba está en que cuando los pueblos de Rusia sacudieron el yugo del zarismo y del capitalismo, los imperialistas de las potencias centrales y de la Entente dirigieron sus armas mano a mano contra la revolución rusa.

El primer muerto de la guerra mundial imperialista fué la Segunda Internacional. Los dirigentes socialdemócratas de Francia e Inglaterra, de Alemania y de Austria, volviendo la espalda a todo internacionalismo, se pusieron a la disposición de «su» burguesía imperialista. Escindieron a la clase obrera internacional y sellaron la «paz sagrada» con la burguesía imperialista, para arrastrar a los obreros a la guerra de bandolerismo de los imperialistas. Sólo los bolcheviques se enfrentaron resueltamente con la burguesía imperialista; sólo el Partido de

Lenin y Stalin puso al desnudo implacablemente el carácter rapaz, imperialista de la guerra y señaló al proletariado la meta: provocar en cada país la derrota y el derrocamiento de la burguesía, transformar la guerra imperialista en la guerra civil, en la revolución y destruir la raíz de la guerra, el capitalismo. Algunos internacionalistas valientes e insobornables, como Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburg, adoptaron en otros países una posición semejante frente a los bandoleros imperialistas, a su guerra, aunque no con la claridad y la consecuencia con que lo hizo Lenin. Con su lucha contra la guerra imperialista y contra la sangrienta escisión de la clase obrera, los bolcheviques echaron los cimientos para una nueva y verdadera unidad del proletariado, para una nueva e indestructible Internacional.

La guerra terminó con la derrota de las potencias centrales, con el triunfo de la clase obrera en Rusia y con la ruina de los pueblos en todos los demás países.

Los pueblos, reducidos a la miseria, desangrados, postrados por el hambre y la peste, clamaban por un mundo nuevo, por el aplastamiento de los culpables de la guerra, por la implantación de un nuevo orden social, capaz de garantizar la paz, la libertad y la cultura. En una sexta parte de la tierra, este anhelo de los pueblos se convirtió, en realidad, se aniquiló el capitalismo y se realizó el socialismo, bajo la dirección de Lenin y Stalin, garantizándose con ello la libertad, la paz y la cultura. En los demás países, la clase obrera no consiguió imponer el triunfo del socialismo. Los mismos dirigentes socialdemócratas que, para servir a «su» burguesía imperialista, habían provocado la sangrienta escisión de la clase obrera internacional, volvieron a ponerse a la disposición de esta burguesía y salieron al paso de los obreros revolucionarios con palabras cargadas de miel y armas llenas de sangre. Los obreros revolucionarios de Alemania, de Austria, de Italia y de otros países no tenían a su frente un partido firme, probado en las luchas y homogéneo como el Partido de Lenin y Stalin que, con su política audaz, certera y consecuente, pudiese aplastar a los agentes de la burguesía en las filas del movimiento obrero y ganarse a la mayoría de la clase obrera. Los agentes socialdemócratas de la burguesía en Alemania, en Austria, en Italia y en los demás países se salieron con la suya e impidieron que la revolución democráticoburguesa se transformase en la revolución socialista; más aún, impidieron que la revolución democráticoburguesa adquiriese su pleno desarrollo. Los grandes terratenientes y grandes capitalistas, cuyas propiedades defendían contra las masas revolucionarias, los generales y oficiales con los que se confabularon contra la revolución, los perros de presa a los que dieron suelta contra los obreros, eran el explosivo del fascismo depositado en los cimientos de la República democráticoburguesa.

Durante los días y los años en que los dirigentes socialdemócratas, mano a mano con la burguesía reaccionaria, ahogaban en su cuna la revolución proletaria, se allanó el camino para la segunda guerra imperialista.

La guerra mundial había terminado, pero el imperialismo seguía en pie. En los países en que le tocó una parte reducida del botín, este imperialismo asumió un carácter especialmente agresivo. Reclutó bandas de asesinos fascistas, con ayuda de las cuales destruyó la democracia y obligó al pueblo a forjar en silenciosa servidumbre las armas de una nueva guerra. El imperialismo alemán, italiano y japonés se ha propuesto como meta no sólo imponer un nuevo reparto del mundo por la violencia, sino, además, poner fin a toda clase de libertad en el mundo y someter todo el planeta a la bárbara y desenfrenada dominación de un puñado de capitalistas. La lucha de los imperialistas alemanes, italianos y japoneses por la dominación mundial es, al mismo tiempo, una cruzada de exterminio de los derechos y libertades democráticos de todos los pueblos, por limitados e insignificantes que ellos sean.

La agresión de los Estados fascistas ha desencadenado la segunda guerra imperialista. Esta guerra habría empezado ya antes y se habría convertido desde hace ya mucho tiempo en una matanza mundial inimaginable, si no hubiese en el mundo una formidable potencia de paz que no existía aún en 1914: la Unión Soviética socialista.

En efecto; si la segunda guerra imperialista no se ha convertido hasta hoy en una guerra mundial y si existe todavía la posibilidad de evitar la guerra mundial que amenaza, lo deben los pueblos exclusivamente a la existencia y a la política de la Unión Soviética. La existencia de la Unión Soviética, de un Estado poderoso en el que ha triunfado la revolución socialista y en el que el socialismo se va convirtiendo paulatinamente en comunismo, representa un obstáculo muy serio para los imperialistas. La revolución socialista triunfante, fruto de una guerra mundial, ya no se alza ante ellos como un amargo presentimiento del futuro, sino como una gigantesca realidad. Y esta realidad gigantesca no se alza solamente ante los imperialistas, sino que se alza también ante los pueblos, les infunde ánimos para oponerse a la agresión, les inculca la seguridad y la confianza en sí mismos. La política de la Unión Soviética ha sido siempre y es toda ella un grande e incansable servicio prestado a la paz. Es ella la que cierra el paso con mayor energía a los agresores. Es ella la que ayuda a los pueblos agredidos a defender su independencia. Es ella la que intenta levantar con una firmeza inconmovible su verdadero frente de la paz, suficientemente sólido para oponer una barrera a las nuevas agresiones. Por oposición a los actos rapaces de violencia de los agresores fascistas y a diferencia de las pérfidas maniobras de los ministros reaccionarios de los Estados burgueses no agresivos, la política de la Unión Soviética es la única que encarna los anhelos elementales de los pueblos y los más profundos deseos de todos los amigos sinceros de la paz...

Ya no vivimos en el mundo de 1914. Hoy, existe la Unión Soviética, el poderoso Estado del socialismo triunfante, que no amenaza a ningún pueblo ni a ningún Estado, que repudia toda opresión y toda conquista y cuya política refleja íntegramente el deseo de paz de los pueblos. Hoy, hay Estados como Francia, Inglaterra y los Estados Uni-

dos, cuya burguesía, por las razones egoístas que sea, desea que se mantenga el statu quo y aspiran a evitar una guerra mundial. Y, en cambio, hay Estados, como Alemania, Italia y el Japón, cuyo imperialismo no es simplemente una continuación del de 1914, sino que reviste el espantoso carácter de una fuerza aniquiladora de todo lo que sea libertad, cultura y dignidad humana. Si pudiese vencer, este imperialismo fascista traería consigo el hundimiento de la humanidad en la barbarie. Este imperialismo fascista, que amenaza la independencia y la existencia nacional de todos los pueblos, era y sigue siendo en todos los casos, inequívoca e indiscutiblemente, el agresor. Él es, inequívoca e indiscutiblemente, el que ha atacado a Abisinia, a España, a China, a Austria, a Checoeslovaquia, a Albania. Él y sólo él es, inequívoca e indiscutiblemente, el que ha desencadenado la segunda guerra imperialista. Él y sólo él es el culpable de que los pueblos ya no puedan vivir en paz, de que un día y otro llame a las puertas la guerra mundial.

A la vista de esta agresión de los Estados fascistas, no basta deshacerse en chácharas sobre la paz y gritar cuantas más veces mejor: «¡No más guerras!». A la vista de esta agresión fascista, es engañar a los pueblos decirles que se puede salvar la paz a fuerza de blandura y de concesiones al agresor, es traicionar a los pueblos hacerles creer que es preferible no defenderse contra el agresor. Hoy, sólo una cosa puede salvar la paz: la creación de un frente de paz tan fuerte y tan sólido, que el agresor fascista, caso de lanzarse a una nueva agresión, tenga que contar con su hundimiento seguro. Sólo así y no de otro modo puede salvarse la paz. Cualquier otro camino conduce a la guerra mundial.

En 1914, fueron sólo los bolcheviques los que señalaron a los pueblos el camino de un modo claro, resuelto y consecuente. Este Partido, entonces perseguido y recluido en la clandestinidad, no pudo impedir la guerra, pero pudo poner fin a ella con la revolución. A su lado se pusieron todos los que querían sinceramente la paz.

De nuevo son los bolcheviques los que, de un modo claro, resuelto y consecuente, señalan a los pueblos el camino. Pero hoy, hablan en nombre del más poderoso Estado del mundo, en nombre de la Unión Soviética socialista. Y hoy, se puede impedir la guerra si la clase obrera internacional hace frente, con energía y unidad, a los agresores fascistas y a sus cómplices reaccionarios, si todos los que desean sinceramente la paz se ponen sin reservas al lado de la Unión Soviética.

El trabajo de zapa colonial del fascismo alemán.

En los meses de mayo y junio, se celebraron los congresos de dos organizaciones que figuran entre los instrumentos más importantes del fascismo: en Viena, se reunieron los funcionarios de la «Liga colonial del Reich» y, en Stuttgart, celebró su congreso el «Instituto ale-

mán para el extranjero». En ambas asambleas, tomaron parte personas caracterizadas pertenecientes al círculo de los dirigentes fascistas. Estas reuniones han servido de piedra de toque para comprobar el estado en que se halla el trabajo de zapa del fascismo en los países que tiene para él una importancia estratégica socavar. Sus deliberaciones han servido para imprimir nuevo impulso a los agentes del fascismo alemán en el extranjero y para señalarles los objetivos inmediatos que deben perseguir.

El hecho de que la «Liga colonial del Reich» se haya reunido precisamente en Viena es un síntoma del papel que la Austria anexionada desempeña en el imperio colonial europeo de Alemania. La elección de Viena como sede del congreso es un símbolo de que el fascismo alemán se ha trazado dos objetivos coloniales que, lejos de excluirse, se completan mutuamente. En el lenguaje fascista, se llama «colonización interior» a la anexión de países europeos hasta ahora independientes y a su explotación por el imperialismo alemán. La «colonización interior» pretende servir de base a la colonización ultramarina. La fuerza y la savia que el fascismo chupa a los pueblos de Europa oprimidos y sojuzgados por él es lo que —según sus designios— habrá de ponerle en condiciones de perseguir los objetivos más lejanos, lo que habrá de realzar su potencia en el continente europeo frente a Inglaterra y Francia y lo que habrá de decidir el litigio en torno al nuevo reparto de las posesiones coloniales en favor del fascismo alemán. Bajo el imperio del fascismo, las energías del pueblo alemán, puestas en tensión, se enganchan al carro de la más desvergonzada política imperialista de conquistas. Según el plan del fascismo, las riquezas naturales y las energías de los países coloniales y semicoloniales de Europa sojuzgados por Alemania no tienen más misión que acrecentar este potencial; aparte de la importancia estratégica inmediata que el hecho de poseer o de someterse ciertos países tiene para el desarrollo de sus planes de expansión.

El gran almirante Raeder, que intervino en el congreso de Stuttgart, hizo resaltar el valor del «Instituto alemán para el extranjero», como centro hacia el que convergen las múltiples y variadas actividades de los agentes fascistas en el extranjero. Y el hecho de que el jefe de la marina de guerra alemana hablase también, con este motivo, de la «misión política» que a la marina de guerra le está asignada, indica hasta qué punto el fascismo alemán, persiguiendo derechamente sus fines, moviliza y emplea todos los medios de que dispone para preparar su nueva expansión imperialista. Las unidades y los barcos de la escuadra y de la marina mercante de Alemania son otros tantos centros flotantes de propaganda del fascismo, que se esfuerzan en ayudar sin tasa a los puestos avanzados de la expansión colonial, a las empresas comerciales y a las organizaciones de los «alemanes del extranjero». El «dinamismo» de que el fascismo alemán suele jactarse como su virtud específica se revela también en la lucha por las posesiones coloniales. Nada sería más falso, ni por tanto más peligroso,

que creer que la política colonial del fascismo alemán se limitará a exigir directa y oficialmente, cuando llegue el momento, la devolución de las antiguas colonias alemanas. En las publicaciones y en los discursos de los especialistas de la política colonial alemana, durante estos últimos tiempos, se dice con bastante claridad que la «devolución» y la «reparación» no son más que una parte de las reivindicaciones imperialistas de Alemania. El peligro que las pretensiones coloniales alemanas entrañan para la paz mundial no se reduce a que un buen día el mundo se encuentre con una serie de reivindicaciones precisas y concretas; el peligro reside ya en el amplio trabajo colonial de zapa que se está desarrollando y que prepara el terreno para un ataque más a fondo.

Algunos aspectos de esta múltiple y variada actividad se han convertido ya hasta tal punto en un fenómeno de todos los días, que pueden seguirse desarrollando sin preocuparse en lo más mínimo de la opinión pública. Así, por ejemplo, fuera del círculo de los elementos directamente interesados, se habla relativamente poco del intensivo trabajo de zapa que se realiza en el Sur de Africa y en Tanganika. Pero, últimamente, la radio alemana ha dado a entender la importancia que el imperialismo alemán atribuye a la labor de sus agentes en estas regiones, al organizar un servicio regular de propaganda y de noticias en «africano», que es la lengua que hablan los boers del Sur de Africa. Con esto, la propaganda del fascismo alemán ha dado un paso importante de avance. Intenta influir directamente sobre los boers, para ganárselos directamente como caballos de tiro al servicio de los intereses coloniales imperialistas de Alemania. Pero esta no es más que una de las mallas invisibles de la extensísima red del trabajo de zapa colonial del fascismo alemán.

A fines de mayo, los periódicos ingleses llamaron la atención acerca de los intentos del ex presidente de la Reichsbank, Schacht, de establecer en la India nuevos enlaces para el fascismo. Este representante de un Estado que se ha anexionado en Europa países tan desarrollados industrialmente como Austria y Checoslovaquia y que rebaja sistemáticamente las industrias de estos países al rango de simples apéndices e instrumentos auxiliares, se ha presentado en la India como misionero de una potencia que finge gran interés por el desarrollo técnico de la India y por la elevación del nivel de vida de sus habitantes. Con ello, Schacht personifica otro aspecto del aparato fascista del extranjero, cuya misión específica consiste en abrir paso a Alemania en los sectores del imperio británico que pueden ser importantes para debilitar la influencia inglesa y desorganizar los lazos que unen las diversas partes de este imperio.

Y no es Schacht el único que sale al extranjero como viajante de comercio del fascismo. Al lado de las visitas personales de los ministros fascistas, como la de Goebbels a Egipto, tenemos los largos viajes por el extranjero de los «periodistas» del fascismo, que persiguen fines muy eficaces. Schwarz van Berck, del «Angriff», de Berlín; pasó

año y medio en Egipto, en Singapoor, en Hong-kong, en Australia y en otros puntos de la zona de influencia de Inglaterra, no tanto, sin duda, para explotar este viaje como fuente de artículos de propaganda colonial dentro de Alemania, como, sobre todo, para sondear y preparar el terreno, creando enlaces para el fascismo alemán.

Cuando, al examinar las perspectivas de la política de expansión de Alemania, se dice, como ocurre muchas veces, que el fascismo no dispondrá de la fuerza real necesaria para alcanzar objetivos tan lejanos y tan múltiples, no se debe olvidar que este trabajo de zapa, por muy caótico y disperso que pueda parecer a primera vista, se halla supeditado a una política imperialista de conquistas relativamente consciente de los fines que persigue. El fascismo enciende muchas hogueras pequeñas, para encadenar las fuerzas de sus adversarios. Especula con el desconcierto y la desorganización de las fuerzas de sus enemigos como consecuencia de sus múltiples ataques y de su trabajo de zapa. Especula, finalmente, con la inclinación de los elementos reaccionarios de las clases dominantes de otros pueblos a ceder a los perturbadores fascistas de la paz, por medio de concesiones, el disfrute de una parte de sus posesiones. Con objeto de arrancar por el chantaje concesiones en Europa, finge a veces que sus intereses se circunscriben al continente europeo o a una parte de él. Lo cual no le impide empujar y horadar al mismo tiempo en ciertos puntos sensibles de otros continentes, con la esperanza de que de este modo conseguirá más rápidamente que se le hagan concesiones en Europa. Pero, en último término, las posiciones que el fascismo alemán consigue en Europa, por el chantaje, la estafa o la anexión, no son, en su fuero interno, más que una reafirmación de los fundamentos que le mueven a luchar por la supremacía en otros continentes.

Así se explica la doble misión que la política colonial imperialista alemana se ha trazado. Tal es la relación que guardan entre sí la llamada «colonización interior» y las pretensiones coloniales en ultramar. Son dos partes de uno y el mismo plan de expansión del imperialismo alemán, encaminado a la conquista del «espacio vital». «Espacio vital» es el nombre que se da a la explotación colonial imperialista con los métodos del fascismo. El «espacio vital alemán», según pregonaba el «Angriff» el 10 de junio de 1939, no es un asunto que sólo afecte a la Europa central o a toda Europa, sino que «incumbe al mundo entero».

Es, pues, evidente que el rechazar la agresión fascista alemana, el cerrar el paso a la expansión imperialista y el salvar la paz general, es también algo que incumbe al mundo entero. Es una empresa que deben hacer suya, conjuntamente, todas las fuerzas que se hallan directa o indirectamente amenazadas por la expansión alemana y que están ya, directa o indirectamente, explotadas por ella.

Una conversación se entabla.

La prensa fascista de Alemania ha saludado en términos expresivos la actitud del líder tradeunionista inglés Bevin en la Conferencia anual del Partido Laborista. Su «invitación a hacer concesiones en la cuestión colonial» es destacada como un hecho notable, al igual que el plan de Paul Faure de «evitar a todo trance la guerra» por medio de «concesiones económicas». Los grupos que rodean a Bevin en Inglaterra y a Faure en Francia le parecen a la prensa del fascismo alemán tanto más simpáticos cuanto que hacen una campaña bastante enconada e intensiva contra la Unión Soviética. Estas son las razones que mueven al fascismo alemán a entablar «una conversación» con ellos. Y cifra tan grandes esperanzas en esto que, en una serie de publicaciones, ha creído oportuno examinar los puntos de contacto que existen entre ambas partes.

A la «Frankfurter Zeitung», a la que se destacó para tantear el terreno y dirigir un saludo, siguió la «Berliner Börsenzeitung», que ha hablado de una «intoxicación antifascista de la sangre» de los socialistas franceses y del movimiento laborista inglés. Apoyándose en Bevin y en Paul Faure, el portavoz del capital financiero alemán se presenta nada menos que como el ángel tutelar que precave a los obreros de Inglaterra y Francia contra los tories ingleses y los capitalistas y chovinistas franceses. Hasta hoy, ninguno de los grandes problemas internacionales ha sido resuelto por «la política puramente negativa del antifascismo», dice este periódico, alargando de este modo, con una claridad extraordinaria, un tentáculo hacia el campo de los que, dentro de la Internacional Obrera Socialista y de la Federación Sindical Internacional, abogan por que se hagan extensas concesiones a los Estados agresores, en nombre de la «pacificación» internacional.

El propio Goebbels ha descendido a la palestra para echar algunas pelotas a Bevin y a Paul Faure, esperando de la continuación de este juego, primero que se paralice la resistencia de la clase obrera internacional y luego que el fascismo alemán obtenga resultados materiales muy tangibles. Bajo la luz color de rosa de las candilejas, el fascismo alemán se acerca a la banderita color de rosa de los capituladores de la Segunda Internacional e ilumina el telón de la «inteligencia» que los Bevin, los Faure, los Spaak, los Ilg, los Stauning y compañía han levantado, con sus planes de un «reparto de las materias primas», etc. La «falta de cordura», la «obstinación», la «testarudez» y la «maldad» de los «plutócratas» son, según el testimonio de mayor excepción de Goebbels, las «verdaderas causas y razones de la inquietud europea». Y después de esta reverencia conciliadora, brinda a los señores Bevin, Faure y compañía la unión contra un «adversario común» y para actuar en común por un «nuevo orden entre las naciones».

También Hitler instrumentó el discurso pronunciado por él en Cassel, en un «congreso de guerreros», en un tono adecuado a los oídos de Bevin y Paul Faure. Su enumeración de los «objetivos de guerra

del imperialismo alemán» correspondía exactamente a los «argumentos» con que los «pacifistas» y «partidarios de un acuerdo» de la otra banda sabotean la organización de la resistencia contra los ogresores.

¿Por qué entabla el fascismo alemán, precisamente ahora, esta curiosa conversación? La «Deutsche Allgemeine Zeitung», después de un intento de análisis de la opinión pública inglesa, escribía que era evidente que sólo una pequeña minoría estaba dispuesta, en Inglaterra, a reconocer las «pretensiones jurídicas» de Alemania, es decir, las reivindicaciones del imperialismo alemán. El fascismo alemán no busca y encuentra esta minoría solamente en las filas de la burguesía archireaccionaria, sino también entre los círculos del Partido Laborista y de la socialdemocracia internacional. De este modo, quiere, por lo menos, hacer fracasar la movilización unificada de las fuerzas de la clase obrera en el frente de la resistencia contra la agresión alemana. Pero, además, confía en que los planes trazados y propagados por los círculos de la socialdemocracia internacional a que nos referimos para «apaciguar» a los agresores, provocarán una corriente importante del capitulacionismo. Los círculos que se agrupan en torno a Bevin y a Paul Faure, y los agentes trotskistas descarados del fascismo alemán utilizan con frecuencia la misma terminología que éste. Todos ellos intentan desacreditar la resistencia a la agresión alemana, presentándola como una defensa de los intereses del capital financiero inglés. Todos ellos abogan por que se hagan «concesiones en la cuestión colonial», alegando que el imperialismo alemán tiene «derecho» a poseer colonias.

¿Quién puede estar más interesado que el propio fascismo en que se calumnie y se tergiverse de este modo el sentido de la resistencia contra las agresiones y las exigencias del fascismo alemán? ¿A quién puede aprovechar más que al propio agresor esta campaña de descrédito de los esfuerzos que se hacen por crear un frente inexpugnable contra la agresión?

El fascismo alemán intenta una vez más, dividiendo y azuzando unos contra otros a los elementos afectados por su política, ganar tiempo y terreno para ir dando la batalla uno tras otro a los diversos sectores enemigos. Por este camino fué como consiguió llegar al Poder en Alemania. Por este camino fué como conquistó una serie de posiciones en la política exterior. Encontró oídos «comprensivos» para sus esfuerzos en pro de la revisión del tratado de Versalles. Encontró abogados y defensores para sus rapiñas «pangermanistas». Encontró también voceros para su punto de vista de que la Europa central debe ser un coto cercado de Alemania. Y ahora, encuentra en el campo de la socialdemocracia internacional quien apoya sus pretensiones coloniales imperialistas.

Los Bevin, Faure y compañía, que tanto se desvelan por el «espacio vital» que el imperialismo alemán reivindica, pasan por alto, como grandes señores, los intereses vitales de los pueblos coloniales por cuya «cesión» abogan. Por lo visto, encuentran natural que las grandes potencias imperialistas cambien entre sí pueblos y países,

como si fuesen mercancías. No les preocupa la idea de que todo pueblo «cedido» al fascismo alemán se ve condenado a una suerte peor que la de los esclavos de galeras. Ellos, que jamás han revelado el menor interés por el movimiento democrático de liberación de los pueblos colonialmente oprimidos, no tienen nada que oponer al hecho de que el fascismo alemán se descuelgue, precisamente ahora, con pretensiones coloniales y asome la mano —como lo demuestra el apoyo que presta a la guerra de rapiña del Japón contra China— en todas partes donde laboran las fuerzas ávidas de aplastar el movimiento democrático de progreso de los pueblos coloniales.

Las pretensiones coloniales alemanas y el trabajo de zapa del fascismo alemán en los países coloniales encierran para la clase obrera internacional el peligro de fortalecer a su principal enemigo. Representan para los pueblos coloniales de nuestro tiempo el peligro de levantar un nuevo y grave obstáculo en su camino hacia la libertad y la independencia. Significan el peligro de la esclavización para numerosos pueblos que son, en la actualidad, pueblos independientes. Finalmente, acrecientan el peligro de una nueva guerra mundial imperialista. Por todas estas razones, los intentos de llevar adelante las conversaciones entre el fascismo alemán y los políticos socialdemócratas reaccionarios, con la mira de conseguir «concesiones en la cuestión colonial», merecen ser desautorizados y repudiados del modo más enérgico por todos los adversarios del fascismo y, en primer término, por la clase obrera internacional.

Los «zánganos».

Durante mucho tiempo, toda la prensa fascista alemana calificó de falsedades e infundios cuantas noticias circulaban acerca de la participación de Alemania en la guerra contra la República española. El tristemente célebre «Comité de No Intervención», de Londres, dirigido por lores profascistas, se remitía siempre con gran complacencia a estos cínicos mentis alemanes, dando a entender que prestaba entero crédito a los descarados impostores de Berlín. Cuando ya estas mentiras no podían engañar ni a los más tontos, inventaron el cuento de los «voluntarios» fascistas alemanes que, según se decía, habían ido a España a defender la «cultura» contra el peligro mundial del bolchevismo. Incluso hoy, entre el estrépito de bombo y platillos de la parada guerrera organizada en honor de los que «regresan», ese cuento de los «voluntarios» del ejército alemán se imprime en letras tan gordas y se relata en voz tan alta, que no puede pasar desapercibido. Pero, del mismo modo que la prensa fascista no ha podido ocultar, a la larga, que Alemania e Italia fueron las fuerzas principales que sostuvieron la guerra contra la República española, no ha podido mantener en pie tampoco, de un modo consecuente, la mentira de los «voluntarios» alemanes. Ahora, es el propio Hitler quien, el 7 de junio, en una alocución a los asesinos fascistas de retorno de España afirma:

«En julio de 1936, me decidí en seguida a acceder a la petición de ayuda que este hombre [Franco] me había dirigido y a ayudarle en las mismas proporciones y durante el mismo tiempo que el resto del mundo apoyase a los enemigos interiores de España.»

Y el «Völkischer Beobachter» de 31 de mayo dice lo siguiente, en una información en la que se ensalzan los hechos gloriosos de la llamada «Legión Condor»:

«A fines de julio de 1936, el Führer se decidió a apoyar al general Franco y a la causa nacional española en la lucha contra el bolchevismo. Un primer grupo de 85 voluntarios escogidos salió del puerto de Hamburgo y, al mismo tiempo, fueron enviados a España, por el aire, veinte aparatos de transporte Junker...»

En septiembre, estos primeros voluntarios se reforzaron con pilotos de caza, un grupo de reconocimiento, una batería pesada y dos compañías de tanques. Al mismo tiempo, el coronel de Estado Mayor Warlimont fué nombrado representante de las fuerzas alemanas con plenos poderes y enviado a la España nacional como primer jefe del cuerpo de voluntarios.»

¿Cuándo se ha dado en la historia ni un solo caso parecido a éste, en que compañías enteras de un ejército regular, equipadas con un armamento completo, marchasen «voluntarias» a otro país, con el pretexto de luchar en él contra una idea, en este caso concreto, contra el bolchevismo?

¿Qué Estado, qué gobierno habría autorizado jamás a un solo soldado en activo, y no digamos a compañías enteras, a pasarse como «voluntario», con aviones, cañones y tanques, a una potencia extranjera, para luchar a su lado?

Este cuento de la «voluntariedad» de los fascistas alemanes no encuentra crédito en ninguna parte del mundo; es demasiado burdo, para despertar ni la más leve ilusión; los personajes de este cuento son demasiado crueles, demasiado brutales, demasiado repelentes, para sugerir ni la más ligera emoción.

La dura realidad ha conmovido demasiado, ha templado demasiado los nervios de la humanidad. La gente no toma a broma este cínico pie que figura en el «Völkischer Beobachter» del 1 de junio, debajo de la fotografía de un avión de caza:

«¡Fuera las bombas! Las bombas salen despedidas del avión como peladillas inofensivas. Pero abajo se desencadenará el infierno.»

Sí, en España «se desencadenó el infierno», el infierno fascista, mil veces más espantoso que todas las penas infernales que el hombre haya podido concebir jamás. Pueblos y ciudades pacíficos, mujeres y niños, enfermos y heridos, caravanas enteras de evacuados: he aquí los objetivos contra los que lanzaban sus explosivos los bombarderos alemanes.

«En la generalidad de las aldeas españolas, cuyas casas están hechas de piedras del campo o de adobes, una bomba que dé en el blanco hace saltar siempre media calle.»

Así lo dice la «National Zeitung», de Essen, del 31 de mayo y, tanto en esta como en otras muchas informaciones, los asesinos e incen-

diarios fascistas se jactan de sus hazañas. Pero la prensa fascista dice también, sin andarse con rodeos, que Franco se habría visto perdido, de no haber contado con la formidable ayuda de los fascistas alemanes e italianos. La prensa fascista se cuida muy bien de no señalar la fecha fija en que comenzó la intervención alemana en los asuntos españoles y habla vagamente de «fines de julio». Pero, en la información publicada el 31 de mayo por el «escritor» enviado a España por la «National Zeitung», de Essen, leemos:

«El 17 de julio de 1936, comenzó en Marruecos, y en los dos días siguientes en Sevilla y en el Norte de España, la lucha liberadora del pueblo español. El 20 de julio de 1936, llegaban a Sevilla las primeras compañías del ejército español de Marruecos, que fueron trasladadas en aviones alemanes de transporte sobre el estrecho de Gibraltar, dominado por los rojos.»

¿Se quiere una confirmación todavía mas clara de que la sublevación de los generales fascistas de España fué organizada por Hitler? De otro modo, las «compañías del ejército español en Marruecos» no habrían podido llegar a Sevilla «en aviones alemanes de transporte» ya el 20 de julio, es decir, el mismo día en que el mundo se enteró de que la sublevación de los generales había empezado.

El señor escritor de la «National Zeitung», de Essen, sigue informando de que ya «en los primeros días de agosto, es decir, a la tercera semana de la guerra civil», volaban sobre Sevilla los aviones alemanes de bombardeo. Y cuando se vió que los fascistas alemanes habían echado la cuenta sin contar con la patrona o, para decirlo con las palabras de la «Nationale Zeitung»,

«cuando, a consecuencia de la intervención marxista internacional, empezó a verse claramente que la guerra sería larga y que duraría tal vez varios años, apareció en escena la Legión «Condor».

Esto ocurrió a mediados de noviembre de 1936, cuando ya el pueblo de Madrid había gritado a la soldadesca fascista el «¡No pasarán!», defendiendo eficazmente la capital de España contra los tanques, los aviones y los lanzallamas, contra los soldados alemanes, italianos y moros. Ocurrió por aquellos días en que el camarada Stalin definía con estas palabras el alcance de la lucha que se estaba ventilando en España:

«El liberar a España del yugo de los reaccionarios fascistas no es incumbencia privada de los españoles, sino la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva.»

Ocurría esto por los días en que el camarada Dimitrof se volvía contra todos los que profesaban la política de «no irritar a la fiera» y declaraba:

«En los momentos actuales, a la vista de la agresión fascista, que... va dirigida contra todas las democracias, en que se trata de echar mano de todos los recursos para salvar a la República democrática española, en que se cierne sobre la humanidad el espantoso peligro de una nueva guerra mundial imperialista, no sólo es inadmisibile escindir las fuerzas del proletariado, sino

que es imperdonable y criminal todo lo que sea demorar el establecimiento del frente único y del frente popular.

Semejante demora no hace más que ayudar al fascismo. Con ella, puede conseguirse que se asesten al proletariado y a la democracia nuevos y más duros golpes.»

La Internacional Comunista y sus Secciones han intentado continuamente llegar a la unidad internacional de acción con los Partidos socialdemócratas y con su Internacional. Pero la dirección de la Segunda Internacional hizo caso omiso tanto de las palabras apremiantes del camarada Dimitroff como de todas las proposiciones y ofertas de la Internacional Comunista sobre la unidad internacional de acción en favor del pueblo de la República española, que peleaba con las armas en la mano. Los líderes reaccionarios de la Segunda Internacional y de la Federación Sindical Internacional se vendaron los ojos para no ver la intervención cada día más descarada de los fascistas alemanes e italianos en los asuntos de la República española y poder así llevar adelante la política de no intervención. Más aún; permanecieron sordos y ciegos a las reconvenciones y a los gritos pidiendo socorro de su propio partido, del Partido Socialista de España, que luchaba con las armas en la mano contra el fascismo. Sobre ellos pesa una gran parte de la responsabilidad ante el hecho de que los ejércitos de los bandoleros fascistas de dos Estados, en complicidad con las tropas de Marruecos y con la oficialidad española fascista, hayan conseguido también, por fin, empujar a España a la barbarie del fascismo.

Ellos, los defensores de la «no intervención», han permanecido durante cerca de tres años al margen, sin querer intervenir en los manejos sangrientos de los fascistas alemanes en España. No quisieron ver lo que escribe abiertamente la «National Zeitung», de Essen, del 31 de mayo:

«La conquista de Andalucía, su unión con el Norte nacional y la marcha sobre Madrid habrían sido imposibles... si ya en los primeros días de la contrarrevolución española no se hubiese manifestado eficazmente la ayuda alemana.»

Ni aún hoy, que la prensa fascista, pese a todas las jactancias acerca de los estragos causados por el ejército alemán en España, reconoce cuán apurada era la situación de los sublevados españoles, abandonan esos señores su actitud hostil a la unidad internacional de acción del proletariado. El órgano central del P. S. de Alemania, el «Neue Vorwärts», de 28 de mayo y de 4 de junio, envuelve en un silencio de tumba el regreso del ejército alemán de España, tan jaleado por los fascistas; en cambio, se manifiesta con la mayor energía en contra de la unidad de la clase obrera.

Los estragos de los fascistas en España continúan. En más de dos años y medio, el grupo del Estado Mayor del ejército alemán, que se adorna con el ingenioso nombre de los «Zánganos», ha tenido a su cargo el reclutamiento y la instrucción del ejército de Franco. Los «Zánganos» fascistas se quedan en España, velando para que el ejército fas-

cista tenga la espalda cubierta en la frontera de los Pirineos; para implantar también en España el sistema de organización del fascismo; para ahogar, por medio del aparato fascista del Estado, del ejército y de la policía, la nueva llamada del anhelo de libertad de los españoles, que crece y tiende cada vez más a manifestarse ante el odio contra el fascismo interior y extranjero; para convertir a España en una plaza de armas para las nuevas agresiones del fascismo alemán e italiano. Pero a los «zánganos» fascistas que se han enquistado en la vida del Estado y en la economía del pueblo español les ocurrirá ni más ni menos que a los zánganos de las colmenas: un buen día, serán exterminados hasta el último, por las abejas obreras del pueblo español.

Por la «reconciliación» contra la unidad.

La clase obrera sólo puede triunfar si se agrupa formando una sólida unidad. Pero esta unidad no se cae del cielo; hay que arrancarla luchando. La lucha por la unidad de la clase obrera es una lucha tenaz e incansable contra la labor de confusiónismo y de descomposición que hacen en las filas del movimiento obrero los agentes e ideólogos de la burguesía reaccionaria. Cuando la clase obrera consigue descubrir al enemigo de clase emboscado en sus filas y arrojarle de ellas, da un paso decisivo hacia la unidad.

Bajo la impresión de las funestas consecuencias de Munich, el Partido Socialista de Francia hizo una primera tentativa por superar las concepciones extrañas a la clase obrera y contrarias a los intereses proletarios que se mantenían en su seno, y acercarse a la unidad por medio de un proceso ideológico de clarificación. Este anhelo de claridad y de unidad tuvo su expresión en el Congreso extraordinario de Montrouge, celebrado en diciembre de 1938. La mayoría del partido hizo causa común contra los capituladores. Y aunque esta mayoría, de la que formaban parte Blum y Zyromski, Lebas y Grumbach, no presentaba, ni mucho menos, una gran homogeneidad interna, fué desarrollando una serie de principios que responden a la necesidad de la lucha antifascista y favorecen la unión de la clase obrera. Bastaba fijarse en la expectación con que la prensa de Hitler seguía este proceso de clarificación, en sus furiosos denuestos contra la mayoría y en el entusiasmo con que aplaudía al grupo de Paul Faure, para comprender que el Partido Socialista de Francia había dado un paso de avance.

El Congreso de Nantes, celebrado en mayo, lejos de favorecer el proceso que lleva a la unidad por la senda de la claridad, ha venido a entorpecerlo. Paul Faure y su grupo hicieron todos los esfuerzos imaginables para desfigurar la lucha ideológica presentándola como un pleito personal y para inculcar en la masa de los afiliados al Partido la impresión de que no se trataba de un problema vital, de principio, sino simplemente de una fastidiosa rivalidad entre dos líderes del Partido, entre León Blum y Paul Faure. Ante el rumbo de los últimos

acontecimientos políticos, ante la ocupación de Checoslovaquia, de la zona de Memel y de Albania, ante la alianza militar entre la Alemania de Hitler e Italia, ante el clamor de los pueblos pidiendo que se oponga una sólida barrera a la agresión, los «muniqueses» comprendían que, si se ponían a votación los problemas de fondo de la política socialista, se quedarían irremisiblemente en minoría. Por eso, su táctica era llevar la discusión del terreno de los problemas políticos fundamentales al terreno de las querellas y las intrigas personales, al terreno de los problemas fatigosos y aparentemente inútiles de forma y de procedimiento, para provocar en una gran parte de los obreros socialistas esta sensación: «¿Para qué estas discusiones, cuando nos rodean tales peligros? ¡Que los jefes se unan y que no descarguen sobre nuestras espaldas sus rivalidades personales!».

Desgraciadamente, Paul Faure y su pandilla consiguieron, en efecto, crear esta sensación. Y pudieron conseguirlo porque, por diversas razones, los representantes de la mayoría no pasaron a la ofensiva política contra los «muniqueses»; porque no pusieron en primer plano, resueltamente, los problemas políticos, de fondo; porque no hicieron ver a los obreros socialistas que lo que se ventilaba no eran pequeñas discrepancias de criterio, sino la lucha contra concepciones ajenas a la clase obrera y hostiles a ella. León Blum prefirió mantenerse perplejo, vacilar, dar pruebas de inseguridad, empequeñecer y remendar los antagonismos, y los demás líderes de la mayoría temieron también, en gran parte, afrontar consecuentemente la lucha, poner al desnudo el verdadero carácter del capitulacionismo y movilizar a las masas de los obreros socialistas contra el enemigo emboscado en sus propias filas. Este repliegue político-ideológico de la mayoría contribuyó a oscurecer la gran importancia de la lucha que se ventilaba en torno a la verdadera claridad y a la verdadera unidad, permitiendo a la pandilla agrupada alrededor de Paul Faure pasar, por su parte, a la ofensiva.

El Congreso del Partido Socialista se abrió con un ataque de las gentes de Paul Faure. Como es sabido, éste había enviado a las organizaciones del Partido un «informe de rendición de cuentas» contra la voluntad de la dirección del Partido, siendo por ello amonestado. Sus secuaces exigieron que el Congreso retirase esta amonestación y que Paul Faure pudiese presentar su informe. Los oradores de la mayoría se dejaron llevar por la añagaza de discutir sobre ésta base y, en vez de un debate político, se abrió una discusión interminable sobre una cuestión de trámite. Esta discusión tenía necesariamente que fortalecer a muchos de los delegados al Congreso en su creencia de que en esta lucha de tendencias no se ventilaba ningún problema político vital para la clase obrera, sino simples rivalidades y mezquindades personales, de que no se trataba de un antagonismo de fondo, sino de un «duelo León Blum-Paul Faure».

No tiene nada de extraño que muchos representantes de buena fe de los obreros socialistas exigiesen que se pusiese fin a semejante

«duelo». Las masas de los obreros y militantes socialistas se dan cuenta de la gravedad de la situación política. Sienten, legítimamente, la necesidad de un Partido homogéneo y apto para la acción. Y como tampoco los dirigentes de la mayoría les hicieron comprender la sencilla verdad de que el Partido no es un partido homogéneo, no es un partido apto para la acción, precisamente por tolerar en sus filas a los agentes de la burguesía, a trotskistas como Deixonne y Maurice Paz y a capituladores como Paul Faure y Roucayrol, que destruyen la fe de la clase obrera en sus propias fuerzas; como no se les hizo comprender esta verdad tan sencilla, se produjo en ellos la sensación de que lo único que entorpecía la unidad y la capacidad del Partido para la acción eran las discordias personales. Por eso, exigieron que estas discordias personales cesasen. Los «muniqueses» se aprovecharon hábilmente de esta exigencia comprensible, aunque miope, de muchos delegados. También ellos se las daban de voceros de la «unidad», entendiendo por «unidad» el incorporar a los trotskistas a la dirección del Partido, el ceder aún más posiciones a los capituladores y el aislar por todas partes al Partido, privándole con ello de toda aptitud un poco seria para la acción.

Era un espectáculo que daba pena y vergüenza ver cómo los secuaces de Paul Faure se abalanzaban contra los hombres dirigentes de la mayoría con reproches y tergiversaciones personales; cómo, descendiendo al más bajo nivel, desencadenaban una discusión interminable sobre la «incapacidad» de los redactores del «Populaire», porque estos redactores defendían en el órgano central del Partido Socialista la política adoptada por la mayoría; cómo creaban una atmósfera maloliente de intrigas y de comadreos, hasta que llegó el momento en que la gran mayoría de los delegados no tenía más afán que liquidar aquella situación vergonzosa y poner fin al «duelo» entre León Blum y Paul Faure. De este modo, se descendió de la atmósfera clara y nítida de los principios políticos al ambiente turbio y sofocante de un sentimental pleito de familia. León Blum cayó enfermo y Paul Faure le visitó en el lecho del dolor. Luego, describía esta visita con los detalles minuciosos de un miniaturista. El propietario del hotel estaba aterrado de ver que el enemigo venía hacia el enemigo; pero la nobleza de los corazones venció todos los obstáculos y, junto al lecho del enfermo, se selló la conmovedora reconciliación. León Blum recobra inmediatamente la salud, se somete al Congreso un proyecto común de resolución y la mayoría de los delegados, sorprendidos, no pueden contener un suspiro de alivio: ¡Vaya, vaya, ya se ha arreglado! Indudablemente, no se trataba más que de diferencias personales, pues las diferencias políticas decisivas no se ventilan tan fácilmente junto a la cama de un enfermo.

Los obreros socialistas habrán de pagar cara esta «reconciliación». Mientras León Blum guardaba cama, se levantó entre ellos y los obreros comunistas una nueva barrera, al aprobarse una proposición de los trotskistas y de las gentes de Paul Faure prohibiendo a los socialistas

pertenecer a las siguientes organizaciones: a las organizaciones de empresa de los radicales y de los comunistas, al Socorro Rojo, al movimiento de la Paz, al Partido único del proletariado, a la Liga femenina contra la guerra y el fascismo, a la Unión de Muchachas de Francia y a los Amigos de la Unión Soviética. Con este veto, se pretende aislar a los obreros socialistas de sus hermanos de clase comunistas, se pretende impedirles que laboren prácticamente por el frente único y en defensa de la Unión Soviética. Se les prohíbe pertenecer a organizaciones situadas al margen de los partidos de las que forman parte también los comunistas; en cambio, no se les prohíbe pertenecer a las organizaciones en que llevan la voz cantante los agentes trotskistas del fascismo. Zyromski replicó que él mismo figuraba entre los dirigentes del movimiento de la Paz y de los Amigos de la Unión Soviética y que era inconcebible que se le prohibiese esto y que, en cambio, se autorizase a los socialistas a afiliarse al «Comité de vigilancia de los intelectuales» (organización trotskista) y a la organización titulada «Septiembre del 38», creada con el único y exclusivo fin de defender la política de Munich y de luchar contra la política exterior adoptada por la mayoría del Partido Socialista. Hubo también otros delegados que destacaron la inquina unilateral de este acuerdo y conjuraron al Partido a no dejarse arrastrar a la cruzada anticomunista. Toda coalición anticomunista degenera rapidísimamente en una coalición antimarxista, dijo Julio Moch. «Así comienza siempre el asunto. Y el final es siempre el mismo: la coalición antimarxista se convierte en la fuerza propulsora del fascismo». A pesar de estos avisos tan enérgicos, fué aprobado el acuerdo marcadamente anticomunista. Además, para reforzar el nuevo rumbo de la «reconciliación» entre León Blum y Paul Faure, fueron incorporadas a la dirección del Partido dos figuras del grupo trotskista de Deixonne, del mismo Deixonne a quien Grumbach acusaba abiertamente de representar en realidad el punto de vista del trotskista Pivert, expulsado del Partido.

Como vemos, este Congreso de la «reconciliación» ha alejado de la unidad al Partido Socialista de Francia, todavía más que antes. La «unidad» con los trotskistas y los capituladores encierra el germen de la peor de las descomposiciones. El hecho de que esta «unidad» entre un organismo de la clase obrera y los bacilos que destruyen este organismo haya conducido, al mismo tiempo, a la destrucción de la unidad con los hermanos de clase comunistas en el movimiento de la Paz, en el seno de los Amigos de la Unión Soviética y dentro de otras organizaciones, no es más que la consecuencia del éxito conseguido por los capituladores y los trotskistas. Oponerse a la unidad de los obreros revolucionarios y con conciencia de clase, para no estorbar la «unidad» con los elementos a quienes no recata sus simpatías el fascismo alemán, es asestar un golpe a los intereses más elementales de los obreros socialistas de Francia y de toda la clase obrera francesa.

Esta reconciliación hecha junto a la cama de un enfermo ha contagiado peligrosos bacilos al Partido Socialista de Francia.

Al compás de la burguesía reaccionaria.

El Congreso del Partido Socialista de Francia, que, detrás de la fachada de la «reconciliación» entre León Blum y Paul Faure, ha asestado un nuevo golpe al frente único, ya bastante maltrecho, de los obreros franceses, ha dado respuestas más que vagas a los problemas políticos decisivos del momento. En la resolución redactada de mutuo acuerdo por León Blum y Paul Faure y aprobada por mayoría de votos, se recomienda, ciertamente, una política de resistencia contra la agresión fascista y la creación de un frente de paz con intervención de la Unión Soviética; pero, incluso este acuerdo es característico de cómo los partidos socialistas van renqueando detrás de la mayoría burguesa.

La gente que se agrupa en torno a Paul Faure ha hablado en tono grandilocuente de la «independencia» del Partido Socialista; pero esta pretendida «independencia» se dirige exclusivamente contra los comunistas y se desenmascara cada vez más como la supeditación total de la mayoría de los líderes socialistas a la política eventual de «su» burguesía. Los dirigentes que tienen en sus manos la suerte del Partido Socialista de Francia siguieron la política de la «no intervención» mientras la burguesía se esforzaba en estrangular la República española y en desviar directamente contra la Unión Soviética la agresión de los Estados fascistas. Apoyaron la política de Munich mientras la burguesía confiaba que esta política provocaría la «cruzada» de la Alemania de Hitler contra la Unión Soviética. Hoy, que la burguesía se halla ante la bancarrota de esta política y empieza a darse cuenta de que el bloque fascista de guerra amenaza en primer término a las potencias occidentales, los dirigentes socialistas de Francia y de Inglaterra abogan por la creación de un frente de la paz, pero sin salir al paso de las maniobras de los ministros reaccionarios, cuyo plan es crear un «frente de paz» con cien puertas de escape. En vez de ponerse a la cabeza de los pueblos, los Partidos Socialistas de Francia e Inglaterra marchan miedosamente detrás de «su» burguesía. La estrella que guía la política de estos «dirigentes obreros» no son las reivindicaciones de la clase obrera, sino las intenciones eventuales de la burguesía.

Hay que alegrarse, naturalmente, de que el Partido Socialista de Francia abogue por la política de resistencia contra la agresión fascista y de que incluso Citrine se entusiasme de pronto por la unidad sindical internacional; pero no es posible cifrar ninguna confianza en esta política que marcha a remolque de la burguesía. Sobre todo cuando se ve que los adversarios de esta política en las filas del Partido Socialista, lejos de ser rechazados, han conquistado nuevas posiciones y que la «reconciliación» entre León Blum y Paul Faure no ha servido más que para encubrir el avance de las concepciones hostiles dentro de su partido.

El trotskista Deixonne y sus secuaces han aireado abiertamente en el Congreso las mentiras de propaganda de los agresores fascistas. Han declarado que no se debe hacer cargar a los dictadores fascistas con toda la responsabilidad del peligro de guerra. Han repetido fielmente las afirmaciones de la prensa de Goebbels de que al bloque fascista de guerra no se contraponen un frente democrático de paz, sino que se trata de un «bloque autárquico» que se enfrenta con un «frente plutocrático». Han exigido un nuevo reparto de las materias primas y de los espacios vitales» (¡incluso empleando literalmente este tópico fascista!) a favor de los «descamisados» fascistas. Y, ni en sus palabras ni en sus reivindicaciones, han negado la escuela del fascismo, alcanzando con ello el premio de ver a dos de los suyos incorporados a la dirección del partido.

El grupo de Paul Faure ha mantenido, en el fondo, las mismas reivindicaciones. Nada tiene, pues, de extraño que el trotskista Deixonne afirmase con satisfacción su «simpatía cordial» por las concepciones de Paul Faure. Los oradores de este grupo declararon que la política de Munich había «salvado la paz». Que era necesario reunirse con ellos en una Conferencia y dar satisfacción a su demanda de materias primas y colonias. Roucayrol, uno de los más destacados portavoces de este grupo, dijo lisa y llanamente que no se debía rechazar tampoco una «inteligencia» con los Estados fascistas y que cerrar el paso al fascismo sería convertirse un día en «instrumento del capitalismo internacional». Finalmente, afirmó de un modo cínico que la política de la defensa nacional exigía la unidad del pueblo francés y que como el Partido condenaba la unión de la nación francesa, estaba de más la propaganda de la defensa nacional contra el agresor fascista. El trotskista Deixonne declaró asimismo que se debía renunciar a «una política de energía en el exterior» para mantener una política «izquierdista» en el interior, es decir, una política de aislamiento del Partido Socialista. Y el trotskista Soule puso las cartas boca arriba al exigir que el partido diese pruebas de conciliación en el terreno internacional y sólo se mantuviese en la oposición contra el capitalismo en el interior del país.

Socialistas prestigiosos, como Zyromski, Grumbach, Julio Moch y otros, se opusieron a estas exigencias que sólo redundan en provecho del agresor fascista; pero la «reconciliación» entre León Blum y Paul Faure les dejó desarmados. Paul Faure y su gente han accedido de buen grado a hacer concesiones en lo referente a la política exterior, para obtener de este modo concesiones decisivas en la política interior y posiciones más fuertes dentro del aparato del partido. Ellos saben perfectamente que los que dan la pauta no son tanto las palabras que figuran en la resolución como los hechos de la realidad. Y es un hecho que sus posiciones dentro del aparato del partido se han fortalecido. Es un hecho que han torpedeado la colaboración de comunistas y socialistas en las organizaciones situadas al margen de los partidos, dejando en cambio intacta la colaboración con los trotskistas. Es un

hecho que la tendencia del Partido Socialista al aislamiento ha ganado bastante terreno.

Los trotskistas y los capituladores dentro del Partido Socialista de Francia saben muy bien lo que significa en realidad esa «independencia» del partido, que ellos ensalzan tanto, su renuncia al frente popular, su actitud contra los comunistas. Esa «independencia» que tanto se ensalza no es, en realidad, más que la independencia cada vez mayor del aparato del partido respecto a las masas y su correspondiente supeditación a la política eventual de la burguesía reaccionaria. Los trotskistas y capituladores no recatan sus intenciones, sino que declaran abiertamente los propósitos que persiguen con esta política «izquierdista» de aislamiento, de «independencia» con respecto a las masas populares. Declaran que esta política se opone a la resistencia enérgica contra el agresor fascista. Declaran que esta política «izquierdista» en el interior obliga a una política de inteligencia con el agresor fascista. Afirman con aire de triunfo que el Partido Socialista de Francia ha renunciado solemnemente a ponerse al frente de la nación en la lucha contra el agresor fascista o, dicho en otros términos, que entrega la dirección de la nación en manos de la burguesía. Al romper de hecho el frente único, impiden a la clase obrera desplazar a la burguesía reaccionaria en la obra de dirigir la nación. Y finalmente, con su campaña anticomunista, empujan cada vez más al partido a convertirse plenamente en instrumento de la burguesía reaccionaria. Bajo el disfraz de las frases «izquierdistas», mantienen sistemáticamente una política de debilitamiento de la clase obrera, para acabar obligando a los obreros a someterse a la burguesía reaccionaria y a batirse en retirada sin lucha ante el agresor fascista.

La «reconciliación» entre León Blum y Paul Faure ha sido la cortina de humo que ha impedido a los obreros socialistas penetrar en las verdaderas intenciones de los trotskistas y capituladores emboscados en el Partido Socialista de Francia. Sin embargo, es de creer que el vendaval de los acontecimientos políticos barrerá pronto la niebla tendida por el Congreso de Nantes y que los obreros socialistas se darán cuenta a tiempo del camino por el que quieren llevarlos Paul Faure y su gente: el camino de la capitulación ante el agresor fascista y ante la burguesía reaccionaria. Los obreros socialistas de Francia verán que hasta en los discursos de los trotskistas se preconiza este camino. Pero como mejor verán dibujarse los objetos de esta gente es escrutando con mirada vigilante sus actos.

El delegado socialista Grumbach empleó en el Congreso un buen símil para caracterizar el clamor de paz a toda costa de los trotskistas y capituladores. Dijo que mientras el médico se esfuerza en descubrir el bacilo de la enfermedad para curar al enfermo, el curandero ordena al paciente repetir como una fórmula mágica estas palabras: «¡Quiero curarme!». Los curanderos políticos repiten como una fórmula mágica las palabras «¡Salvemos la paz!»; en cambio, los mé-

dicos políticos se esfuerzan en descubrir el bacilo de la guerra. Y el bacilo de la guerra es Hitler, es Mussolini, es el régimen fascista.

Exactamente lo mismo ocurre con el problema de la unidad. Mientras que los curanderos repiten monótonamente las palabras «unidad del partido», los médicos revolucionarios buscan el bacilo que siembra la confusión y la descomposición en las filas del Partido Socialista. Este bacilo es Deixonne, es Paul Faure, es la camarilla de los trotskistas y capituladores, es el veneno de la burguesía reaccionaria, infiltrado en el movimiento obrero.

Si queremos impedir la guerra, debemos luchar contra el bacilo de la guerra, contra el fascismo.

Si queremos poner en práctica la unidad de la clase obrera, debemos exterminar el bacilo de la escisión y la descomposición: el trotskismo y el capitulacionismo.

«Dirigentes» que no creen en la victoria.

«¿Si puede vencer el Partido Laborista en las próximas elecciones? ¡No lo sé!». ¿De quién son estas palabras? Del dirigente del Partido Laborista Herbert Morrison, en la Conferencia anual del Labour Party, celebrada en Southport (véase «Manchester Guardian» del 2 de junio).

Herbert Morrison es uno de los miembros más destacados de la Comisión Ejecutiva del Partido Laborista en Londres. En la Conferencia anual de este Partido, se le había asignado la misión de intervenir contra los partidarios de la cohesión de todas las fuerzas anti-chamberlainianas y aplastarlos, movilizándolo para ello los votos en bloque de los sindicatos, el peso del aparato sindical. Y lo consiguió, lo mismo que la Comisión Ejecutiva consiguió que la Conferencia anual confirmase la expulsión de Cripps y de sus camaradas.

Sin embargo, estas victorias conseguidas con votos no bastan para hacer desaparecer, de una parte, los grandes problemas políticos que reclaman inexorablemente una solución ni, de otra parte, la impotencia política y la debilidad interior de que da muestras la dirección del Partido Laborista. He aquí un dirigente destacado del partido sobre cuyos hombros pesa la responsabilidad por la suerte de la democracia inglesa y, por tanto, una buena parte de responsabilidad en cuanto al giro que tome la situación internacional, y que pronuncia tranquilamente esta pequeña frase: «¿Si venceremos? ¡No lo sé!». Y téngase en cuenta que esto no lo dice ningún dirigente del partido conservador de Inglaterra, que, con su política profascista, ha puesto en mortal peligro la paz, haciendo que hoy los pueblos tengan que vivir preocupados exclusivamente con defenderse de la catástrofe que les amenaza. No; estas palabras —«¡No lo sé!»— salen de los labios de un representante del partido que tiene el deber de colaborar en la obra de resistencia contra las espantosas consecuencias provocadas por la política de Chamberlain y compañía. Salen de los labios del representante de un

partido que se cree llamado a seguir desarrollando la democracia hasta convertirla en socialismo y a eliminar, según palabras del propio Herbert Morrison, las últimas causas del fascismo y de la guerra, las causas económicas.

Las elecciones generales a la Cámara de los Comunes se celebrarán, según lo más probable, dentro de este mismo año. En ellas, se decidirá si el grupo reaccionario presidido por Chamberlain ha de continuar empuñando el timón cinco años más. Si en estas elecciones triunfa la línea de Chamberlain, cabe el peligro de que en los cinco años próximos se sigan poniendo grilletes a la democracia inglesa y de que nuevos pueblos paguen las consecuencias del insensible y cínico chalaneo con los rapaces Estados fascistas. La lucha por el destino de la humanidad, en la que ésta se juega sus bienes más sagrados, se halla en su apogeo. Pero, antes de que esta lucha se decida, más aún, antes de que en Inglaterra se abra la verdadera campaña, viene un dirigente del partido obligado a cubrir uno de los sectores más importantes del frente y proclama, en palabras secas, que no cree en la victoria.

¿Es esta la actitud de un dirigente firmemente convencido de la justeza de su meta y de su camino y capaz de infundir a las masas populares de Inglaterra esa fe ardiente en la propia causa sin la que no se ha conseguido ninguna victoria decisiva en la historia de la humanidad? El humorismo del soldado inglés ha creado este dicho: el que sale a luchar y luego abandona la lucha, salva la vida para luchar en otra ocasión... Los dirigentes del Partido Laborista prefieren no salir a luchar. Pero, si creen que les van a dejar seguir viviendo en paz y que van a poder demorar cinco años más, por lo menos, la lucha eficaz contra el sistema chamberlainiano, es que están ciegos, es que no pueden o no quieren comprender las señales de los tiempos.

Las elecciones parciales a la Cámara de los Comunes, allí donde el Partido Laborista va a ellas con los viejos métodos y las viejas consignas estériles, muestran todas ellas el mismo rasgo común: fuerte retroceso de los votos emitidos a favor del candidato gubernamental y, al mismo tiempo, pérdida de votos del Partido Laborista. En las elecciones parciales de Southwark, el gobierno perdió el 46,5 por 100 de sus votos y, en las elecciones parciales de Aston, el 36 por 100. Y sin embargo, el número de votos logrado en estos distritos electorales por el Partido Laborista acusa un retroceso del 27,5 y del 29 por 100, respectivamente, en comparación con los resultados obtenidos en las elecciones generales de 1935. En estas elecciones parciales, se ha manifestado una tendencia que se viene registrando desde hace ya bastante tiempo. Refiriéndose a esto, el «Times» declaraba sardónicamente que los electores parecen pensar que la política de ambos partidos, es decir, del partido gubernamental y del Partido Laborista, es una y la misma. Quien recuerde cómo los líderes del Partido Laborista apoyaron tenazmente la «política de no intervención» de Chamberlain en la guerra de España y con qué júbilo aclamaron la conclu-

sión del pacto de Munich, no tiene porqué asombrarse de la actitud de los electores ingleses.

Indudablemente, los electores no están dispuestos a depositar su confianza en las nebulosas declaraciones de los dirigentes laboristas, mientras éstos no propongan ninguna medida eficaz y clara para defenderse contra los peligros que amenazan tan de cerca, ni demuestren con actos que quieren realmente lo que proclaman. Pero el escepticismo y el desprecio de los electores por el partido más importante de la oposición de Inglaterra, al igual que por el gobierno de Chamberlain, amenazan con convertirse en apatía frente al sistema parlamentario en general. El espectáculo que ofrecen, de un lado un gobierno políticamente fracasado y de otro lado una oposición estéril, parálitica y temerosa de las responsabilidades, es muy propio para desacreditar no sólo a los dos partidos principales, sino a la democracia parlamentaria en conjunto. Ya se escuchan voces ominosas que, tomando como pretexto la persistente crisis internacional y la huelga de brazos caídos de los electores ingleses, exigen que se reforme el sistema parlamentario. El movimiento obrero, que es el puntal más importante de la democracia inglesa, debe seguir con mirada escrutadora y alerta estas tendencias fascistas. Las instituciones de la democracia sólo tienen savia vital allí donde las mantienen y las defienden las propias masas populares. Y si hay grandes sectores del pueblo que renuncian a ejercer el derecho democrático más elemental, el derecho de voto, no sólo hay que temer por el triunfo en las próximas elecciones, sino que hay que temer por la misma democracia.

Una investigación objetiva realizada sobre todas las elecciones parciales que se han efectuado desde las elecciones generales de 1935 a la Cámara de los Comunes ha llegado a la conclusión de que el cambio de opinión que se refleja en sus resultados no basta para derribar a Chamberlain y asegurar la mayoría del Partido Laborista, si éste va a la lucha aislado.

Los dirigentes del Partido Laborista envuelven su repulsa de un frente extenso contra Chamberlain en tópicos que suenan de un modo muy radical y hablan de la sustitución del capitalismo por el socialismo, para la cual basta, según ellos, con que el Partido Laborista consiga una simple mayoría de votos. Lo que no nos dicen es cómo, mediante qué medidas concretas, se abriría paso al socialismo con una mayoría del Labour Party en la Cámara de los Comunes. Los electores ingleses recuerdan demasiado bien que MacDonald era un maestro todavía más consumado en eso de las frases nebulosas acerca del socialismo, lo cual no era obstáculo para que ajustase su política práctica a los dictados de la City. Antes de depositar en la dirección del Partido Laborista esa confianza arrolladora sin la cual toda transformación fundamental de la sociedad no es más que una vacua fantasía, quieren tener la certeza de que la dirección laborista está en condiciones de asegurar al mundo la democracia y la paz.

«Nos decís que hay que renovar nuestra casa desde los cimientos hasta el remate. Probadnos antes que sois capaces de apagar el incen-

dio que hace estragos alrededor de nosotros y que amenaza con propagarse también a nuestra finca», gritan las masas populares de Inglaterra a los dirigentes del Labour Party. Los pueblos han desconfiado siempre de las gentes que se jactan de sus grandes aptitudes, pero sin demostrarlas prácticamente.

La historia grita a la clase obrera inglesa: ¡Ayudad al mundo a salvarse de la guerra, a salvarse del fascismo! ¡Ahora mismo, sin aguardar más! Los dirigentes del Partido Laborista contestan: Ahora no; dentro de cinco años, construiremos un mundo nuevo flamante, en el que no habrá fascismo ni guerras. ¿No ven los necios que cada día que pasa es una pérdida irreparable?

Además, las masas populares de Inglaterra tienen sus razones para examinar con mirada crítica, a través de la lupa, ciertas manifestaciones programáticas de algunos destacados dirigentes laboristas acerca de cómo conciben la construcción de un «mundo nuevo». Al parecer, la dirección del Partido Laborista no ha comprendido todavía una verdad fundamental como la de que, mientras el fascismo tenga en su puño de hierro media Europa, no hay que pensar en llegar a un acuerdo efectivo entre todos los Estados europeos. Bevin, el dirigente del sindicato inglés de obreros del transporte, dijo en la Conferencia anual del Labour Party que no basta cerrar el paso a las nuevas expansiones del fascismo. Y añadió que las fuentes de materias primas del mundo, sobre todo las del imperio inglés, debían ser «repartidas de un modo más justo» entre todos los pueblos. Como un delegado le llamase al orden, Bevin declaró ingenuamente que esta oferta no debía dirigirse a Hitler, sino al pueblo alemán. Pero el pueblo alemán está atado de pies y manos y, por ahora, no puede alzar la voz para llevar a la práctica ningún género de planes encaminados a la inteligencia de los pueblos. Todos los fallos sobre un «reparto más justo de las materias primas» no son, por tanto, una oferta que se hace al pueblo alemán, sino una oferta que se hace a la potencia guerrera de Hitler, que constituye una amenaza para el mundo. Y así fué, en efecto, cómo la prensa nazi interpretó el discurso de Bevin. ¿Qué es lo que autoriza a Bevin a creer que el pueblo alemán, el pueblo y no sus tiranos, acepta semejantes ofertas? Las masas populares de Alemania rechazan la infame suposición de que ellas mismas estén dispuestas a ayudar a forjar todavía más reciamente, con la implantación de un imperio colonial alemán, las cadenas de las que quieren liberarse. El día en que pueda volver a hablar, la democracia alemana renunciará a tomar parte activa en un consorcio internacional de explotación con vistas a las colonias. Del mismo modo que los pueblos coloniales del imperio inglés no quieren, indudablemente, saber nada de un «acuerdo entre los pueblos» realizado a costa suya, según el método de Bevin. Si Bevin y los demás dirigentes del Partido Laborista quieren realmente ayudar al pueblo alemán, lo mejor que pueden hacer es luchar verdaderamente por la democracia en Inglaterra y por una paz efectiva en el mundo. Esta paz sólo puede ser una paz antifascista. O será eso o no será nada.

Las preocupaciones de los socialdemócratas reaccionarios alemanes.

En el XVIII Congreso del Partido bolchevique, Stalin ha desarrollado en su informe, en términos claros e inteligibles para cualquier persona del mundo, los principios de la política exterior del Estado socialista. Ha puesto de manifiesto la tenaz y consecuente política de paz del gobierno de la U.R.S.S. y su voluntad de tomar parte en todo acuerdo sincero para cerrar el paso a la agresión. Y ha reiterado y precisado que el gobierno de la U.R.S.S. está dispuesto a ayudar a los pueblos agredidos.

Stalin no se ha limitado a definir esta política, sino que, además, ha podido demostrar, a la luz de la historia de los últimos años, que el gobierno de la U.R.S.S. ha aplicado prácticamente en todos los momentos esta política.

Stalin ha demostrado de un modo sincero y verdaderamente democrático por qué hasta ahora no se ha formado un frente único de los pueblos que se hallan interesados en mantener la paz y en impedir la agresión. Ha puesto al desnudo el plan de provocación de ciertos círculos capitalistas reaccionarios de Inglaterra y Francia, consistente en favorecer a los agresores fascistas para que dirijan su ataque contra la Unión Soviética. Para llevar a la práctica este plan, han intentado agudizar hasta el extremo las relaciones entre los Estados fascistas y la Unión Soviética y atizar la guerra entre la U.R.S.S. y aquellos Estados.

Conocedores tan íntimos de la política de determinados círculos reaccionarios de Inglaterra y Francia, como los políticos conservadores ingleses Duff Cooper y Churchill, el líder liberal inglés Lloyd George, y otros, han reconocido la absoluta justeza de las afirmaciones de Stalin y han aportado nuevos elementos que han venido a reforzar su fuerza probatoria.

Esta manera sincera y democrática con que Stalin expuso la verdad ante el mundo entero ha contribuido no poco a estimular en diversos pueblos, y especialmente en el pueblo inglés, el movimiento a favor de una política honrada de paz, a favor de una resistencia enérgica contra los agresores fascistas. Ciertos políticos reaccionarios de Inglaterra y Francia se han visto así en peligro de aislarse totalmente de la inmensa mayoría de su pueblo.

Stalin no ha dejado flotar ninguna duda ni acerca de la voluntad del gobierno de la U.R.S.S. de situarse en primera fila entre los países dispuestos a cerrar el paso a las nuevas agresiones fascistas ni acerca del punto de vista del gobierno soviético, que consiste en no concertar pactos más que a base del principio de la igualdad y la reciprocidad de deberes, de la claridad inequívoca de los compromisos y de la decisión de impedir las nuevas agresiones fascistas, por lo menos en Europa.

Hoy, es evidente que ciertos círculos reaccionarios de Inglaterra y Francia aún no habían renunciado, a pesar de todo, a sus esperanzas de desviar el ataque fascista que amenaza a sus países, comprometiendo a la Unión Soviética a ayudarles, pero sin comprometerse a nada para con ella. Estos intentos han fracasado. Y pronto se verá si se sellan o no esos convenios necesarios, inequívocos y resueltos, por medio de los cuales puede asegurarse la paz.

Durante estas semanas y estos meses, el prestigio de la Unión Soviética ha crecido enormemente, a los ojos de todos los amigos de la paz y de la libertad en el mundo, es decir, a los ojos de la gran mayoría de todos los pueblos. Las sinceras palabras de Stalin fueron las que primero hicieron comprender claramente a los pueblos de Inglaterra y Francia hasta qué punto la política de ciertos ministros reaccionarios de sus países ha puesto a éstos al borde de una catástrofe y cómo la política de la Unión Soviética durante todos estos años respondía por entero a sus intereses.

Los antifascistas alemanes —y exactamente lo mismo los antifascistas italianos— vieron en la «política de no intervención», y especialmente en la capitulación de Munich, golpes terribles asestados contra ellos y contra el pueblo alemán. Ven en la política de ciertos círculos reaccionarios de otras grandes potencias una prolongación de los tormentos de la opresión, de la esclavitud, de la ignominia del pueblo alemán. Nada desean tan fervorosamente los antifascistas alemanes e italianos como el que la política que el gobierno soviético viene preconizando y aplicando desde hace años contra los agresores fascistas triunfe, por fin, en todos los países que no se hallan interesados en una nueva guerra imperialista.

Por fin, parece que ha llegado el momento en que la tenacidad, la consecuencia y la claridad de la política de paz de la Unión Soviética van a dar resultados positivos. Pero, a nadie que tenga presente la historia de estos últimos años, puede sorprenderle que ciertos políticos reaccionarios de Inglaterra y Francia no se den por satisfechos, a la larga, con la situación creada actualmente. La vigilancia de los pueblos respecto a ellos, lejos de amortiguarse, debe acentuarse todavía más. Esta vigilancia se halla relacionada estrechísimamente con el prestigio y la autoridad que la Unión Soviética adquirirá en estos pueblos. Contribuir a reforzar esta autoridad es lo que hoy debe proponerse todo antifascista sincero, todo amigo sincero de la paz y de la libertad de los pueblos.

Sin embargo, hay ciertos antifascistas que opinan de un modo completamente distinto. Toda su preocupación está en evitar que crezca demasiado el prestigio de la Unión Soviética entre los pueblos y en particular entre los obreros. Más aún, no se recatan en manifestar sus simpatías hacia la posición antisoviética de la burguesía reaccionaria de los países de la Europa occidental que se llaman democráticos.

Entre estas gentes, se cuentan los redactores del «Neuer Vorwärts», es decir, una serie de antiguos líderes de la socialdemocracia alemana.

Un conocido miembro de la Ejecutiva de este partido escribe, bajo el seudónimo de Dr. Richard Kern, en el número 308 del citado periódico, que ve la luz en París, un artículo titulado «Las potencias del destino de Europa». La finalidad de este artículo consiste en tergiversar la política exterior de la Unión Soviética y en inspirar al lector recelos contra el gobierno de la U.R.S.S. El autor atribuye al gobierno de la U.R.S.S. la posibilidad (!) de la intención de «permanecer en el papel de espectador retraído, hasta que, agotados los beligerantes, su intervención sea decisiva».

Es precisamente la intención que Stalin ha atribuido a ciertos círculos reaccionarios de Inglaterra y Francia, y hombres como Duff Cooper, Churchill y Lloyd George han confirmado la exactitud de las afirmaciones de Stalin. Esto indica que los pueblos respectivos no tienen una confianza grande en aquellos círculos reaccionarios. Pero el miembro de la antigua Ejecutiva del Partido socialdemócrata alemán, volviendo las tornas, intenta descargar de responsabilidad a los políticos reaccionarios de Inglaterra y Francia y hacer recaer la desconfianza sobre el gobierno de la U.R.S.S.

Esto es, a todas luces, trabajar no en interés de la paz y de la lucha antifascista, sino en interés de ciertos promotores de la guerra.

Pero aún es más cerrado el ataque de Kurt Geyer, a quien las gentes de la Ejecutiva del Partido socialdemócrata alemán emplean como especialista en calumnias contra la Unión Soviética. En un artículo publicado en el número 309 del «Neuer Vorwärts», este hombre habla del «papel oscuro y fatal que la política exterior rusa ha jugado en los años de la postguerra». ¿En qué consiste este «papel oscuro y fatal»? En que la política exterior de la Unión Soviética fué, desde el primer momento, una política consecuentemente antiimperialista y democrática; en que, en un momento en que Poincaré preparaba el reparto de Alemania, se puso al lado de ésta; en precaver al pueblo alemán contra la incorporación de Alemania a un frente imperialista antisoviético, frente que se evidenció con toda claridad cuando, coincidiendo «por casualidad con el momento en que los imperialistas ingleses asaltaban la entidad «Arcos», la burguesía alemana asaltaba la delegación comercial de la Unión Soviética en Berlín.

Pero Kurt Geyer va todavía más allá. Nos dice qué política exterior debería mantener Alemania después de derribar a Hitler. Rechazar en redondo toda alianza con la Unión Soviética. «¡En modo alguno!» —exclama Kurt Geyer—. «Los guerrilleros de la Rusia soviética no son la «oposición alemana», ni cabe tampoco formar la oposición alemana bajo el pretexto de una alianza con los guerrilleros de la Rusia soviética».

Kurt Geyer entiende que «la oposición alemana», es decir, los socialdemócratas reaccionarios como él y las gentes de la Ejecutiva del Partido socialdemócrata, deben ponerse al servicio de fuerzas completamente distintas. Detrás de las frases pomposas sobre «los vínculos espirituales que les unen al Occidente, hay algo muy práctico

y concreto. Kurt Geyer, por encargo de la Ejecutiva de su partido, ofrece a la burguesía reaccionaria la disposición de estos elementos a levantar un «baluarte contra el bolchevismo» y a secundar toda maniobra contra la Unión Soviética.

Si añadimos que, en el número 310 del «Neuer Vorwärts», otro miembro de la antigua Ejecutiva del Partido socialdemócrata alemán, Friedrich Stampfer, habla de los «orgullosos patronos renanos» —de los Thyssen, Vögler, Otto Wolf, Krupp von Bohlen, Halbach y demás ralea— como de «los súbditos mudos de Hitler», haciendo de los «führers de la Economía» una oposición única y cerrada contra la dictadura de Hitler y eximiéndolos de toda responsabilidad en la creación de esta dictadura, el cuadro quedará bastante completo.

En un momento en que la voluntad de los pueblos obliga a los ministros de Inglaterra y Francia a acercarse a la Unión Soviética, los líderes reaccionarios de la socialdemocracia se brindan a enfrentarse con las simpatías de las masas hacia la U.R.S.S., a impedir que el frente de paz de los Estados se convierta en un frente único de los pueblos y que la gran revolución popular de Alemania e Italia barra, no sólo a los dictadores fascistas, sino también a sus poderdantes, los Thyssen, los Vögler, los Wolf y los Krupp. Los capitalistas reaccionarios del mundo entero han salido bastante quebrantados del caos y de los crímenes de estos últimos años, de los que ellos son responsables. En los pueblos, avanza un movimiento de libertad y de progreso, un movimiento verdaderamente democrático, que amenaza el monopolio de dominación de sus países por estos capitalistas reaccionarios, imperialistas y simpatizantes del fascismo. Y entonces, vienen los socialdemócratas reaccionarios, que no tienen nada de demócratas ni de socialistas, y brindan sus servicios de «salvadores», de puntales de esta dominación amenazada.

Es de esperar que los obreros alemanes se den cuenta del juego y renuncien a «dirigentes» de esta calaña.

Modigliani, abogado del anticomunismo.

La Segunda Internacional y los partidos adheridos a ella atraviesan por una grave crisis. Esta crisis no es sólo, más aún, no es siquiera, en lo fundamental, consecuencia de los retrocesos innegables del proletariado internacional desde la subida al Poder del fascismo en Alemania. Es, en proporciones mucho mayores, el reflejo del profundo proceso de clarificación que se ha iniciado en el seno de la clase obrera del mundo capitalista y que, si bien no se desarrolla en línea recta ni de un modo uniforme en todos los países, autoriza sin embargo a esperar que se opera un viraje en el espíritu de las masas y surja un nuevo auge en la actitud de éstas.

Este proceso de clarificación se opera, sustancialmente, en los debates sostenidos en torno a los problemas más importantes de nues-

tro tiempo: la lucha contra el fascismo o la capitulación ante él, la guerra y la paz, la unidad internacional de acción del proletariado, la actitud ante la Unión Soviética. Conforme las masas obreras se van dando cuenta cada vez más claramente de que no sólo no se puede «amansar» al fascismo con concesiones a costa de la libertad de otros pueblos, sino de que con ello no se hace más que avivar su codicia rapaz; conforme la clase obrera va comprendiendo cada vez más que su unidad constituye uno de los problemas que deciden la suerte de nuestra época; cuanto más unánime es la actitud que adopta el proletariado ante el problema de la defensa de la nación contra la agresión fascista y cuanto más firme es su conciencia de que el triunfo del socialismo en la Unión Soviética afecta a lo más vital de sus propios intereses, más frecuentes son los choques entre las masas y los líderes de la Segunda Internacional y de los partidos socialdemócratas que adoptan ante estos problemas tan vitales un punto de vista contrario a los intereses de la clase obrera. Estos conflictos son los que provocan y agudizan la crisis de la Segunda Internacional.

El proceso de diferenciación y de clarificación a que nos referimos no se limita, naturalmente, a los simples afiliados a los Partidos socialdemócratas, sino que se extiende también a algunos dirigentes prestigiosos de estos partidos, que expresan, más o menos conscientemente, el anhelo de claridad y de actividad que sienten las masas. En la reunión de la Comisión Ejecutiva de la Segunda Internacional, celebrada en Bruselas en los días 14 y 15 de mayo de este año, fué Pietro Nenni, secretario del Partido Socialista de Italia, quien impulsó la realización de la unidad internacional de acción del proletariado. En una declaración publicada en el «Nuevo Avanti» de 20 de mayo, bajo el título de «Quo vadis Internazionale?» («¿Hacia dónde marchas, Internacional?»), Nenni señalaba las «ocasiones perdidas» para desplegar una amplia lucha de masas, y especialmente la defectuosa ayuda prestada por la Segunda Internacional al heroico pueblo español, y añadía:

«¿Qué cabe hacer contra el peligro fascista? Reiteradamente, les hemos instado a que tomasen la iniciativa de un gran movimiento mundial en favor de la unidad de las fuerzas antifascistas y amantes de la paz, movimiento que va desde los católicos y los liberales hasta los comunistas. Como ustedes se han negado a tomar ninguna iniciativa, son otros los que lo hacen. El Primero de Mayo, la Internacional Comunista se ha dirigido a ustedes y a la Internacional Sindical, proponiéndoles convocar una Conferencia de las organizaciones obreras de todo el mundo para trazar un plan concreto de acción contra los promotores fascistas de la guerra. A esta proposición, oponen ustedes el silencio propio de unos grandes señores venidos a menos (decaduti). Pero, en la situación actual, nadie tiene derecho a rehusar semejante llamamiento, a menos que ustedes mismos tomen la saludable iniciativa de ponerse al frente del proletariado...»

Esta seria advertencia de Nenni ha hecho montar en cólera a Modigliani, que hasta hace poco figuraba entre los dirigentes del Partido Socialista italiano; hasta tal extremo que, en un largo artículo titulado también «Quo vadis Internazionale?» («Nuovo Avanti» de 27 de mayo

último), acusa a Nenni ni más ni menos que de pretender «¡bolchevizar» la Segunda Internacional! Dicho en otros términos: según Modigliani, todo el que aboga por la unidad de la clase obrera, es un «bolchevique». Modigliani no se da cuenta de que, con esta «espantosa» acusación, lo que hace es extender un certificado a favor del bolchevismo, acreditando que es el único que labora activamente por la unificación de la clase obrera, mientras que el socialdemocratismo de todos los matices, como el que profesan Modigliani y otros como él, pretende perpetuar la división del proletariado. La intención de Modigliani no era, naturalmente, otorgar al bolchevismo un testimonio público de que lucha por los verdaderos intereses del proletariado internacional. Con su acusación, Modigliani abraza directamente la senda de las potencias del pacto anti-comintern, que, como es sabido, justifican todos sus actos de agresión contra otros pueblos con el argumento de la lucha contra el «bolchevismo». En efecto, la situación hoy es tal, que quien rechaza la unidad de la clase obrera y toma posición contra la Unión Soviética hace inevitablemente —quíéralo o no— el juego a los incendiarios fascistas de la guerra.

Modigliani se lanza al aventurado intento de reivindicar a la Segunda Internacional de la acusación formulada contra ella con motivo de las «ocasiones perdidas» para poner en pie a las grandes masas y pretende echar sobre la Internacional Comunista la responsabilidad por la derrota de la clase obrera. Cree poder desembarazarse de las proposiciones de la Internacional Comunista encaminadas a la lucha conjunta de todos los obreros contra el fascismo y la guerra, dándoles de lado como si se tratase de una «maniobra». Pero las mentiras no se mantienen en pie ni ganan en fuerza probatoria por mucho que se las repita. Inmediatamente de estallar la sublevación de los generales en España, la Internacional Comunista previno e hizo saber machaconamente a la clase obrera que el pueblo español y su proletariado libraba una dura y abnegada guerra por su libertad nacional, una guerra contra los ejércitos fascistas de invasión, y que sólo podría ganarla si se le prestaba una ayuda internacional y unida. La Segunda Internacional no estrechó la mano que se le tendía. Ministros que pertenecían y siguen perteneciendo a esta Internacional declaraban con gesto de inocencia que la guerra española era un problema interior de España, en el que no había que «intervenir». Fué en vano que los comunistas advirtiesen que no había que meter la cabeza debajo del ala para no ver cómo los ejércitos fascistas invasores guerreaban sobre el suelo español. Los ministros socialistas no quisieron dejarse convencer, la Segunda Internacional no se prestó a iniciar una acción conjunta, de unidad, extensiva al mundo entero; unos y otra dejaron a las masas de España luchar solas y sangrarse. Y hoy, el órgano gubernamental de la Alemania hitleriana, «Völkischer Beobachter» de 31 de mayo, escribe sin recato, cínicamente.

«Ya a fines de julio de 1936 [como se recordará, la guerra española comenzó el 18 de julio de 1936. N. de la red.], el Führer se decidió a ayudar

al general Franco en la lucha contra el bolchevismo, y desde entonces los soldados alemanes cumplieron con su deber, mano a mano con los españoles y los italianos...»

No ha sido, pues, la Internacional Comunista quien ha «manio-brado»; han sido los que se negaban a reconocer la presencia en España de los ejércitos fascistas de invasión, haciendo befa y escarnio de la suerte del proletariado español.

¿Acaso no ha habido ministros socialdemócratas y dirigentes de partidos de la Segunda Internacional que ensalzaron en todos los tonos el pacto de Munich como el comienzo de una nueva «era de paz» en las relaciones entre los Estados rapaces y los países amenazados por ellos, dando al viento todas las advertencias de la Internacional Comunista y sus gritos sobre la necesidad de agrupar y aunar todas las fuerzas de la paz? Hoy, todo el mundo ve adonde conduce este camino. Pero los Modigliani y consortes siguen siendo lo bastante desvergonzados para desplegar todas las maniobras tenebrosas posibles con el fin de hacer fracasar la unidad de los obreros y de todos los amantes de la paz en el momento en que empieza a abrirse paso. En su hostilidad contra la unidad de la clase obrera, en su odio irrefrenable e impotente contra el poderoso País del Socialismo, contra la Unión Soviética, en su humillación servil ante el fascismo, los Modigliani no son, de hecho, más que peones y cómplices de los incendiarios fascistas de la guerra y de sus tropas de invasión.

Modigliani es, por supuesto, contrario a toda guerra. En nombre de los «principios consecuentemente socialistas», aconseja a los obreros que doblen la cerviz sin armarse ni hacer resistencia, cuando al fascismo se le antoje abalanzarse sobre ellos y esclavizarlos. Si la clase obrera siguiese estos consejos, lo que haría con ello sería abrir las fronteras e invitar a sus propios opresores a no privarse de nada, a conquistar todo lo que se les antojase. Si hiciese caso de los Modigliani, la clase obrera no conquistaría el socialismo, sino que apoyaría al peor enemigo de éste.

Los cientos de miles de italianos que viven en Francia han comprendido esto perfectamente. El Consejo Nacional de la «Unione Popolare Italiana», organización constituida en Francia y que encuadra a unos 50.000 italianos socialistas, comunistas y sin partido, adoptó en mayo, por unanimidad, una resolución publicada en el «Nuovo Avanti» del 27 del mismo mes, en la que se dice, entre otras cosas:

«...La Unión Popular seguirá luchando, cada vez con más energía, en el frente mundial de la paz... Pero si, a pesar de la voluntad de los pueblos, la guerra fascista de agresión estallase, la Unión Popular instará a todos los emigrados a que se enrolen al lado del pueblo francés y de la democracia, para apoyar al pueblo italiano en su lucha por la derrota del fascismo...»

Esta actitud no les hace gracia a los Modigliani. Como protesta contra el hecho de que el Partido Socialista de Italia no ha optado por capitular ante el fascismo, Modigliani se ha separado no hace mucho de la dirección de dicho partido, es decir, ha rehuido toda posible res-

ponsabilidad en una derrota del fascismo, si éste desencadena la guerra contra Francia.

Modigliani es la encarnación de ese podrido espírituseudoradical de capitulación que no beneficia al proletariado, al socialismo ni a la paz, pero que en cambio aprovecha única y exclusivamente a los opresores fascistas, a los promotores imperialistas de la guerra. Esta «voluntad de capitulación» no hace más que estimular la voluntad de guerra, la voluntad de rapiña y de conquista de los agresores; no contribuye a salvar la paz, ni mucho menos a conquistar el socialismo, sino pura y exclusivamente a salvar a los promotores de la guerra. En las filas de la Segunda Internacional, hay no pocos Modigliani. Ellos son los que descomponen esta Internacional y entorpecen la unidad de la clase obrera. Del espíritu combativo, de la consecuencia y la tenacidad de los obreros socialdemócratas y de los dirigentes socialistas que han comprendido la importancia de la unidad obrera para la lucha, dependerá el que el proletariado cumpla rápidamente la misión que le corresponde por su número y por su grado de organización o el que tenga que pasar todavía por nuevos reveses. Todos los síntomas indican que las masas socialdemócratas sabrán ocupar también su puesto y apartarán de sus filas a todos los que predicán la capitulación y pretenden perpetuar la división de la clase obrera, para abrazar sin vacilaciones el camino de la lucha tenaz, sostenida y perseverante, el camino de la victoria.

La lucha por Bolivia.

Los círculos democráticos de América se preguntan, con inquietud: ¿La dictadura militar de Bolivia, se halla vinculada a los agresores fascistas?

No cabe duda de que la mano de los mangoneadores fascistas anduvo en el último golpe de Estado del coronel Busch, aventurero descendiente de una familia alemana, cuyo abuelo vive todavía hoy en la ciudad alemana de Magdeburgo.

Así, por ejemplo, seis meses antes del golpe de Estado del 24 de abril, llegaron a Bolivia, invitados por Busch, varios instructores italianos encargados de trabajar en la policía y el ejército. Docenas de cadetes de las academias militares y de estudiantes se hallan actualmente en Italia y Alemania, aprendiendo su oficio. Y el general boliviano Quintanilla, amigo íntimo del dictador, acababa de regresar a Bolivia, oportunísimamente, de un viaje de «vacaciones» por Berlín y Roma.

Además, no hay que perder de vista que el principal inspirador del golpe de Estado y del «régimen totalitario» que se ha instaurado en Bolivia, el ministro de Minas de Busch, Dionisio Foianini, es un italiano, criado en la Italia fascista. El periódico «Œuvre» ha anunciado, y la «New York Herald Tribune», órgano del Partido republicano de los Estados Unidos, ha reproducido textualmente esta revela-

ción, que Busch obra al dictado de agentes nazis enviados por Fritz Wiedemann, el amigo íntimo de Hitler, disfrazado en la actualidad «cónsul» de Alemania en San Francisco (EE. UU.).

En tercer lugar, tenemos el hecho de que, inmediatamente después del golpe de Estado, la nueva dictadura concertó tratados secretos con Alemania. Uno de estos tratados establece que los hijos de alemanes nacidos en Bolivia, al igual que los hijos de bolivianos nacidos en Alemania, pueden servir tanto en el ejército boliviano como en el alemán. Otro de los tratados es, según John White, corresponsal del «New York Times» en Buenos Aires, un tratado comercial en el que se establece que Bolivia entregará a Alemania petróleo por valor de 15 millones de dólares, a cambio de lo cual Alemania deberá «ayudar» al Estado boliviano a explotar las zonas petroleras que en 1937 le fueron arrebatadas a la Standard Oil. Esta «ayuda» consistirá, sobre todo, en construir una conducción de petróleo de 560 kilómetros de longitud para llevar el petróleo a las refinerías que el Paraguay ha autorizado a construir en su territorio. Desde estas refinerías, con arreglo a un contrato concertado con el Paraguay y la Argentina, el petróleo habrá de transportarse, por los ríos Paraguay y Paraná, hasta el puerto de Buenos Aires, donde se embarcará con destino a Alemania. El alemán Walter Mohring, al que se ha destinado a Buenos Aires como representante de la administración de petróleos del Estado de Bolivia, se ha trasladado ya a Alemania para conseguir la ratificación de este contrato.

Finalmente, hay que tener en cuenta la actitud de la prensa fascista de Europa. El «Corriere Diplomatico Consolare», de Roma, declaraba ya en enero de 1938 que Bolivia era una de las siete Repúblicas latino-americanas que marchaban decididamente hacia la estabilización, sobre las bases trazadas por el fascismo mussoliniano. Y el «Völkischer Beobachter» publicaba, el 10 de mayo de 1939, un editorial sobre el golpe de Estado de Busch, en el que subrayaba «la gran importancia del acontecimiento» y no recataba su alegría ante el hecho de que Busch declarase oficialmente que había implantado «un régimen totalitario», sin asustarse de que ello pudiera exponerle a «perder las simpatías de los norteamericanos».

En efecto, Bolivia podría ayudar extraordinariamente a los planes de los agresores fascistas contra las democracias del continente americano. Aparte del estaño, Bolivia tiene reservas de petróleo cuyo valor se calcula en más de 17 millones de dólares y produce en grandes cantidades otras materias necesarias para la guerra, tales como plomo, zinc, antimonio, cobre, wolfram, caucho y plata. Además, está situada en la ruta de los aviones alemanes e italianos que actualmente vuelan ya del Atlántico al Pacífico, entre el Brasil y el Perú. Finalmente, el territorio boliviano se halla estrechamente enlazado a las dos cuencas hidrográficas del río La Plata y del Amazonas, extraordinariamente importantes para las comunicaciones entre los dos océanos que no pasan por las rutas del Canal de Panamá o del Estrecho de Magallanes.

Es cierto que el dictador de Bolivia intenta negar que su golpe de Estado guarde la menor relación con los países fascistas. En su manifiesto de 24 de abril, en el que se pretende justificar el golpe de Estado, se declara contrario a todo extremismo, tanto de izquierda como de derecha. El primer decreto de la dictadura, que lleva fecha de 27 de abril, «prohíbe la propaganda de toda doctrina política extranjera, así como los uniformes, insignias y banderas relacionadas con estas doctrinas». El ministro del Interior de la dictadura, Leiton, ha declarado que el régimen actual «abrirá el camino hacia una democracia absoluta» y convocará al pueblo a elecciones en un plazo de cinco a seis meses. Y el embajador de Bolivia en Washington tranquiliza a la opinión pública norteamericana con el ejemplo del Brasil, país que, a pesar de su dictadura, es «uno de los mejores aliados de la política antifascista de Roosevelt».

Hay razones para pensar que todo esto no son más que maniobras para engañar a las democracias y neutralizar a los imperialistas de Wall-Street y de Londres.

En Bolivia se ha producido, sobre todo después de la guerra del Chaco, un profundo proceso de diferenciación de las fuerzas sociales y una agudización de la lucha de clases.

Antes de la guerra del Chaco, había en Bolivia dos partidos políticos omnipotentes: el partido liberal de los grandes plutócratas del estaño y de los señores feudales vinculados con ellos, y el partido republicano, que era el partido de la Standard Oil y de las pandillas feudales relacionadas con ella. Estos dos partidos, que se turnaban en el gobierno bajo la careta de la «República democrática», oprimían al pueblo a favor de sus respectivas pandillas y del imperialismo; con el que ambas se hallaban vinculadas. La población del país, que cuenta 3.200.000 habitantes, de los cuales 500.000 son indios, era explotada de un modo cada vez más cruel. A facilitar esta explotación contribuían el hecho de hallarse diseminada la población en un territorio de 530.000 kilómetros cuadrados, su grado de desorganización, su analfabetismo, su separación en regiones casi enemigas unas de otras, en tribus de indios, entre las que hasta hace poco había sangrientas luchas, etc. Los 35.000 obreros del país (de ellos, 30.000 mineros) perciben salarios que no exceden de 30 centavos a 1 dólar. Los campesinos indios se hallan sometidos a una especie de esclavitud bastante frecuente entre los pueblos indios de Latinoamérica. La burguesía nacional no puede desarrollarse, por impedírselo las trabas abrumadoras del imperialismo.

La guerra del Gran Chaco entre Bolivia y Paraguay representó un gran viraje para las fuerzas políticas, económicas y sociales del país y sus relaciones mutuas.

Ante todo, esta guerra provocó una grave crisis económica, al restringir la exportación de estaño, que en 1935 no llegó siquiera a la mitad del coeficiente señalado a Bolivia por el convenio internacional del estaño.

Al mismo tiempo, las masas se fueron radicalizando cada vez más. Puestas en movimiento y armadas por la guerra, indignadas ante el sacrificio de 150.000 hijos del pueblo enviados a morir a los campos de batalla pantanosos del Gran Chaco, las masas amenazaban con levantarse contra los señores feudales y contra los plutócratas mineros, y sobre todo contra la Standard Oil y sus cómplices y auxiliares del partido republicano, que se hallaban en el Poder por entonces. Estos elementos eran considerados como los culpables del conflicto, cuya finalidad era arrebatarse al trust petrolero inglés Dutch Shell el petróleo de la parte paraguaya del Gran Chaco y conseguir para el petróleo de la Standard Oil una salida al océano Atlántico a través del Paraguay y la Argentina, países controlados por la City.

La profunda radicalización de las masas y la crisis económica determinaron una amplia reagrupación de las fuerzas políticas del país.

Empezó un proceso de profunda descomposición en el seno de los partidos republicano y liberal. Se desgajaron de ellos dos alas. Una de ellas, la de extrema derecha, que agrupaba a los aventureros y a los nuevos ricos, a los especuladores de guerra, se orientó abiertamente hacia el fascismo y procedió a fundar nuevos partidos, como el partido «nacional» y el de las «estrellas de hierro», en los que laboraban los agentes de los agresores fascistas. La otra ala, formada principalmente por la burguesía agrícola e industrial progresiva, por los reformistas nacionales, se unió a los elementos pequeñoburgueses, en torno a partidos llamados socialistas, a partidos democráticos de izquierda, con una gran base de masas. A estos partidos se sumaron algunos aventureros militares, como el general Toro y el actual dictador Busch.

El ala «izquierda» de los llamados partidos socialistas, influida por los sindicatos anarquistas y trabajada por los provocadores trotskistas, injuriaba al movimiento comunista mundial y al Frente Popular de España y de Francia y se dejaba arrastrar a intentonas aventureras y provocadoras.

Así, en 1936, el general Toro pudo aprovecharse, a favor de los imperialistas ingleses rivales de la Standard Oil, de la formidable indignación de las masas, todavía armadas, contra el presidente Salamanca y contra la Standard Oil. Así se explica que la llamada «revolución» de Toro, a pesar de derribar al gobierno «republicano» y de amenazar a la Standard Oil, no eliminase al trust del platino ni a los demás opresores del pueblo.

Por eso, en 1937, las masas volvieron a amenazar con una nueva revolución, esta vez dirigida contra Toro, que las había engañado. Pero Busch supo refrenar una vez más a las masas, bajo la careta de un «socialista cristiano».

Después de derribar el gobierno de Toro «sin derramamiento de sangre», Busch procedió a dictar una serie de medidas que engañaron realmente al pueblo. Llevó a cabo la expropiación de los campos de petróleo de la Standard Oil y anunció la «nacionalización» de este

producto. Nombró ministro del Trabajo a un obrero, que empezó a esbozar una legislación social. Asumió la presidencia del Congreso continental a favor de los indios, que habrá de celebrarse este año en Bolivia. Bautizó su gobierno de «socialista» y consiguió engañar hasta a demócratas bolivianos prestigiosos. Anunció proyectos encaminados a elevar la cultura del pueblo, sobre todo la de los indios, a sanear el desarrollo de la agricultura en las regiones insanas y poco productivas, etc. Además, reconoció algunos de los derechos democráticos del pueblo, señalando una fecha para las elecciones que habrían de restablecer el régimen constitucional.

Pero estos pasos demagógicos se tradujeron en resultados peligrosos para las pandillas feudales e imperialistas. Las masas, aprovechándose de las concesiones de Busch, se organizaron mejor y se iban acercando rápidamente a la formación de un bloque democrático que habría triunfado en las elecciones, como triunfó en Chile.

En este momento, las pandillas feudales y mineras del trust del platino y de la Standard Oil, contra las que iba dirigida también la demagogia de Busch, formaron su bloque reaccionario, que, en vísperas del golpe de Estado, habría de agrupar a todos los agentes de los agresores fascistas.

Y el golpe de Estado, que estos elementos, tanto la pandilla del trust del platino como la vinculada con los agresores fascistas, vacilaban en consumir por su cuenta, fué ejecutado contra las masas populares, contra la unidad de las izquierdas, que se iba formando, y contra la política antifascista de Roosevelt. Para preparar la victoria del golpe de Estado, Busch, de una parte, desarmó a las masas con sus promesas y sus «medidas socialistas moderadas», y de otra parte, los agentes trotskistas del fascismo, como Tristan Marof, llevaron a cabo en noviembre de 1938 las intenciones de provocación que Busch necesitaba para arrebatar al pueblo los pocos derechos democráticos que había conquistado después de la guerra y que le permitían, de este modo, preparar el terreno para el golpe final.

Se trata, pues, de un golpe de Estado consumado por un bloque de las pandillas de extrema derecha del trust del platino y los agentes directos de los agresores fascistas en Bolivia.

La dictadura de Busch no está afianzada, ni mucho menos. A pesar de hallarse diseminadas y desorganizadas, a pesar de estar considerablemente influidas por el sectarismo anarquista y los provocadores trotskistas, a pesar de la enorme debilidad del movimiento comunista, todavía en su fase embrionaria, las masas populares de Bolivia representan, sin embargo, una fuerza importante. Además, una parte considerable de la burguesía nacional boliviana no está dispuesta a renunciar a sus vínculos con los Estados Unidos para engancharse al carro de los agresores fascistas.

Finalmente, el bloque de la dictadura se halla minado también por sus contradicciones internas. Al trust del platino, que está acostumbrado a ser el dueño absoluto del país, le hace poca gracia compartir

este poder omnímmodo con los agresores fascistas. Por otra parte, no entra en la intención de los agresores fascistas el ceder a los capitalistas ingleses una parte leonina en la explotación del petróleo y del estaño de Bolivia.

En esta situación tan inestable, el giro ulterior que tomen las cosas depende de la resistencia de las fuerzas de izquierda. Estas fuerzas no deben dejarse engañar por la demagogia de la dictadura, que pretende hacerles creer que lucha contra el trust del platino y la Standard Oil. No deben dejarse desviar del camino hacia la verdadera nacionalización del petróleo por concesiones hechas a los agentes del fascismo alemán, aun cuando sea necesario llegar a un acuerdo con la compañía expropiada, siguiendo el ejemplo de Méjico. Finalmente, no deben dejarse llevar por las provocaciones de los trotskistas, que urden planes de intentonas para empujar a las masas radicales a aventuras suicidas.

Un factor de la mayor importancia es que las fuerzas democráticas del continente americano ayuden al pueblo de Bolivia y al bloque de las izquierdas que tiende a formarse en este país y les apoyen activamente, en su lucha contra los intentos de los agentes fascistas de llevar al país a remolque de los mayores enemigos de los pueblos latinoamericanos y de ponerle al servicio de sus sangrientos planes.

Los agresores fascistas no han conseguido todavía adueñarse completamente de Bolivia, pero existe el peligro serio de que lo consigan, y contra este peligro deben agruparse, para salvar a Bolivia, todas las fuerzas democráticas y nacionales.



E. MARTIN.

El terror en España

Qué son, en realidad, la «pacificación» y la «restauración» de Franco

El ayudante de verdugo de Hitler y Mussolini, el general Franco, ha sometido a su dictadura todo el territorio de la República española.

Con innumerables asesinatos, con la actuación de los cien consejos de guerra, de Madrid, con el apolotonamiento de decenas de miles de hombres y mujeres en los campos de concentración, con numerosos «suicidios», ha acometido el fascismo la obra de «pacificar el país».

Al mismo tiempo, Franco inicia la llamada «restauración del país» utilizando para la reparación de carreteras, puentes y ferrocarriles el trabajo de esclavos de los 600.000 soldados a que se da el trato de prisioneros de guerra, suprimiendo las condiciones de trabajo y de salario que los obreros habían conquistado durante la República, aumentando los impuestos y las cargas, desfalcando a los campesinos, a los que se despoja de la tierra y de los aperos que el decreto de 8 de octubre de 1836 les había adjudicado, retirando de la circulación la moneda republicana sin indemnizar a sus poseedores, implantando el servicio «voluntario» del trabajo y entregando a Italia y a Alemania todas las riquezas naturales del país.

Hiriendo los sentimientos y destruyendo las libertades del País vasco y de Cataluña y acabando con todas las conquistas políticas y sociales garantizadas por la legislación desde los tiempos de la República, Franco pretende incubar el chovinismo de la «España grande» y preparar el terreno para las aspiraciones imperialistas.

Pero, a pesar de todas estas medidas, las masas populares exteriorizan su voluntad antifascista, su decisión de continuar la lucha. Y Franco tropieza diariamente con una resistencia sorda, pero tenaz y cada vez más fuerte, que va intensificándose y orientándose hacia acciones antifascistas organizadas.

En su actuación, Franco no olvida las lecciones del pasado, en que la voluntad de lucha y la capacidad combativa del pueblo español permitieron que se rehiciese rápidamente el movimiento revolucionario; por eso recurre a medidas más sangrientas y más draconianas que las que ningún tirano haya aplicado para oprimir al pueblo español. En estas medidas, vemos el resultado de toda la experiencia de la reacción española, enriquecida con los métodos de la Gestapo y de la Ovrá.

Pocas horas antes de la entrada de Franco en Madrid, después que la traición de Casado, Besteiro y Miaja le hubo preparado el terreno, el generalísimo de las tropas de ocupación hizo pública la siguiente orden:

«Todos los funcionarios de la provincia deberán presentarse ante los tribunales militares en el término de dos semanas, para declarar acerca de los hechos de que han sido testigos desde el 18 de julio. Todos los militares deberán comparecer, dentro del mismo plazo, ante el tribunal militar de la calle de San Bernardo y en el edificio del Tribunal de Garantías. Todos los serenos que hayan prestado servicio bajo el régimen republicano deberán declarar ante los tribunales militares. Todo el que posea documentos que hayan pertenecido a los republicanos, tales como periódicos, folletos, manifiestos, ficheros y publicaciones de todo género, está obligado a hacer entrega de ellos a las autoridades militares y judiciales.»

Desde la publicación de esta orden, la represión hace estragos por todas partes. Un corresponsal norteamericano escribía: «Solamente en cinco días, se han practicado más de 40.000 detenciones». Pero el terror presenta diversas modalidades. Una de ellas es la que describe en «La Voz de España», con cínica complacencia, un antiguo corresponsal de guerra que se firma «Tebib Arrumi»:

«Vi que se reunía en la calle del Carmen un grupo de gente, y cuando me acerqué pude observar que se trataba de algunos de los muchos grandes dirigentes que, por miedo a la justicia de Franco, se habían suicidado.»

Desde entonces, los asesinos fascistas hablan sistemáticamente de «suicidios». En el campo de concentración de Alicante se «suicidaron» en un solo día 45 prisioneros. A otros «suicidas» se los encuentra muertos en las carreteras, después de descubiertos por los falangistas de su localidad y sacados del campo de concentración en camiones de la Guardia civil.

La prensa de Franco publica diariamente listas de detenidos. Así, por ejemplo, «El Diario de Burgos», del 26 y 27 de mayo, publicaba una lista de 45 detenidos en Madrid, 22 en Valencia y 15 en Cartagena. Los periódicos «La Vanguardia Española» y «El Noticiero Universal», de Barcelona, publicaban por los mismos días dos listas: una de 41 detenidos y otra de 18. Y los mismos periódicos añaden: «En Figols, Santa Coloma, Premiá de Mar, San Vicente y Granollers, han sido detenidos también numerosos extremistas». Y así día tras día. Al lado de esto, toda la prensa fascista del día 20 de mayo publicaba dos decretos condecorando con la gran cruz de la orden de la Flecha Roja a los jefes de la policía secreta italiana y alemana.

Paralelamente con esta oleada de terror, se desarrolla una cruzada de despojo contra los campesinos y los obreros. Durante la guerra, la República entregó a los campesinos 4.086.386 hectáreas de tierra y les concedió los créditos necesarios para cultivarla, hasta la cifra de 140.000.000 de pesetas. La ocupación de todo el territorio de la República por Franco ha vuelto a hundir a los campesinos en la penuria y en la carencia de tierras de siempre. La tierra toda de España ha vuelto a ser entregada a los treinta y ocho grandes terratenientes que

antes la usurpaban y que vuelven a ser dueños del 33,39 por 100 de toda la superficie del país.

Por lo que a los obreros industriales se refiere, bastará citar el discurso pronunciado en Bilbao, el 10 de mayo, por el ministro de Industria y Comercio, con motivo de la inauguración de un alto horno y de los nuevos talleres de la fábrica de artillería de la empresa «Belga»:

«El gobierno dará trabajo, pero exigirá de los obreros y de las empresas productividad y sacrificio. La vida fácil de los viejos tiempos se ha terminado y comienza una época de sacrificios y de abnegación.»

Cuáa es la verdadera significación de estas palabras nos los dice una orden ministerial, cuyos puntos más importantes son los siguientes:

1.º Las empresas privadas podrán despedir a los obreros que, por actos cometidos después del 18 de julio, sean culpables de uno de los delitos siguientes:

a) Haber actuado abiertamente contra el «movimiento nacional» en puestos de mando militares o civiles o en puestos de dirección sindical;

b) haber intervenido en las fábricas o industrias como delegados sindicales y dirigentes o delegados de control de las organizaciones marxistas;

c) haber cometido actos que supongan una responsabilidad penal;

d) haber amenazado al patrono, al gerente o al director de la empresa o a otros obreros o a sus familiares, así como haber atentado contra la propiedad privada o contra la propiedad de la empresa.

2.º Los despidos deberán realizarse en el plazo de tres meses, a contar desde el 28 de marzo.

3.º Las empresas y los patronos están obligados a comunicar a los tribunales de trabajo, en el término de cuarenta y ocho horas, los nombres de los obreros y las causas del despido.

Es todo un plan de exterminio, cuya ejecución se deja a cargo de los propios patronos y de los tribunales de trabajo. Este plan se hace extensivo a todas las ramas industriales, según se desprende del siguiente comunicado del jefe de policía de Barcelona:

«A partir de hoy, todos los propietarios de restaurantes, cafés, bares, cervecerías, etc., deberán pasar una declaración jurada de todo el personal que trabaje en ellos. Para poder seguir trabajando, los empleados de estas industrias deberán presentar la autorización del jefe de policía.» (Publicado en «La Vanguardia Española», de Barcelona, el día 28 de mayo.)

Las demás capas pobres de la población sufren también bajo el despotismo de la dictadura fascista. Bajo los más diversos pretextos, se maltrata y saquea a los ciudadanos españoles. He aquí un ejemplo característico, tomado de «La Vanguardia Española», de 28 de mayo:

«Ha sido denunciado a la policía el vecino de Barcelona Antonio Seres Plana, por haber ordenado a la portera de su casa arrancar unos carteles del glorioso movimiento nacional. Por orden del general en jefe de la re-

gión, se le ha impuesto una multa de 20.000 pesetas y se le ha obligado a pegar los mismos carteles en el sitio donde estaban los que arrancó.»

Otro ejemplo, publicado por «El Diario Vasco», de San Sebastián:

«El gobernador civil de la provincia ha impuesto una multa de 100 pesetas a cincuenta y ocho comerciantes, por negarse a pagar el llamada impuesto de socorro.»

En Cataluña y en el País vasco, territorios a los cuales la República había concedido sus propios Estatutos, a los sufrimientos del pueblo viene a añadirse la opresión nacional. Los órganos autónomos de los catalanes y de los vascos, su lengua, sus costumbres tradicionales, no son ya más que un recuerdo de las libertades pasadas. La propaganda fascista presenta a los vascos y a los catalanes como partidarios de la separación del resto del país, como enemigos de España. Con esta acusación caprichosa y con este pretexto demagógico de lucha contra la «desmembración» de España, Franco justifica la lucha cruel desencadenada contra estos dos pueblos.

Al mismo tiempo que intenta azuzar los sentimientos chivinistas contra los vascos y los catalanes, el fascismo pretende producir una borrachera imperialista y despertar ilusiones acerca de la «transformación de España en un imperio mundial». Paralelamente con esto, se desarrollan los preparativos militares al servicio de las potencias del Eje.

El pueblo español, ante estas medidas crueles y a fondo, da pruebas de su firme voluntad antifascista con una resistencia sorda, y aunque la traición de Besteiro-Casado-Miaja y consortes ha entorpecido la preparación de las fuerzas antifascistas para luchar bajo las nuevas condiciones, habiendo entregado además al fascismo a miles de los mejores cuadros del movimiento antifascista, la resistencia se extiende. Un hecho que caracteriza el estado de ánimo de las masas es que los obreros no entran en las organizaciones fascistas, y esto no sólo en los territorios ocupados por el fascismo últimamente, sino también en las regiones que venía ocupando desde hacía bastante tiempo, como Vizcaya. No menos característica es la negativa de los agricultores de la provincia de Zaragoza a acudir al mercado y la medida a que el ministro de Industria y Comercio se ha visto obligado a recurrir nombrando delegados en algunas empresas, porque éstas ocultaban sus operaciones comerciales.

Que Franco no ignora el estado de espíritu de la gran mayoría del país, lo revelan algunos de los párrafos de sus últimos discursos:

«La victoria quedará anulada si continuamos con la tensión y la inquietud de los primeros tiempos y si dejamos en libertad de acción a los eternamente descontentos, a los vengativos y a los egoístas.»

«No nos hagamos ilusiones. El «espíritu judaico», que ha hecho posible la alianza del gran capital con el marxismo (se alude a la alianza de los republicanos burgueses con los obreros y campesinos), no puede desarraigarse en un día y sigue viviendo en la conciencia de muchos.» (De un discurso pronunciado en Madrid con motivo del «desfile de la victoria».)

Y su propia prensa, el periódico «Unidad», de San Sebastián, de 22 de mayo, anuncia el peligro y apunta a los sentimientos antifascistas de las masas populares:

«No es difícil pronosticar que el día en que termine la desmovilización, el espíritu de emigración, que tiene profundas raíces en muchas regiones de España, atravesará por un período de una agudización especial.»

A pesar de sus esfuerzos, el autor de este artículo no puede ocultar que las masas no quieren vivir bajo el régimen de Franco:

«Pues habrá gente que retrocederá, asustada ante la vida dura que le espera; habrá gente que creará poder reconstruir su vida fuera de España, y no faltarán tampoco los que quieran emigrar por razones políticas oscuras.»

El autor de este artículo no podía expresarse con mayor claridad. Pero si no basta esto, escuchemos las palabras de un autor más caracterizado, de Jiménez Caballero, el «teórico» del fascismo español, en «Unidad», de San Sebastián, (número de 25 de mayo):

«La guerra continúa. Continúa silenciosamente, en un frente invisible. Es una guerra tan inexorable como la que hemos padecido hasta el 1 de abril. Es la misma guerra, son los mismos enemigos. Es la misma canalla, que no se rendirá mientras no la aplastemos para siempre.

Un día, estos enemigos intentan influir, con sus tentáculos visibles o misteriosos, sobre la vieja guardia de José Antonio (Primo de Rivera).

Otro día, intentan emponzoñar las viejas fuentes históricas del carlismo y la lealtad milenaria de Navarra.

Otra vez, intentan tocar las viejas teclas de ese piano melancólico que a fines del siglo pasado se llamó la restauración de Cánovas. Otra vez, las fuerzas enemigas intentan minar el suelo proletario que aún no hemos reconquistado y entonar de nuevo la vieja cantinela de las luchas sociales.

Luego, el enemigo intenta infiltrarse, por sus canales secretos, en nuestro catolicismo.

Esta penetración invisible del enemigo incansable y pérfido se apodera de Cataluña y de Vasconia y toca el arpa romántica del separatismo, de la autonomía, de la lengua pasada y de las leyes propias.»

Finalmente, da los últimos toques a su cuadro de las luchas intestinas en el campo fascista, de la resistencia de las masas y del odio de los pueblos oprimidos del País Vasco y de Cataluña, con las siguientes palabras:

«¡Andáos con ojo, españoles! ¡Cuidado, hermanos! La guerra no ha terminado. Aunque no oigáis disparos, sabed que se sigue disparando y que se ceban las minas subterráneas para hacer saltar los cuerpos de los defensores y las almas de la construcción.

Sabed que el frente, hoy, es invisible. Este frente se llama la intriga, se llama el rumor. Rumores e intrigas en política, en cuestiones sociales, en materia de religión, en punto al problema nacional.»

Todas estas dificultades se agudizan ante la grave situación económica porque atraviesa el país. Es muy poco lo que Franco puede dar a las masas, suponiendo que pueda darles algo. Por eso tropieza con dificultades cada vez mayores.

El pueblo español sigue luchando. A la cabeza del pueblo se hallan los comunistas, que incluso bajo las condiciones más difíciles, se

esfuerzan en reagrupar las fuerzas del antifascismo, en organizar la resistencia y en preparar el paso a formas más amplias de lucha.

Un pueblo heroico como el español que luchó durante treinta y dos meses con las armas en la mano y que ha sido dueño de sus destinos, jamás se someterá al fascismo. Este pueblo heroico, que prosigue la lucha bajo las condiciones más terribles, es acreedor a la más entusiasta ayuda internacional.

Ayudar consecuentemente al pueblo español a arrojar de su país al fascismo y a reconquistar su libertad y su independencia, es una misión extraordinariamente importante de todos los antifascistas.

La guerra de liberación del pueblo español contra los conquistadores fascistas hizo que cobrase grandes vuelos la solidaridad internacional. Sin embargo, la ayuda prestada a la República española por los antifascistas de los demás países, no fué todo lo grande que debió y pudo ser. Y una de las causas que contribuyeron a la derrota de los republicanos fué el que la clase obrera internacional y el movimiento antifascista mundial no hicieron cuanto estaba de su parte para asegurar la victoria de los combatientes españoles por la libertad.

Ha llegado el momento de descargarse de una parte de esta culpa luchando con la mayor decisión contra el terror en España, contra la actuación de los fascistas españoles en otros países y por la salvación de los combatientes españoles de la libertad que se encuentran en la emigración. Todo antifascista tiene que considerar como una infamia y un oprobio que Estados que se llaman democráticos no tengan otra cosa que ofrecer a los más leales y más valientes defensores de la democracia que las alambradas de los campos de concentración y trabajos forzados. Todo antifascista debe considerar como una deuda de honor ayudar a estos héroes, para los que el derecho de asilo de los Estados que se llaman democráticos toma cuerpo en los esbirros de la policía y en los carceleros. Todo antifascista debe hacer cuanto esté de su parte por demostrar a los emigrados españoles, por lo menos, una parte de la gratitud tan enorme que se les debe. Hospitalidad y derecho a trabajar y a vivir libremente: he aquí lo que los antifascistas de todos los países deben conquistar para los que en España defendieron la libertad de todos los pueblos y cerraron el paso con sus cuerpos a los avances de la guerra imperialista.

Ante todas las organizaciones de los obreros y los trabajadores, ante todos los antifascistas y todos los hombres honrados, se plantea la misión de ayudar a los combatientes españoles por la libertad y asegurarles la conservación de sus energías combativas físicas y morales.

El pueblo español ha cumplido y sigue cumpliendo magníficamente con su deber en la lucha de los pueblos contra la barbarie fascista. ¡Que los demás pueblos no olviden el suyo para con el pueblo español!

KURT FUNK.

Importancia de la teoría leninista-stalinista del Estado para la clase obrera internacional

El Partido Comunista de la Unión Soviética brinda a la clase obrera internacional lo más alto, lo más importante que ningún Partido puede brindar al mundo: el ejemplo vivo de la sociedad socialista floreciente, y con él la certeza de que el socialismo, por el que han luchado generaciones enteras de obreros de todos los países, es ya hoy una realidad incommovible.

El Partido Comunista de la Unión Soviética, que dirige hoy un pueblo formado por un gran número de nacionalidades fraternalmente unidas, cuyo trabajo está convirtiendo a esta sexta parte del planeta en el país más rico y más poderoso del mundo, proporciona a la clase obrera internacional, con la exposición científica del camino que la ha llevado al Poder, el arma teórica cuya certera aplicación permite y asegura el triunfo sobre el imperialismo. Desde la primera hasta la última página del manual de «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.» se perfila con trazos claros y convincentes la lucha incesante por defender y seguir desarrollando de un modo vivo la teoría del marxismo, en todas las etapas del largo y difícil camino que conduce a la liberación de los trabajadores del yugo del capitalismo.

El único partido de la clase obrera internacional que ha conseguido triunfar sobre la burguesía y realizar el socialismo es también el único que ha estudiado y expuesto la actitud de la clase obrera ante el Estado con arreglo a los principios de Marx y Engels. El Partido bolchevique, que en las obras de Lenin y Stalin, en las que palpita el espíritu vivo del marxismo, ha dado de lado implacablemente al barullo de las teorías pseudocientíficas sobre el Estado, desbrozando el camino para la conquista del Poder por el proletariado, ha ayudado de un modo fundamental a la clase obrera internacional, precisamente con la fundamentación teórica y la realización práctica de la teoría marxista-leninista del Estado, a adquirir conciencia de la necesidad de dar el paso decisivo par salir del laberinto de las ideas burguesas acerca del Estado.

El estudio del manual de «Historia del P. C. (b) de la U.R.S.S.» y el informe de Stalin al XVIII Congreso del Partido sobre la actuación del C. C. del P. C. (b) de la U.R.S.S., en el que se desarrolla e impulsa

la teoría de Lenin sobre el Estado bajo las condiciones propias de la época en que se está realizando el comunismo, incitará a los elementos más activos de la clase obrera internacional a meditar acerca de la importancia de estas enseñanzas para su propia lucha, les animará y les preparará para desgarrar por sus propias manos toda esa trama de teorías y de ideas burguesas acerca del Estado, que siguen enredándose entre los pies de la clase obrera de los países capitalistas.

Las «teorías burguesas sobre el Estado, que los falseadores socialdemócratas del marxismo han infiltrado y cultivado en las filas del movimiento obrero son, en efecto, trabas y cepos que impiden al proletariado, a cada paso, avanzar, y lo encadenan a instituciones y esquemas ya caducos. Al llegar precisamente los momentos decisivos, en que se trata de arrimar el hombro y empujar audazmente, esas «teorías» convierten al proletariado en un apéndice impotente de la burguesía. Tiran de él hacia atrás, precisamente en el momento en que se dispone a ocupar el puesto que le corresponde.

En Alemania, en Italia y en Austria, en Checoslovaquia e incluso en España, la clase obrera paga con una sangre preciosa las consecuencias prácticas de las «teorías» socialdemócratoburguesas y anarcosindicalistas sobre el Estado, «teorías» que sólo han aprovechado al más rabioso enemigo de la clase obrera y de su marcha hacia el socialismo: el fascismo. En distintos países democráticos, las tales «teorías» han impedido a la clase obrera desplegar y movilizar sus fuerzas en la lucha por mantener y extender las conquistas democráticas, la comprimen a la fuerza dentro del cerco del Estado burgués y paralizan su lucha por el socialismo. Las «teorías» socialdemócratoburguesas y anarcosindicalistas sobre el Estado contribuyen, en todos los países capitalistas, a que la clase obrera no haya conseguido movilizar aún todas sus fuerzas para impedir que se siga desarrollando la segunda guerra imperialista que se prepara.

Los obreros, los trabajadores, los intelectuales, que hoy acuden a la «Historia del Partido comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.» y al informe de Stalin al XVIII Congreso del Partido, para comprender los principios cuya elaboración y consecuente aplicación pertrecharon al Partido bolchevique y le capacitaron para dominar el difícil camino que condujo de la tenebrosa Rusia capitalista del zarismo al remate de la edificación de la sociedad socialista, obtendrán con su estudio dos cosas: su fe en la certeza del triunfo del socialismo en el mundo se fortalecerá y se hará incommovible con el maravilloso ejemplo de la obra histórica de los bolcheviques, y su capacitación para emprender la lucha contra la propia burguesía se renovará, gracias a la ciencia que la lucha de los bolcheviques les transmite.

Todo obrero fiel a la causa del socialismo, todo verdadero socialista, ansioso de encontrar el camino para salir del atolladero en que han metido a la clase obrera las falsas, anquilosadas o aguadas teorías seudomarxistas de procedencia socialdemócrata o burguesa, puede en-

contrar el ejemplo de este camino en el Partido bolchevique, cuya norma de actuación es:

«La teoría marxista-leninista no es ningún dogma, sino una guía para la acción.»

En su obra «El Estado y la revolución», escribe Lenin:

«Sólo es marxista quien *haga extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento *de la dictadura del proletariado*... Sólo se habrá asimilado la esencia de la teoría marxista del Estado quien haya comprendido que la dictadura de *una* clase es necesaria no sólo para toda sociedad de clase, en general, no sólo para el proletariado después de derribar a la burguesía, sino también para todo el *período histórico* que separa el capitalismo de la «sociedad sin clases», del comunismo. Las formas de los Estados burgueses varían extraordinariamente, pero su esencia es siempre la misma: todos estos Estados constituyen, de un modo o de otro, pero en último resultado incuestionablemente, una *dictadura de la burguesía*. El paso del capitalismo al comunismo hará surgir, naturalmente, una enorme multitud y variedad de formas políticas, pero la esencia de todas ellas será, incuestionablemente, la misma: la *dictadura del proletariado*.»

La teoría de Lenin y Stalin, que ha acreditado su fuerza victoriosa al dominar y vencer todas las dificultades, se formó y maduró a través de las experiencias de las revoluciones de 1905 y de Febrero y Octubre de 1917. Se templó en un trabajo tenaz de masas, tanto en los periodos de reacción como en los periodos de progreso. Demostró su solidez en las tormentas de la guerra imperialista y en los vendavales de la guerra civil y de la intervención de las potencias extranjeras. Su firmeza permaneció intacta ante la labor de zapa de los agentes trotskistas y bujarinistas del capitalismo para minarla desde dentro y ante los ataques furiosos de los políticos socialdemócratas reaccionarios para derribarla desde fuera. Los profetas que se pasaron año tras año pronosticando el rápido derrumbamiento del Poder Soviético, se han cubierto de ridículo. El Partido de Lenin y de Stalin no sólo ha administrado celosamente, sino que además ha enriquecido consecuentemente y de un modo genial el legado que recibió con las someras ideas y manifestaciones de principio de Marx y Engels acerca del Estado. Las piedras que se encerraban en el «Manifiesto Comunista», en «La guerra civil en Francia», en «Los orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado», en el «Anti-Dühring» y en los trabajos y las cartas de crítica de los programas del Partido socialdemócrata para construir la teoría revolucionaria de la clase obrera sobre el Estado, fueron cuidadosamente recogidas por Lenin y Stalin, quienes las limpiaron de los «adornos» con que las habían cubierto los teóricos socialdemócratas; estas piedras son los elementos con los que Lenin y Stalin han construido su obra monumental.

En su conferencia «Sobre el Estado», pronunciada por él en la Universidad «Sverdlov», en julio de 1919, Lenin decía que el problema del Estado era uno de los problemas «*más complicados y más difíciles*», «*uno de los más embrollados, sin duda alguna, por los sabios, escritores y filósofos burgueses*». Con la palabra, la pluma y la

acción, Lenin y Stalin han convertido el problema del Estado en un problema cardinal de la lucha proletaria de clases, resuelto por los medios del marxismo-leninismo y susceptible de solución para la clase obrera internacional. El dominar la teoría leninista-stalinista del Estado tiene una importancia decisiva para poder cumplir las grandes tareas del presente que se le plantean a la clase obrera internacional.

Importancia de la teoría leninista del Estado para la lucha de la clase obrera contra el fascismo.

En el fascismo, la dictadura de la burguesía cobra su forma más descarada a los ojos de los trabajadores. Sin embargo, aunque el carácter de clase capitalista de esta dictadura es evidente, hay, incluso dentro de la clase obrera, concepciones distintas y contrapuestas acerca del contenido, acerca de la esencia de la dictadura fascista.

Como es lógico, los propios representantes de la dictadura fascista se hallan interesados en disfrazar su régimen. En esto se asemejan a sus predecesores, los titulares y representantes del Poder del Estado bajo la democracia burguesa, bajo el Estado feudal y las formas de Estado anteriores, que empleaban generalmente disfraces místicos, religiosos o jurídicos para que los oprimidos no se diesen cuenta de la verdadera naturaleza de su Estado.

Federico Engels, que en su obra sobre «Los orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado» hace una investigación y una exposición científica profundas sobre el nacimiento del Estado (en su conferencia «Sobre el Estado», Lenin dice de ella que es «una de las obras fundamentales del socialismo moderno. en la que se puede uno fiar de cada una de sus tesis»), formula como resultado de sus investigaciones, por oposición a las teorías especulativas acerca del Estado, la siguiente conclusión:

«Por consiguiente, el Estado no es, ni mucho menos, un poder impuesto a la sociedad desde fuera; ni es tampoco, como afirma Hegel, «la realidad de la idea moral», «la imagen y la realidad de la razón». Es, por el contrario, un producto de la sociedad al llegar a una determinada fase de desarrollo; es la confesión de que esta sociedad se halla envuelta en una contradicción insoluble consigo misma, dividida por antagonismos inconciliables que es impotente para dominar. Para que estos antagonismos, que son clases con intereses económicos antagónicos, no se consuman a sí mismos y a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el conflicto y a mantenerlo dentro de los límites del «orden»; este poder que brota de la sociedad, pero que se sitúa por encima de ella y se va divorciando de ella cada vez más, es el Estado.»

Engels describe a continuación en qué consiste este poder, «la institución de un poder público, que ya no coincide directamente con la población organizada por sí misma como poder armado». «Este po-

der no está formado solamente —escribe Engels— por hombres armados, sino también por aditamentos materiales, por las prisiones y por todo género de establecimientos de coacción».

Refiriéndose a esta extensión del «poder público», Engels termina diciendo:

«Puede ser insignificante y casi imperceptible, en sociedades con antagonismos de clase todavía rudimentarios y en territorios remotos... Pero se acentúa a medida que los antagonismos de clase dentro del Estado se van agudizando y conforme los Estados colindantes entre sí crecen y ven aumentar su censo de población. Basta fijarse en la actual Europa, donde la lucha de clases y el pugilato de conquistas han exaltado el Poder público, colocándolo a una altura tal, que amenaza con devorar a toda la sociedad e incluso al Estado.»

En su obra «El Estado y la revolución», Lenin saca de estas ideas de Engels conclusiones extraordinariamente importantes. He aquí sus palabras:

«Esto fué escrito no más tarde de comienzos de la década del 90 del siglo pasado. El último prólogo de Engels lleva la fecha del 16 de junio de 1891. Por aquel entonces, el rumbo hacia el imperialismo —tanto en el sentido de la dominación completa de los trusts como en el sentido de la omnipotencia de los gigantescos bancos y en el de una grandiosa política de colonización, etc— acababa precisamente de iniciarse en Francia, y en Norteamérica y Alemania era todavía más débil. Desde entonces, el «pugilato de conquistas» ha hecho progresos gigantescos, tanto más cuanto que a comienzos de la segunda década del siglo XX el planeta se hallaba ya definitivamente repartido entre estos «púgiles conquistadores», es decir, entre los grandes Estados rapaces. Los armamentos navales y terrestres han crecido increíblemente desde entonces, y la guerra rapaz de 1914 a 1917, en la que se ha ventilado la dominación del mundo por Inglaterra o por Alemania, el reparto del botín, ha hecho que la tendencia del Poder del Estado a «devorar» a todas las fuerzas de la sociedad haya estado a punto de desencadenar una catástrofe completa.»

En su introducción a «La guerra civil en Francia», de Marx, Engels define irrefutablemente el carácter del Estado en la sociedad de clase con estas palabras:

«Pero, en realidad, el Estado no es sino una máquina para la opresión de una clase por otra, y esto tanto en las Repúblicas democráticas como en las monarquías.»

Con ello, hace resaltar como lo esencial el contenido de clase del Estado, frente al cual la *forma* de éste desempeña un papel secundario. Por su parte, Lenin, en el pasaje que hemos transcrito más arriba, señala la misión específica del poder del Estado en la era del imperialismo. Estas ideas son indispensables para comprender la función del Estado fascista.

Si se despoja al Estado fascista de la morralla ideológica con que se envuelve para desorientar a las masas explotadas y oprimidas, vemos que se alza ante nuestros ojos como la *dictadura terrorista franca y abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capital financiero*, como lo definió el VII Congreso de la Internacional Comunista en su resolución sobre el informe del cama-

rada Dimitroff. El Estado fascista se nos aparece como una máquina de proporciones jamás conocidas, como la acumulación y la concentración de los instrumentos de poder y de opresión más modernos. Este Estado se arroga la pretensión de la «totalidad» en el interior y de la primacía imperialista de dominación sobre el mundo exterior. Arrebata y absorbe todo lo que hasta ahora podía ser objeto de la iniciativa privada en materia de educación, de labor cultural, de deporte, etc. Somete a la prensa, al teatro, a la radio, a la literatura, a una «sincronización» inexorable. Destaca sus órganos de poder directamente en las fábricas, en la industria y en la agricultura, para asegurar del modo más perfecto posible la ejecución íntegra de sus órdenes y el aplastamiento de todo intento de resistencia, de rebeldía o de voluntad propia por parte de los «ciudadanos del Estado». Se inmiscuye en la economía capitalista, para ponerla plenamente y por entero al servicio de los artesanos, pequeños industriales y campesinos.

El aparato del Estado y sus aditamentos —las organizaciones e instituciones fascistas— crecen ininterrumpidamente. Y cuanto más se extiende y gana en peso, más se van dando cuenta las masas explotadas y oprimidas de la contradicción irreductible que existe entre ellas, es decir entre los intereses comunes de la sociedad y los intereses de los elementos dominantes, que tienen su expresión en el poder del Estado fascista.

En el Estado fascista, la gran mayoría de los «ciudadanos del Estado» se ven privados de los derechos democráticos que habían obtenido bajo la democracia burguesa. Lo mismo da, para estos efectos, que el Estado revista la forma de una «república», como en Alemania, o la forma de una «monarquía constitucional», como en Italia. Lo mismo da que existan formalmente «garantías constitucionales», como ocurre en Alemania, en Italia y en los territorios coloniales europeos de ambos Estados fascistas, en Austria, en Checoslovaquia, en Albania, etc. Después que la lucha de clases —que dentro del marco de la democracia burguesa revistió y tenía necesariamente que revestir formas cada vez más agudas— condujo temporalmente a la derrota de las clases oprimidas que pugnan por liberarse, la burguesía dominante se aprovecha sin miramiento alguno de las posiciones conquistadas. Pero no por ello renuncia, ni mucho menos, a las apariencias «democráticas», cuando cree que con ellas puede conseguir engañar o corromper a una parte de las clases oprimidas. Por eso, hay plebiscitos cuyo resultado se conoce perfectamente de antemano y que, además, no pueden hacer cambiar en lo más mínimo la realidad. Hay «sustitutivos» de parlamentos y de mítines, lo mismo que hay «sustitutivos» del derecho de coalición. Los derechos electorales y el derecho de coalición se sustituyen por el deber, impuesto a la fuerza, de tomar parte en las «elecciones» y de enrolarse en las organizaciones fascistas.

La misión de este Estado consiste, como lo puso de manifiesto la

resolución del VII Congreso de la Internacional Comunista sobre el informe del camarada Dimitroff, en «poner en práctica *medidas extraordinarias para saquear a los trabajadores, en preparar y llevar a cabo guerras imperialistas y en evitar la revolución*».

Hasta qué punto las teorías liberales y otras teorías burguesas y socialdemocráticas sobre el Estado, o las teorías anarquistas, han contribuido a facilitar la implantación de esta dictadura terrorista franca y abierta, es un problema que habrá que investigar.

Por el momento, lo que interesa es ver claramente que, sin descartar ciertas concepciones socialdemocráticas acerca del Estado, la clase obrera no podrá encontrar el camino hacia el derrocamiento de la dictadura fascista.

Todavía hay numerosos líderes socialdemócratas que se niegan a ver en el Estado fascista un aparato de poder del capitalismo, que charlan de «dictadura personal», de «dictadura en general» y se mueven por entero dentro de los cauces de esos liberales burgueses que hacen de vez en cuando protestas solemnes contra «toda dictadura, sea de derecha o de izquierda». A la Segunda Internacional no se la puede convencer de adoptar una actitud de unidad contra el fascismo porque hay políticos socialdemócratas dirigentes que, fijándose en las diferencias de matiz o de detalle entre los diversos regímenes fascistas, simpatizan más o menos con uno o con otro, o bien porque se hallan directamente comprometidos con un régimen fascista o con otro (ejemplos de estos los tenemos, entre otros, en lo que se refiere al Japón, a Hungría, a Polonia, a Italia, etc.). La misma socialdemocracia alemana, que por último ha sido aplastada por la variante más reaccionaria del fascismo, por el fascismo alemán, no ha llegado nunca a tener, por impedírselo su vinculación con la burguesía, una actitud clara, una actitud de clase ante el Estado fascista, ni antes de implantarse la dictadura del fascismo ni en los años que van transcurridos desde entonces.

En su libro «Los 14 años de la primera República alemana», cuenta Friedrich Stampfer que el presidente socialdemócrata del Consejo de ministros de Prusia, Otto Braun, facilitó las negociaciones mantenidas en julio de 1932 entre el canciller del Reich von Papen y los nacionalsocialistas, «retirándose a descansar como enfermo. Estaba realmente enfermo, y además convencido de que había que hacer la experiencia de un gobierno parlamentario con los nacionalsocialistas». Con arreglo a la concepción absolutamente burguesa del Estado que predominaba en la socialdemocracia alemana, se trataba, con estas experiencias, no de problemas de clase y de poder de los que dependía el destino de la clase obrera y del pueblo, sino simplemente de «observar las reglas del juego democrático».

Otto Wells, presidente de la socialdemocracia alemana, que no hace mucho aprovechaba la ocasión del cincuenta aniversario de la fundación de la socialdemocracia sueca para declarar que la política seguida por los partidos de la Segunda Internacional durante la pri-

mera guerra mundial imperialista había sido acertada, intentó, en 1933, meses después de instaurarse el gobierno fascista, renunciando a lo poco que aún quedaba en la socialdemocracia de lucha de clases y de socialismo, asegurar un comportamiento leal de la socialdemocracia con respecto al Estado fascista. Los dirigentes socialdemócratas intentaron por aquel entonces aunar una «oposición leal» en los asuntos de política interior con una actitud fundamentalmente afirmativa ante la política exterior del Estado fascista, con objeto de adquirir, a costa de aceptar sin lucha todas las medidas de opresión, el derecho a hacer acto de presencia en las filas del Estado parlamentario.

El rumbo que después han seguido los teóricos socialdemócratas indica claramente que esta actitud que se adopta ante el Estado fascista se halla íntimamente relacionada con el punto de vista general de la socialdemocracia ante el imperialismo. Friedrich Stampfer, que no hace mucho se jactaba de haber roto «interiormente» con el marxismo desde hace cerca de treinta años, llegaba, en varios artículos en torno a una discusión programática, a establecer un parangón y una valoración exentos de todo contenido de clase entre la «República de Weimar» y el Estado alemán fascista actual, para preconizar, como resultado de esta peculiar «autocrítica» de la política de coalición de la socialdemocracia, un «Estado del porvenir» que vendría a ser una especie de cruzamiento de la democracia burguesa con el aparato del Estado fascista, es decir, con un aparato dotado de «un fuerte Poder del Reich», con un presidente no sometido a las manifestaciones directas de la voluntad del pueblo, con un gobierno cuya actuación no estaría sujeta a los efectos de «la crítica y de la obstrucción», con un sistema de elementos propios «de un orden legal severo» frente a las tendencias autonómicas, etc.

También Otto Bauer, el teórico del austromarxismo, se mostraba, al igual que Stampfer (a medida que el imperialismo alemán desplegaba su acción en la Europa central), cada vez más sensible a la función pretendidamente «progresiva» del Estado fascista. Ambos autores, en unión de otros socialdemócratas, atribuían a este Estado una función «progresiva» precisamente en sus relaciones con la economía capitalista, es decir en el punto donde mejor resalta el carácter reaccionario del Estado fascista. También en este aspecto vemos que los teóricos socialdemócratas enfocan el «Estado en sí» al margen de las fuerzas del capitalismo financiero que le llevan de las riendas. En vez de comprender que las ingerencias del Estado fascista en la economía capitalista, que se pretenden hacer pasar mentirosamente por una «economía planificada», son una forma de agudización de la competencia de determinados sectores del capital trustificado, monopolista y bancario contra otros sectores de la economía capitalista, cuya finalidad principal es ayudar al imperialismo alemán, dotándolo de la capacidad de movilización necesaria para la lucha que Engels, adelantándose genialmente al futuro, calificaba de «pugilato de conquistas», Bauer le coloca a esta actuación del Estado fascista la etiqueta de «pilo-

taje social del proceso de producción», permitiendo a sus secuaces, con este tópico, soñar con el «desarrollo del fascismo hacia el socialismo». A pesar de que el Estado fascista (que Bauer equipara, como vemos, a la sociedad) surgió como una barrera reaccionaria levantada contra la solución revolucionaria —la única posible— de la contradicción existente entre las fuerzas materiales productivas de la sociedad y las relaciones de producción vigentes (el régimen de propiedad), a los llamados teóricos socialdemócratas no se les ocurre otra cosa que ver en él una fuerza propulsora del progreso.

En su libro titulado «La subversión de la ciencia por el señor Eugenio Dühring» («Anti-Dühring»), Engels, ya antes de que el capitalismo entrase en la fase del imperialismo, se burlaba sarcásticamente de aquellos «socialistas» que creían poder clasificar como actos de socialismo la nacionalización de empresas o industrias por el Estado burgués. He aquí lo que escribía Engels a este propósito:

«Pero últimamente, desde que Bismarck se ha lanzado a la nacionalización, ha surgido una especie de falso socialismo, que degenera incluso, de vez en cuando, en cierto servilismo y que consiste en calificar, sin más, de socialista, *todo* acto de nacionalización, aunque sea bismarckiano. Ciertamente, si la nacionalización del tabaco fuese un acto socialista, tendríamos que incluir entre los fundadores del socialismo a Napoleón y Metternich. Cuando el Estado belga, por razones políticas y financieras de las más vulgares, procede a construir directamente sus principales ferrocarriles, o cuando Bismarck, sin que ninguna necesidad económica le obligue a hacerlo, nacionaliza las principales líneas ferroviarias de Prusia, sencillamente para poder equiparlas y explotarlas mejor con vistas a la guerra, para amaestrar al personal ferroviario como ganado electoral y, sobre todo, para procurarse una nueva fuente de ingresos, independiente de los acuerdos del parlamento, no dan con ello, ni directa ni indirectamente, ni consciente ni inconscientemente, ningún paso socialista. De otro modo, habría que considerar como instituciones socialistas a la Real Compañía de Navegación, a la Manufactura Real de porcelana y hasta a los sastres de compañía del ejército.»

Al final de su informe sobre el tercer Plan quinquenal en el XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S., dijo Molotov:

«El capitalismo, incluso el capitalismo fascista, es incapaz de oponer a nuestra economía planificada nada parecido. Con su propiedad privada, el capitalismo, sin excluir el capitalismo de corte fascista, es por esencia incompatible con los planes económicos. Por eso, mientras en nuestra economía nacional los planes han revelado ya su fuerza maravillosa. El capitalismo se ha convertido plenamente en un anacronismo, en una traba histórica, en un fenómeno reaccionario de nuestro tiempo.»

Por tanto, mientras que para los marxistas las ingerencias y los intentos de regulación del Estado son precisamente otros tantos argumentos que demuestran la necesidad de acabar con el régimen capitalista de producción en general y con el tipo más reaccionario del Estado capitalista, que es el Estado fascista, en particular, el embrollo social-democrático del problema del Estado y especialmente la ayuda directa que algunos teóricos socialdemócratas prestan al Estado fascista atreviéndose a presentarlo como una «forma de organización

social progresiva», sirven a esos intentos reaccionarios de confusio- nismo con los que se trata de empañar la mirada de la clase obrera para que no se dé cuenta del carácter capitalista del Estado fascista.

A nada temen tanto los fascistas como al hecho de que los obreros aborden los problemas del Estado desde un punto de vista de clase. Así, por ejemplo, un tal Andreas Pfenning, en un artículo publicado en la revista fascista «Volk im Werden», intenta, a costa de grandes sudores, demostrar que el origen de todos los males está en la conciencia de que «el reino de lo social es siempre, hasta cierto punto, antitético del reino de lo estatal», por donde las ideas científicas que discurren por este cauce asumen «en proporciones cada vez mayores, un carácter antiestatal, un carácter revolucionario». Por eso, este Pfenning llega a la conclusión de que el centro del «movimiento» fascista es la «idea de la totalidad política», es decir, la prohibición de reconocer y caracterizar como tales los antagonismos de clase o, lo que es lo mismo, el ahogar la conciencia de que el Estado fascista es un Estado de la clase capitalista, en su más alto grado. De donde, a su vez, se deduce que quienes, en el campo de la clase obrera, bajo la impresión del fascismo y de su fraseología sobre la «comunidad nacional» y la «totalidad», intentan empañar o amortiguar la conciencia del carácter de clase capitalista del Estado fascista o niegan abiertamente este carácter de clase, actúan consciente o inconscientemente como auxiliares del fascismo y arrebatan a la clase obrera sus armas más importantes.

Concepciones antimarxistas sobre el Estado en el campo de la socialdemocracia.

La teoría y la práctica antimarxistas sobre la actitud de la clase obrera ante el Estado, que hemos ilustrado con ejemplos tomados de Stampfer y Otto Bauer y que profesan también Hendrik de Man y Hampl, algunos prestigiosos líderes laboristas y ciertos socialistas franceses, pueden reducirse —dejando a un lado todas las diferencias de matiz— a un denominador común: la negación del carácter del Estado burgués como una máquina destinada a mantener en pie la dominación de la burguesía. De esta negación se desprende la peculiar actitud que se adopta ante el Estado fascista y que —como revelan nuestros ejemplos— lleva, en una serie de casos, a la capitulación ante las ideologías fascistas. De la misma posición se desprende, además, la negación de la necesidad de que la clase obrera destruya la máquina del Estado burgués para poder construir el socialismo.

Bajo la influencia de las tendencias fascistas y de otras tendencias inspiradas por el capitalismo, ha habido en los partidos socialdemócratas, durante estos últimos años, gentes que han predicado la conveniencia de que la socialdemocracia volviese la espalda de lleno a los principios marxistas sobre el Estado y volviese a abrazar y desarrollarse las teorías de Lásalle. El antagonismo que media entre unas

y otras es, en realidad, tan profundo y tantos los «revisionistas» que, a lo largo de los años, han intentado reiteradas veces desplazar a Marx por Lasalle o injertar éste en aquél, que ha llegado la hora de extirpar hasta en sus raíces estas teorías lassalleanas.

El Partido bolchevique ha luchado siempre, desde el primer momento, del modo más enérgico contra todo intento de desvirtuar las doctrinas de Marx y Engels con las ideas de Lasalle o de Bernstein. No ha tolerado que se metiese de contrabando mercancía antimarxista por la puerta trasera de sistemas «filosóficos» privados. Ha concebido y defendido siempre el marxismo como un ideario, como una teoría completa. Acerca de esto, se contienen enseñanzas profundas en la segunda sección del capítulo IV de la «Historia del P. C. (b) de la U.R.S.S.» «Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico».

Otra cosa ocurría en los demás partidos del movimiento obrero, ya en la época anterior a la primera guerra mundial imperialista. En el partido socialdemócrata más fuerte y que marchaba a la cabeza de todos en aquel momento, en el partido alemán, había un ala derecha, revisionista, que preconizaba abiertamente las teorías de Lassalle, por oposición al marxismo. Incluso teóricos socialdemócratas como Kautsky, que en un principio lucharon sobre el terreno del marxismo, se dejaron llevar cada vez más de lleno por un liberalismo teórico que fué acentuándose hasta convertirlos en unos francos renegados. Hasta el ala izquierda de la socialdemocracia alemana consentía que sus representantes, en vez de defender sin reservas el marxismo consecuente, tomase ciertas ideas de sistemas eclécticos. Ni hombres como Carlos Liebknecht y Franz Mehring, que lucharon tan bien y tan abnegadamente contra el reformismo, comprendían el peligro a que forzosa-mente tenía que conducir el hecho de abandonar ciertas ideas y enseñanzas de Marx y Engels por las elucubraciones de Lassalle.

En el II Congreso del Partido Socialdemócrata de Rusia, celebrado en 1903, los bolcheviques impusieron la incorporación de la dictadura del proletariado al programa del partido. Los oportunistas, que se opusieron furiosamente a ello, alegaban que «este punto no figuraba en los programas de una serie de partidos socialdemócratas del extranjero, razón por la cual no había, según ellos, por qué incluirlo en el programa de la socialdemocracia de Rusia» («Historia del P. C. (b) de la U.R.S.S.», ed. española, pág. 47.)

En efecto, los teóricos socialdemócratas oficiales de los países del Occidente silenciaban lo que Marx y Engels habían escrito acerca de la dictadura del proletariado, acerca de la organización del proletariado como clase dominante, acerca del carácter de clase del Estado burgués y de la actitud de clase que, como consecuencia de ello, debía adoptar la clase obrera ante ese Estado. En «El Estado y la revolución», Lenin ha seguido y expuesto cuidadosamente el desarrollo de la teoría del Estado en Marx y Engels. Los teóricos de los partidos socialdemócratas de la Europa occidental, en los que iba penetrando cada vez más

la influencia burguesa, consideraban, en cambio, la teoría de la dictadura del proletariado mantenida por Marx y Engels, y sus alusiones a las experiencias de la Comuna de París, como una especie de desviación o como una «frasecilla» (Kautsky) «empleada una vez por Marx en una carta, en 1875».

En un trabajo de crítica de un proyecto de programa socialdemócrata, escrito en 1891, Engels ataca la tendencia imperante en la socialdemocracia alemana a creer «que se puede implantar allí por la vía pacífica y tranquilamente la República, y no sólo la República, sino incluso la sociedad comunista».

Por aquel entonces, las teorías del «Estado libre, del «Estado libre del pueblo» y otras semejantes se habían aclimatado ya de tal modo en la socialdemocracia alemana, que formaban parte del arsenal «teórico» del partido. La renuncia a la dictadura del proletariado era la consecuencia lógica del modo liberal de abordar el problema del Estado, actitud que resaltaba especialmente en las teorías de Lasalle, en las que el Estado no se define como el instrumento de poder de la clase dominante, sino como la «unidad de los individuos en un todo moral, una unidad que multiplica millones de veces las fuerzas de todos los individuos agrupados en esta asociación». En el «Programa obrero», Lasalle dice que el Estado es el órgano de la sociedad humana para la lucha contra la naturaleza, órgano cuya finalidad es «hacer que la naturaleza humana se manifieste de un modo positivo y se desarrolle en un sentido progresivo».

Las teorías de Lasalle sobre el Estado le convirtieron, primero, en admirador y, por último, en agente directo de la máquina militar prusiana de Bismarck. Degeneró en propagandista de las «cooperativas de producción» subvencionadas por el Estado. En su discurso de Ronsdorf, proclamó que el rey de Prusia «ha reconocido la verdad de nuestras doctrinas (es decir, de las doctrinas de Lasalle) y la justicia de nuestras reivindicaciones». A estas concepciones fundamentalmente burguesas acerca del Estado, que llevaron a Lasalle a colaborar directamente con Bismarck, era a las que se refería Cunow, el teórico del socialimperialismo, cuando decía con satisfacción que iban ganando terreno cada vez más «entre los obreros alemanes», es decir, en la socialdemocracia, mientras en los círculos dirigentes de la socialdemocracia alemana se anatematizaban los principios marxistas, que Cunow intentaba descartar como «la teoría marxista vulgar de la negación del Estado».

Los teóricos oportunistas de la socialdemocracia gustaban de invocar, en general, el argumento de que su actitud ante el Estado era una actitud de «políticos realistas», una actitud «positiva», tildando de «anarquista» la concepción revolucionaria, marxista, del Estado. Refiriéndose a esto, escribe Lenin en «El Estado y la revolución»:

«En los socialdemócratas actuales, la crítica corriente del anarquismo se reduce a esta trivialidad perfectamente pequeñoburguesa: «Nosotros reconocemos el Estado, los anarquistas no». Es lógico que un argumento tan

trivial repela a los obreros más o menos capaces de pensar por su cuenta y más o menos revolucionarios.»

Al desarrollarse el imperialismo, se fué extendiendo y ahondando dentro de la clase obrera la influencia del oportunismo. Las teorías que preconizaban una evolución pacífica del imperialismo hacia el socialismo se traducían en una actitud exenta de toda crítica y absolutamente contrapuesta a los principios del marxismo ante el Estado burgués, que por último también Kautsky y los «austromarxistas», orientándose hacia las citadas concepciones de Lasalle, dejaron de considerar como un instrumento de opresión en manos de la clase dominante. La mentalidad de los políticos socialdemócratas más importante se dejó ir tan de lleno por los cauces del imperialismo, se movía tan lógicamente dentro del marco del Estado burgués, que ya no distinguía entre el Estado burgués y el Estado socialista, sino que consideraba el carácter socialista del Estado como algo que afectaba exclusivamente a la forma de éste. Tal era el punto de vista que adoptaban, por ejemplo, los «Cuadernos mensuales socialistas» en un número especial publicado a raíz de la guerra mundial. En este número especial, se formulaba, entre otras cosas, esta pregunta:

«¿Acaso un organismo socialista de Estado y de economía puede renunciar a las posesiones coloniales? No, no puede.»

Y las siguientes líneas se le antojarán al lector de nuestros días como precursoras de los argumentos coloniales del nacionalsocialismo:

«Ya hoy, Inglaterra posee la quinta parte de todo el planeta; Alemania poseía la cuadragésima parte. Por eso debemos plantear la reivindicación de posesiones coloniales, no sólo en interés económico de Alemania, sino en interés de la justicia, en interés del socialismo y de la cultura humana.»

Y estos mismos socialdemócratas alemanes infestados de imperialismo, que teóricamente seguían reconociendo la existencia de clases, pero sin querer mantener dentro de su propio país la lucha de clases en torno al Estado, iban tan allá, que calificaban al Estado capitalista alemán de «unidad», para poder anunciar al mundo, en nombre de esta «unidad», los intereses imperialistas del capital financiero de Alemania. En el citado número especial de los «Cuadernos mensuales socialistas», publicado en 1919, se declaraba sin andarse con rodeos:

«También entre los pueblos hay que distinguir entre dominadores y dominados.»

Sería faltar a la verdad suponer que el grupo de la socialdemocracia alemana e internacional que se congregaba en torno a los «Cuadernos mensuales socialistas» ocupaba una posición excepcional, pues sus representantes más destacados se han convertido directamente en abanderados del fascismo, como Winnig, o en pupilos de él, como Noske y Severing. Bajo la influencia del imperialismo, se fueron produciendo en la socialdemocracia de todos los países nuevos y nuevos

focos de ideologías burguesas. Y esos publicistas socialdemócratas, que se ocupan ahora de buscar los factores que pusieron en pie al fascismo alemán, no tienen más que detenerse en los precursores de las teorías de Stampfer o de Otto Bauer para descubrir las fuentes.

El «papel progresivo» del fascismo, descubierto por Otto Bauer y otros, papel que consiste en liquidar temporalmente, por medio de la anexión, una serie de fronteras de Estados, sustituyendo los Estados nacionales independientes por imperios coloniales imperialistas, lo reconocía ya Cunow durante la primera guerra mundial imperialista, con esta afirmación:

«Por eso, lo que se llama el derecho a la independencia nacional o estatal no es más que una ficción ética-estética, sin ninguna razón histórica de ser.» *

Y la afirmación de que el Estado burgués (fascista) está llamado a asumir el papel de un instrumento de «pilotaje social» con respecto a la economía capitalista tiene su precursor en las teorías de Kautsky sobre el «Estado moderno», que se distingue, al parecer, de las modalidades anteriores de Estados en «que no cuenta entre sus atributos esenciales la utilización del aparato del Estado para los fines de las clases explotadoras». La democracia, que según Kautsky flota «sobre las clases», ofrece por sí misma, en cierto modo, la posibilidad de destruir las raíces del poder político de los grandes explotadores dentro de la democracia.

«Cuanto más ocurre así —escribe Kautsky en su libro «El materialismo histórico»—, más pierde el Estado democrático su carácter de simple instrumento de las clases explotadoras. En ciertas circunstancias, el aparato del Estado empieza ahora a volverse contra éstas, es decir, a funcionar en abierta oposición con su actuación anterior. Empieza a convertirse, de instrumento de opresión, en instrumento de liberación de los explotados.» **

En un momento en que el fascismo italiano llevaba ya varios años ejerciendo el Poder y en que en Alemania se dibujaban ya con trazos amenazadores extensas medidas reaccionarias de violencia de la burguesía contra la clase obrera, Kautsky se ponía a profetizar, como si no pasase nada, acerca de la evolución democrática hacia el socialismo y decía, como un oráculo:

«La cuestión de si los capitalistas se lanzarán a un ataque armado contra la democracia se reduce, por tanto, a la cuestión de si encontrarán un poder armado lo bastante fuerte, del que puedan servirse para este fin.»

Y aseguraba, para consolar al lector:

«En un país industrial, no se podrá reunir un número tan grande de *lumpen* en lo mejor de su edad. En Italia, las circunstancias eran especialmente favorables para el fascismo.» ***

* «Neue Zeit», t. XXXIII, pág. 178.

** Kautsky, «Historischer Materialismus», t. II, pág. 599.)

*** Obra cit., págs. 476-477.

Lenin, el genial pensador marxista, trazó, basándose en las leyes del desarrollo del imperialismo, por él descubiertas, las perspectivas de desarrollo del Estado burgués, que si bien no corresponden, ni mucho menos, al optimismo de color de rosa de Kautsky, en cambio plantean claramente al proletariado la necesidad de la lucha por el Poder y le preparan ideológicamente para afrontarla. En «El Estado y la revolución», escribe Lenin:

«Pero el imperialismo, la época del capital bancario y de los gigantes monopolios capitalistas, la época de la transformación del capitalismo monopolista en un capitalismo monopolista de Estado, se caracteriza especialmente por un fortalecimiento extraordinario de la «maquina del Estado», por un incremento inaudito de su aparato burocrático y militar, unido a la acentuación de las medidas represivas contra el proletariado, tanto en los países monárquicos como en los países republicanos más libres.»

Mientras que las teorías y utopías socialdemocráticas sobre el Estado desarmaban y dejaban indefenso al proletariado ante un enemigo que se concentraba para lanzarse al ataque, el leninismo arma y pertrecha a la clase obrera para la lucha.

Mientras que los teóricos socialdemócratas, después de negar el papel del Estado burgués como instrumento de opresión, siguieron «consecuentemente» por el mismo camino, hasta abandonar sin lucha las conquistas de la democracia burguesa, llegando incluso, algunos de ellos, a rendir pleitesía al fascismo, la teoría leninista-stalinista del Estado crea todas las premisas ideológicas necesarias para que el proletariado pueda descubrir y dar la batalla al enemigo en sus posiciones.

Los oportunistas socialdemócratas, al falsear las doctrinas fundamentales de Marx y Engels sobre el Estado como instrumento de dominación puesto en manos de una clase, sobre las enseñanzas de la Comuna de París y sobre la necesidad de la dictadura del proletariado para pasar del capitalismo al comunismo, abrieron de par en par las puertas del movimiento obrero a la penetración de las teorías burguesas sobre el Estado. Lenin y Stalin, que se atuvieron consecuentemente a la teoría del marxismo sobre la dictadura del proletariado y la desarrollaron de un modo genial, condujeron al proletariado de Rusia a la victoria sobre el zarismo y sobre la burguesía e instauraron el primer Estado socialista del mundo. Con ello, echaron los cimientos prácticos y teóricos incommovibles para la victoria de la clase obrera internacional sobre la burguesía, para el triunfo del socialismo en el mundo entero.

Los obreros de los países capitalistas que busquen hoy, entre el fárrago de las teorías sobre el Estado, aderezadas a la moderna, que les brindan los dirigentes de la socialdemocracia, un punto de apoyo sólido, no lo encontrarán en el empirismo oportunista de los Stauning, los Grimm, los Faure, etc. Ese punto sólido de apoyo lo encontrarán solamente, y con él la necesaria guía para la acción, en la teoría de Lenin y Stalin sobre el Estado. Esta teoría acredita su solidez y su firmeza incluso en las situaciones más difíciles en que el fascismo,

por ejemplo, pueda colocar a los obreros, porque pone al desnudo, como ha hecho Lenin en «El Estado y la revolución», la esencia del Estado burgués, porque arma y pertrecha al proletariado para luchar contra la dictadura de la burguesía y porque, con la doctrina y el ejemplo de la *dictadura del proletariado*, pone en manos de la clase obrera el arma que garantiza su triunfo definitivo.

(En otro artículo, se expondrá la importancia de la teoría leninista-stalinista del Estado para la defensa de las conquistas democráticas dentro de la democracia burguesa y cómo el Estado de la dictadura del proletariado asegura la construcción del socialismo y la realización del comunismo.)

MINISTERIO DE CULTURA

Las teorías del frente único nacional antijaponés

La guerra de liberación nacional del pueblo chino contra el imperialismo japonés ha templado a la nación china para seguir luchando por su libertad y su independencia. Bajo el fuego de la guerra, desaparecen todos los obstáculos que se oponen a la consolidación interior del pueblo chino, secularmente desunido. Sólo la cohesión interior de todo el pueblo chino puede garantizar el triunfo sobre el agresor japonés.

En el transcurso de la guerra nacional de liberación contra el agresor japonés, se ha creado, desarrollado y afianzado el frente único nacional contra el Japón. Se desarrolla y se consolida la colaboración entre los partidos antijaponeses, que asegura la cohesión interior de las masas trabajadoras. La guerra contra el agresor japonés ha arrollado los obstáculos que durante tantos años intorpecieron la colaboración entre los dos partidos más fuertes de China: el Partido Comunista y el Kuomintang.

Todo el pueblo chino, todos los partidos y agrupaciones se han unido bajo la bandera del frente antijaponés, ligados por un solo espíritu y una sola voluntad: llevar adelante la lucha contra el agresor japonés hasta la victoria final. La nación china, unida, comparte las alegrías y las penas y está dispuesta a vivir unida y a luchar unida por la independencia nacional.

Ya en 1912, decía V. I. Lenin que el gran pueblo chino

«...puede hacer algo más que llorar su secular esclavitud y soñar con la libertad y la igualdad; puede también luchar contra la secular opresión de China.» *



La línea fundamental que sigue el frente único nacional antijaponés es mantener conjuntamente la guerra de liberación nacional contra los invasores extranjeros, contra la agresión del imperialismo japonés. La bandera política del frente único nacional antijaponés son los tres principios democráticos de Sun Yat Sen. Estos tres principios recogen las aspiraciones de todo el pueblo chino: independencia nacional, libertad democrática y bienestar. En la actual etapa de desarrollo de China, la realización de estos tres principios responde a una necesidad. El triunfo sobre los agresores japoneses representa la

* Lenin, Obras completas, éd. rusa, t. XVI, pág. 27.

realización de la independencia nacional; pero, para que el pueblo chino pueda vencer en su guerra de liberación nacional, necesita democratizar todo el régimen del Estado y mejorar las condiciones de vida de las masas trabajadoras. He ahí por qué los tres principios de Sun Yat Sen son el emblema del frente único nacional antijaponés.

En su llamamiento de septiembre de 1938, el Comité Central del Partido Comunista de China ha declarado que los tres principios de Sun Yat Sen son necesarios en la China actual y que luchará por su consecuente realización. Y esta declaración sincera del Partido Comunista de China no es ninguna maniobra, como afirman los enemigos del pueblo chino, los trotskistas y demás provocadores. Los comunistas luchan realmente por la realización de estos tres principios de Sun Yat Sen, porque el Partido Comunista no sólo respeta y recoge las mejores tradiciones y esperanzas de la nación china, sino que está firmemente convencido de que la realización consecuente de los tres principios de Sun Yat Sen constituye una condición política necesaria para que el frente único nacional antijaponés se siga afianzando.

El frente único nacional antijaponés de China no es una coalición temporal de partidos políticos, como las que se pactan en los parlamentos para apoyar o derribar a un gobierno. No es tampoco una coalición de partidos de la oposición para hacer caer a un gobierno existente, sino que es una potente agrupación de las fuerzas antijaponesas y de todos los partidos antijaponeses de toda China, para luchar contra los conquistadores japoneses.

En la medida en que la política del gobierno de China va dirigida a librar la guerra nacional de liberación hasta la victoria total sobre el imperialismo japonés —como lo exigen los intereses del pueblo—, el frente único nacional antijaponés apoya plena e íntegramente la política y los actos del gobierno chino.

Entre los partidos políticos que se agrupan en el frente único nacional antijaponés, no puede haber intereses distintos, ni se puede establecer una distinción entre partidos gubernamentales y partidos no representados en el gobierno. Todos ellos deben apoyarse mutuamente al servicio de la causa común y afianzar la unidad. Aunque el gobierno nacional chino esté dirigido por el Kuomintang, el Partido Comunista de China apoya plena e íntegramente al gobierno nacional y todas las medidas adoptadas por éste para llevar victoriosamente a término la guerra de liberación nacional contra el invasor japonés.

El frente único nacional antijaponés agrupa a toda la población, sin distinción de clases ni de capas sociales, y descansa en la lucha común de todo el pueblo chino.

Sólo un puñado de traidores a la patria se halla al margen del frente único nacional antijaponés.

La amplia incorporación al frente único nacional antijaponés de todas las clases y capas sociales del pueblo chino, sin distinción de nacionalidad, de credo religioso ni de ideología política, de profe-

sión ni de origen, es uno de los lados más fuertes del frente único nacional antijaponés de China.

Todo esto revela la vitalidad, la justeza y las perspectivas del desarrollo y de la consolidación del frente único nacional antijaponés del pueblo chino.



Si el frente único nacional antijaponés puede presentar en su balance de desarrollo y afianzamiento no pocos hechos positivos, no es menos cierto que ha tropezado también, como la experiencia nos enseña, con numerosas dificultades.

Estas dificultades han consistido en que, agrupando a todas las fuerzas antijaponesas del país, en el frente único nacional antijaponés participan necesariamente representantes de diversas clases cuyos intereses no siempre coinciden con los intereses generales del pueblo. Esto daba lugar a ciertas tensiones y discrepancias de criterio en cuanto a la aplicación de ciertas medidas para conseguir la victoria en la guerra de liberación nacional, en cuanto a la realización de la democracia y en cuanto al mejoramiento del régimen de vida del pueblo en el transcurso de la guerra de defensa nacional. Estas tensiones internas han perjudicado, indudablemente, el afianzamiento y el desarrollo del frente único nacional antijaponés.

Otras dificultades con que ha tenido que luchar el frente único nacional antijaponés han sido las relaciones mutuas entre los dos partidos dirigentes: el Partido Comunista de China y el Kuomintang. Para comprender esto, hay que saber que, en tiempos pasados, el Partido Comunista y el Kuomintang lucharon entre sí con las armas en la mano durante cerca de diez años y esta lucha había dejado sus huellas en la mentalidad de ciertos hombres. En las filas del Kuomintang y del Partido Comunista, había militantes que seguían abrigando la vieja hostilidad y los viejos recelos mutuos, lo que entorpecía la aproximación y la unión estrecha entre los miembros de ambas organizaciones. Y este obstáculo que entorpecía las buenas relaciones entre el Partido Comunista y el Kuomintang sigue entorpeciendo todavía hoy, desgraciadamente, la armonía entre otros partidos políticos que participan en el frente único nacional antijaponés. Los imperialistas japoneses y sus agentes, y en primer lugar los espías y los trotskistas, se aprovechan hábilmente de las discrepancias entre los partidos políticos y los distintos grupos antijaponeses, para provocar la lucha intestina en el país, para descomponer el frente único nacional antijaponés y llevar a cabo la infame política del «sojuzgamiento de China por obra de los propios chinos».

Para vencer estas dificultades y otras análogas, es necesario que todos los partidos políticos y grupos antijaponeses que toman parte en el frente único nacional contra el Japón respeten la independencia política y orgánica de los demás partidos. El frente único nacional antijaponés no debe proponerse como objetivo mermar la indepen-

dencia política y orgánica de los distintos partidos y grupos que participan en él.

Los ataques a la independencia política y orgánica de las distintas organizaciones no harían más que agudizar la lucha interior, minar el frente único nacional antijaponés y descomponer las fuerzas del pueblo chino en la guerra de liberación nacional. Por eso, el respeto mutuo de esa independencia es la primera y fundamental condición para que el frente único nacional antijaponés se consolide. El sincero y auténtico respeto de la independencia política y orgánica de cada partido por los demás extenderá y consolidará el frente único nacional antijaponés y privará a los traidores a la patria de la posibilidad de explotar las disensiones interiores.

En el transcurso de la guerra de liberación nacional, conforme ha ido desarrollándose y afianzándose el frente único nacional antijaponés, ha ido cambiando radicalmente la actitud de los partidos políticos en sus relaciones mutuas.

En un momento en que el enemigo desencadena un ataque furioso, en que la independencia y la existencia nacional del pueblo chino están en peligro, todos los chinos y todos los partidos y grupos políticos necesitan unos de otros para la lucha. Nadie puede decidir por sí solo ni su propia suerte ni la suerte de toda la nación. Nadie puede conquistar la victoria por su cuenta, al margen de toda la nación.



El afianzamiento y el desarrollo político del Partido Comunista, dentro del frente único nacional antijaponés, no es algo que afecte exclusivamente a los comunistas, sino que responde a los intereses de todo el pueblo chino. El afianzamiento del Partido Comunista y el fortalecimiento de su capacidad combativa en la lucha contra el Japón es el capital más precioso no sólo de los comunistas, sino de toda la nación china. El Partido Comunista educa en su afiliados la conciencia de que las conquistas más importantes en la labor del Partido Comunista de China no consisten solamente en su desarrollo y crecimiento como tal Partido, sino también en el afianzamiento y el desarrollo del frente único nacional antijaponés. Sólo la lucha común contra el enemigo y la unidad de acción entre los diversos partidos puede hacer que desaparezcan las antiguas discrepancias y las contradicciones interiores que han dejado detrás de sí los largos años de guerra intestina.

Para conseguir la cohesión no sólo de todos los partidos políticos, sino de todo el pueblo chino en la lucha por su independencia, no hay más camino que apoyar honradamente lo que constituye la base política del frente único nacional antijaponés, es decir, los tres principios de Sun Yat Sen y el programa de la guerra de liberación nacional.

Y el apoyar los tres principios de Sun Yat Sen lleva consigo el

luchar contra su tergiversación y falseamiento por los trotskistas, que se esfuerzan en encontrar afinidades entre los tres principios de Sun Yat Sen y la demagogia fascista, y también el luchar contra todo lo que sea dar largas a la realización activa del programa de la guerra de liberación nacional y de la edificación del nuevo Estado.

Las experiencias de estos últimos años han demostrado que, sin la existencia de las formas de organización correspondientes a la colaboración entre los distintos partidos políticos, no pueden resolverse los problemas relacionados con los intereses generales de estos partidos. La ausencia de estas formas de organización menoscaba la posibilidad de colaboración y la influencia mutua de los afiliados a los diversos partidos políticos, perjudicando con ello al afianzamiento de sus relaciones de cordialidad. Hoy, es más claro que nunca que hay que encontrar las formas de organización correspondientes para el afianzamiento del frente único nacional antijaponés. Se trata de saber qué forma de organización es la más adecuada y este problema debe ser examinado en común por los diversos partidos políticos que integran el frente único nacional antijaponés, adoptándose la forma de organización que responda a los intereses de la consolidación del frente único nacional antijaponés.

El interés de la nación exige que se llegue también a un acuerdo entre los partidos para su colaboración, en lo que se refiere a los problemas de la completa democratización del Estado. Hasta hoy, no se ha realizado aún en todas partes ni en todos los aspectos el sistema democrático; la masa del pueblo no se halla todavía suficientemente organizada. A esto, hay que añadir las concepciones conservadoras que abrigan aún algunos de los que participan en el frente único nacional antijaponés. El miedo a la implantación de la democratización completa del Estado y del régimen político y de las organizaciones de masas opone nuevos obstáculos al frente nacional y acrecienta las dificultades internas.

La implantación de un régimen de Estado plenamente democrático y el extenso desarrollo del movimiento de masas en todo el país responden a una necesidad, en interés del triunfo sobre el invasor japonés. La implantación consecuente de los derechos democráticos del pueblo chino asegurará la amplia movilización y organización de las masas, su incorporación activa a la guerra de defensa nacional y su enrolamiento en la producción para la defensa del país.

El movimiento de masas del pueblo se ha modificado fundamentalmente bajo las condiciones actuales. Las actuales organizaciones de masas se proponen, como misión, apoyar activamente al gobierno nacional, ayudar al ejército y participar en la guerra de defensa de la nación. La envergadura de la movilización de las masas dependerá del desarrollo de las organizaciones de masas y del movimiento de masas, que constituyen la base más importante para la consecución de la victoria en la guerra de defensa nacional.

El Partido Comunista aboga resueltamente por la unidad del movimiento de masas en todo el país. Pero la unidad del movimiento de masas no significa, ni mucho menos, que sólo pueda existir una organización y que todas las demás queden prohibidas. No significa que las organizaciones de masas hayan de unificarse a la fuerza, sino que significa la unificación y la unidad de todas las organizaciones de masas independientemente del partido a que pertenezcan y sobre la base de la lucha común contra el enemigo exterior. La unidad del movimiento de masas no servirá solamente para reducir al mínimo las discrepancias internas de criterio entre las organizaciones de masas y para unificar las fuerzas de éstas, sino también para mejorar y consolidar las relaciones mutuas entre los diversos partidos políticos.

La unidad del movimiento de masas ayudará a los partidos políticos a desplegar la lucha contra los trotskistas y los traidores a la patria dentro del país. Todos los partidos políticos antijaponeses que desarrollen un trabajo de masas entre el pueblo deben aguzar hasta el máximo su vigilancia para salvaguardar por todos los medios a los afiliados a sus organizaciones y al pueblo contra los provocadores, los espías y los traidores a la patria. Deben luchar contra cuantos intentos puedan conducir a minar y destruir la cohesión interna del pueblo chino.

La lucha contra los trotskistas y los espías no es incumbencia exclusiva del Partido Comunista ni de ningún otro partido, sino algo que afecta a todos los verdaderos patriotas. Quienes intentan aprovecharse de los trotskistas para luchar contra el Partido Comunista deben darse cuenta de que juegan con fuego y corren el peligro de quemarse. Sin luchar implacablemente contra los trotskistas, que aspiran a destruir el frente único nacional antijaponés, y sin acabar con todos sus manejos de provocación, el frente único nacional antijaponés no se pondrá a salvo de los peligros que le acechan. Es necesario desenmascarar y exterminar sin piedad alguna a estos espías a sueldo del imperialismo japonés.

★ ★

¿Qué perspectivas ofrece el desarrollo del frente único nacional antijaponés? Muchos de los que asistieron al período de la revolución de 1925 a 1927, en el que el Kuomintang y el Partido Comunista sólo colaboraron durante muy poco tiempo, están inquietos acerca de la suerte y de la duración del frente único actual. El Partido Comunista de China opina que el frente único nacional antijaponés será de larga duración y que cuenta con grandes perspectivas para seguirse desarrollando. Su existencia rendirá la máxima utilidad al pueblo chino. La fe en la larga duración del frente único nacional antijaponés se basa en lo siguiente:

Este frente nacional ha surgido en el transcurso de la guerra nacional de liberación y se propone, como objetivo, vencer al imperialismo japonés en esta guerra. La duración de la guerra de defensa na-

cional condiciona la colaboración del Partido Comunista con el Kuomintang y la existencia del frente único nacional antijaponés. Pero esta larga y fecunda colaboración del Partido Comunista con el Kuomintang en la guerra de defensa de la nación condicionará también su colaboración después de la guerra.

La nueva situación internacional impone también la colaboración ulterior de ambos partidos. En la actual situación internacional, se destaca como lo más importante, de una parte, los formidables triunfos del socialismo en la Unión Soviética y la inmensa simpatía y el gran apoyo que la U.R.S.S. presta a la guerra de defensa nacional de China y, de otra parte, el recrudecimiento de las contradicciones existentes en el mundo capitalista, dividido en dos campos: el del fascismo, brutalmente agresivo, y el de la democracia burguesa. La lucha del pueblo chino y su victoria sobre el invasor japonés se hallan inseparablemente unidas a la lucha por la paz general, que hoy mantienen, especialmente, los pueblos amenazados por la creciente agresión fascista. He aquí lo que presenta de nuevo la actual situación internacional, a diferencia de la que existía al producirse la revolución china, en los años de 1925 a 1927.

No cabe la menor duda de que el desarrollo del frente único nacional antijaponés tropezará también en el futuro con obstáculos y dificultades. El frente único nacional chocará con los elementos conservadores impenitentes; pero el movimiento arrollador de la guerra de defensa nacional saltará por encima de todos estos obstáculos y dificultades. La guerra de liberación nacional es larga y agotadora; pero las vacilaciones y los prejuicios pasajeros no pueden mantenerse por mucho tiempo; estos prejuicios y vacilaciones serán superados y, venciendo estas dificultades, se afianzará la colaboración entre los distintos partidos.

La acertada política del Partido Comunista y del Kuomintang para consolidar y desarrollar el frente único nacional antijaponés es la mejor garantía de que se afianzará la unidad del pueblo y de que éste logrará la victoria sobre el enemigo.

La victoria del pueblo chino en la guerra de defensa nacional no sólo no pondrá fin al frente único nacional antijaponés sino que conducirá a una nueva etapa de desarrollo de éste. La victoria del pueblo chino tendrá como base la cohesión nacional, la colaboración de los partidos políticos, el frente único nacional antijaponés. Las experiencias de esta colaboración enseñan a todos los partidos políticos antijaponeses y a todo el pueblo chino cuán necesario es mantener y proseguir la cohesión y la colaboración nacional, para laborar por el renacimiento de la nación y por la edificación de una nueva China. Después de vencer en la guerra de defensa nacional, China abrazará inevitablemente el camino de un nuevo Estado democrático; esta etapa responde a una necesidad y no puede pasarse por alto.

Este nuevo Estado democrático habrá de presentar las siguientes características: Será un Estado con existencia propia, independiente

y nacional. En la vida política interior del país, asegurará al pueblo los derechos y libertades democráticos más completos y garantizará la existencia legal de todos los partidos políticos que aboguen por la independencia nacional y el progreso de la patria. En este Estado democrático, los órganos de la representación popular, tanto centrales como locales, serán designados por elección. Todos los funcionarios serán elegidos y fiscalizados por el pueblo, el cual podrá destituirlos, si no cumplen con sus deberes. En lo que se refiere a la vida económica del país, este Estado democrático satisfará por la vía pacífica las aspiraciones de los campesinos, entregándoles la tierra. Se elevará considerablemente el nivel de vida de los obreros; se implantará la jornada de ocho horas y se tomarán las medidas necesarias para la protección del trabajo y la satisfacción de otras reivindicaciones obreras. Se concentrarán en manos del Estado los puestos económicos de mando más importantes del país. He aquí lo que será la nueva China independiente y libre: una China organizada sobre la base de los tres principios populares revolucionarios de Sun Yat Sen.

Se dan todas las premisas necesarias para proceder a la edificación de esta nueva China libre. Pero esta obra sólo puede emprenderse afianzando todo lo posible la unidad de la nación china y poniendo a contribución todos los esfuerzos del pueblo entero, dentro del frente único nacional antijaponés.

El frente único nacional antijaponés tiene ante sí un grande y brillante porvenir. No es sólo el arma para conseguir la victoria sobre el invasor japonés, sino que es, además, el instrumento eficaz para edificar la nueva China. Por eso, el mantener, afianzar y desarrollar el frente único nacional es un deber sagrado de todo chino, en el presente y en el futuro.

En el País del Socialismo:

A. DUVAL.

El auge de los libres pueblos soviéticos

El XVIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética ha aportado a toda la humanidad una multitud de cosas nuevas. En las concisas palabras de Stalin, en las sobrias cifras del informe de Molotov, se encierra una buena parte de realización de los sueños más atrevidos de las mejores cabezas de la humanidad.

Uno de los problemas que el XVIII Congreso del Partido ha contribuido a aclarar más es el problema del camino que hay que seguir para la liberación de los pueblos oprimidos.

Cuanto más se sacrifica la libertad de los pueblos y su derecho a la independencia nacional al cruel despotismo de los conquistadores imperialistas, cuanto más se chalanea con la suerte de los pueblos, en nombre de la capitulación ante el agresor, con más fuerza y de un modo más apremiante se plantea a la inmensa mayoría de la humanidad el problema de la libertad e incluso de la independencia de los pequeños pueblos.

Lo que hasta hace poco parecía ser un problema específico del mundo colonial, se ha convertido hoy en un problema de actualidad candente en el propio corazón de Europa: ¿hay un mañana para los pequeños pueblos o éstos se hallan irremisiblemente condenados a perder su independencia, su carácter nacional, su cultura propia? ¿Por qué medios pueden afirmar su peculiaridad nacional y compartir todas las conquistas del progreso humano?

La historia sólo conoce, hasta hoy, una respuesta positiva a estas preguntas y esta respuesta es la que da la convivencia pacífica de los pueblos de la Unión Soviética dentro del Estado socialista.

La opresión nacional, los privilegios de un pueblo sobre otro, todo género de desigualdad nacional, pertenecen ya, en la Unión Soviética, al sombrío pasado.

Lo que en el país de los bárbaros hitlerianos se considera como un privilegio honroso de la «raza dominante» —escarnecer y humillar a los hijos de otros pueblos—, en la Unión Soviética es, no sólo un crimen castigado en la Constitución, sino un acto sobre el que recae el desprecio general.

Dentro de las fronteras de la Unión Soviética, el pueblo al que pertenecían los antiguos opresores, el pueblo de la Gran-Rusia, convive fraternalmente con los pueblos a los que en otro tiempo oprimían cruelmente los explotadores de aquél. La convivencia de estos pueblos en un solo Estado no sólo se ha demostrado que era posible, sino que, además, se ha convertido en una premisa decisiva para el florecimiento de los pueblos antes atrasados.

Los resultados históricos de los veintiún años de existencia del Poder Soviético contestan de un modo irrefutable a la pregunta de si puede una nación oprimida alcanzar su libertad sin separarse del territorio del Estado de sus antiguos opresores. Lenin y Stalin no enfocaron nunca de un modo abstracto, al margen de las circunstancias históricas, el derecho de autodeterminación de los pueblos, que figura entre los principios del Partido bolchevique. Se manifestaron en contra de los nacionalistas burgueses y de los elementos nacionalistas, oportunistas, de la socialdemocracia polaca que, antes de la revolución de 1905, exigían la separación de Polonia del imperio de los zares, pues por aquel entonces Polonia era el talón de Aquiles del imperio zarista y la separación de Polonia no habría debilitado al zarismo y sólo habría servido para recrudecer la opresión en el resto del imperio. Por eso, desde el primer día de la Revolución de Octubre, el Partido bolchevique dió a todos los pueblos de la Unión Soviética el consejo de que no se desligasen de la unidad con el Estado del proletariado ruso. Y la mayoría de los pueblos del antiguo imperio zarista siguieron este consejo y se mantuvieron voluntariamente dentro de la federación de Estados de las Repúblicas Soviéticas. La historia reciente, y sobre todo las revelaciones del proceso contra Bujarin, Rykov y demás agentes trotskistas del fascismo, han demostrado que los esfuerzos de los nacionalistas burgueses por desmembrar ciertos territorios de la Unión Soviética son uno de los medios de lucha de que se valen los enemigos imperialistas del País de los Soviets.

Hay otra concepción, refutada por el desarrollo de la Unión Soviética, que se presenta con un tinte revolucionario. Los representantes de esta concepción afirman que la revolución socialista tiene por misión destruir como una cosa «caduca» la personalidad nacional de los pueblos pequeños y culturalmente poco desarrollados. Esta concepción, que hoy nos recuerda directamente los principios de colonización del fascismo hitleriano, se remonta a Kautsky. El camarada Stalin se ocupó de ella en su informe político ante el XVI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado en 1930. Aludiendo a que, en su tiempo, Kautsky había sostenido que el triunfo de la revolución en un Estado austro-alemán unido, a mediados del siglo anterior, habría conducido a la germanización de los checos, dijo Stalin:

«Si Kautsky tiene razón ¿cómo explicar el hecho de que nacionalidades relativamente atrasadas como los bielorusos y los ucranianos, más afines de los grandes-rusos que los checos de los alemanes, lejos de rusificarse como consecuencia del triunfo de la Revolución proletaria en la U.R.S.S., hayan despertado a una nueva vida y se desarrollen como naciones independien-

tes? ¿Cómo explicarse que naciones como los turcomanos, los kirguises, los usbecos y los tachiques, a pesar de su atraso, no sólo no se hayan rusificado al triunfar el socialismo en la U.R.S.S., sino que, por el contrario, hayan despertado a una nueva vida y se hayan desarrollado como naciones independientes?... Lenin no ha dicho jamás que la destrucción de la opresión nacional y la fusión de los intereses de las nacionalidades en un todo único equivalga a la destrucción de las diferencias nacionales. Nosotros hemos acabado con la opresión nacional, hemos acabado con los privilegios nacionales y hemos implantado la igualdad de derechos entre todas las naciones. Hemos destruido las fronteras del Estado en el viejo sentido de la palabra, las lindes y los límites aduaneros entre las nacionalidades de la Unión Soviética. Hemos instaurado la unidad de los intereses económicos y políticos de los pueblos de la U.R.S.S. Pero ¿quiere esto decir que, con ello, hayamos eliminado las diferencias nacionales, las lenguas, las culturas, los modos de vida nacionales, etc.? Es evidente que no quiere decir eso... Lenin sostuvo siempre que se debía *ayudar* a los pueblos de la U.R.S.S. a desarrollar su cultura nacional.» *

Por tanto, no se trata ni de absorber a las pequeñas naciones en las grandes ni de separarlas de ellas, sino de desarrollar la personalidad nacional de los pueblos sobre una base nueva, sobre una base socialista.

El camino soviético para la liberación de los pueblos oprimidos pasa por la revolución socialista. Su premisa es la dictadura del proletariado, que ha liberado también a las masas del pueblo de la Gran-Rusia de sus propios opresores.

El pueblo alemán, en cuyo nombre roba y asesina el fascismo, es víctima de una opresión cruel. La decadencia de su propia cultura nacional y de su personalidad no es menos espantosa y profunda que los males que los conquistadores fascistas causan a los pueblos que oprimen. El pueblo alemán tiene que pagar la opresión de otros pueblos con la acentuación de su propia opresión, con nuevas cargas y nuevas cadenas.

No ocurre así en el País del Socialismo.

La Revolución de Octubre no se limitó a liberar a los pueblos del imperio zarista de la opresión nacional, sino que, además, dió al pueblo de la Gran-Rusia, cuyas fuerzas creadoras condenaron a la destrucción a la bárbara dictadura de los zares, la posibilidad de desarrollarse plenamente como nación.

★ ★

¿Qué significa el XVIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en cuanto al desarrollo ulterior de la prosperidad de los pueblos del País de los Soviets?

Ya no se trata de liberar a los pueblos de la opresión nacional. Esta obra se halla ya realizada desde hace mucho tiempo. Hoy, se trata de elevar a los pueblos antes culturalmente atrasados al nivel del pueblo ruso, al nivel de los obreros, de los koljósianos y de los intelectuales de Rusia. Y esto no es un simple problema de educa-

* *Stalin*, «Problemas de leninismo», págs. 580-582.

ción; es una tarea mucho más vasta. Se trata, en parte, de elevar a pueblos que fueron pueblos nómadas, a pueblos cuya única modalidad de vida económica era la primitiva ganadería asiática o la caza y la pesca, al nivel del país que posee la industria más moderna, el grado más alto de desarrollo científico y el orden social más perfecto.

Para incorporar a los pueblos culturalmente atrasados a la órbita de la civilización moderna, los bolcheviques no han practicado jamás esos métodos de los «misioneros» que van a los pueblos para «convertirlos», y no digamos los métodos de colonización del zarismo ruso o de las otras potencias imperialistas. Los bolcheviques ayudan económica y políticamente a los pueblos culturalmente atrasados a ponerse en pie y a marchar por su cuenta, a desarrollar las fuerzas guardadas en su entraña, a participar, dando y recibiendo, en la plenitud de vida del socialismo, a organizar su vida en todos los aspectos como iguales entre iguales.

La vieja Rusia era un país en el que la industria estaba repartida con arreglo a las necesidades de la clase dominante y de los capitalistas extranjeros, que explotaban una gran parte de las riquezas del país. La mayor parte de aquel país gigantesco permanecía científicamente inexplorada y no eran las consideraciones políticas las razones menos importantes que se oponían a la creación de industrias en los territorios nacionales, sobre todo en el Asia Central. Para dominar de un modo imperialista las nacionalidades del imperio de los zares, era necesario concentrar la industria en la parte europea. En el resto del país, lo que se hacía, a lo sumo, era desfalcar los tesoros naturales.

Como consecuencia de esto, la distribución de las industrias que surgió del proceso del desarrollo capitalista, se caracterizaba en alto grado por una desigualdad que, por una parte, obligaba a realizar transportes gigantes y antieconómicos de productos industriales y materias primas y, por otra parte, entorpecía el desarrollo de los territorios nacionales.

En la resolución sobre el Tercer Plan quinquenal, votada por el XVIII Congreso, se plantea en toda su envergadura el problema de la distribución de las nuevas instalaciones industriales del Tercer Plan quinquenal. Y se consigna, como una de las causas a que obedece la nueva distribución de la industria, la necesidad de «determinar un nuevo auge de los territorios de la U.R.S.S. antes económicamente atrasados». La resolución sobre el Tercer Plan quinquenal exige que *cada República* produzca en su territorio los artículos de consumo más importantes. «Asegurar el auge ulterior de la economía y de la cultura en las Repúblicas y en los territorios nacionales, a tono con las tareas fundamentales de la distribución de las fuerzas productivas en el Tercer Plan quinquenal», es uno de los objetivos más importantes que se destacan en la resolución sobre el informe del camarada Molotov.

Los científicos burgueses han tratado a fondo el problema de la distribución geográfica de la industria, pero sin tener en cuenta ja-

más los intereses de los pueblos atrasados. Hoy, en la Unión Soviética, donde la economía no está gobernada por los intereses de lucro de una minoría, sino por los intereses de la colectividad, el problema del desarrollo de la economía y de la cultura nacionales de los pueblos antes atrasados se convierte en un factor decisivo para trazar el plan de distribución de las nuevas instalaciones industriales por todo el País Soviético.

El antiguo antagonismo entre la metrópoli y las colonias se supera por el camino de elevar el nivel de la economía y de la cultura de los pueblos antes oprimidos.

El XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S. ha ilustrado este problema con abundantísimos datos, pues los representantes de las Repúblicas nacionales se han creído en el deber de informar al Partido acerca del desarrollo de sus Repúblicas respectivas. Los pueblos más afines a la órbita de la cultura rusa por su lengua, como los ucranianos y los bielorusos —al igual que otros pueblos de la U.R.S.S.— han tropezado, para el desarrollo de su economía y de su cultura nacionales, con un obstáculo que no radica precisamente en las relaciones entre el pueblo ruso y los pueblos bieloruso y ucraniano, sino en el cerco del País Soviético por los Estados capitalistas, infatigables en sus tentativas por desmembrar de la U.R.S.S. ciertas partes de su territorio.

El Secretario del Partido Comunista de Ucrania, camarada Jruschtchov, describió con palabra persuasiva el desarrollo de Ucrania desde que sacudió el yugo de los opresores extranjeros con ayuda del proletariado ruso en armas. El suelo de Ucrania es extraordinariamente rico en carbón y en hierro y la fertilidad de su clima permite cultivar todos los productos agrícolas de la zona templada e incluso el algodón. La cuenca del Donetz, uno de los viejos centros industriales del país, está enclavada en Ucrania. Una sola fundición de hierro de la cuenca del Donetz, la fábrica «Kirov», de Makeievka, produce el doble de hierro fundido que todos los altos hornos de Polonia juntos. El Japón, Italia y Polonia juntos producen menos acero que Ucrania. Esto dará una vaga idea de las riquezas inagotables que encierra la República soviética ucraniana.

Es cierto que las condiciones de desarrollo de la República soviética de Ucrania eran especialmente propicias, puesto que esta nación cuenta con una vieja economía y una antigua cultura. No ocurre lo mismo con las Repúblicas nacionales que, siendo más atrasadas, pues muchas veces no poseían ni siquiera los elementos rudimentarios de una industria, han tenido que seguir un camino más largo y más duro para elevarse al nivel del pueblo ruso.

Fijémonos en el Tachikistán. De 1913 a 1938, la producción industrial de este país del Asia Central ha aumentado en 195 veces. Durante la época zarista, había en todo el país 204 obreros. Hoy, hay 20.000. He aquí cómo, en uno de los territorios más atrasados del viejo imperio zarista, ha brotado una industria, con su propia clase obre-

ra nacional. En efecto; allí donde se construyen nuevas fábricas no es con el trabajo de «obreros importados», sino que los obreros que, pala en mano, echan los cimientos del edificio fabril, son casi siempre los primeros que luego se ponen a trabajar junto a las máquinas. En torno a las fábricas de nueva creación, surgen nuevas ciudades en las Repúblicas nacionales.

Pero los cambios más profundos y más importantes son los que se producen en la agricultura. Sigamos fijándonos en Tachikistán. Como ocurre en todas las Repúblicas del Asia Central, el cultivo del algodón ocupa el lugar central en la producción agrícola de este país. Las instalaciones de riego, indispensables para el cultivo del algodón, estaban antes en manos de los señores feudales, que las utilizaban como instrumento para explotar despiadadamente a los campesinos. Hoy, en manos del Estado Soviético y de los koljoses, las instalaciones de riego son un medio para el fomento de la agricultura.

La transformación de la agricultura y la división cada vez más desarrollada del trabajo entre los koljoses exigían que cambiasen también completamente los propios campesinos. El campesino koljosiano de hoy sólo recuerda a sus antepasados en algunas manifestaciones externas. Es un hombre nuevo. Hoy, su trabajo es el de un obrero especialista altamente calificado y que requiere conocimientos nada comunes. Lo que Engels llamaba el «cretinismo de la vida campesina» pertenece ya al pasado. La vida campesina de los koljosianos requiere no pocos y variados conocimientos y la incorporación del koljosiano del Tachikistán o del Usbekistán a la órbita cultural del socialismo no pasa necesariamente por la ciudad, sino que se opera en los mismos koljoses.

Intencionadamente, hemos destacado dos ejemplos extremos: una de las Repúblicas más adelantadas y una de las Repúblicas más atrasadas de la Unión Soviética. Podríamos seguir poniendo ejemplos. Todos ellos nos llevarían a idénticas conclusiones. El progreso es más rápido en las regiones más favorecidas por la naturaleza, pero produce tal vez más sensación y es todavía más inaudito allí donde la transformación de la vida tropieza con mayores dificultades; en el remoto Norte y en la región del Extremo Oriente, se revela con una fuerza especial, pues, en estas zonas, vemos pueblos que estaban agonizando despertarse literalmente a una vida nueva.

El Tercer Plan quinquenal verá surgir nuevas y potentes instalaciones industriales, en las que saldrán, de las filas de los pueblos en otro tiempo oprimidos, obreros, ingenieros y técnicos. Los koljoses moldean la vida de la aldea sobre bases totalmente nuevas y educan las nuevas capas de la intelectualidad rural. Todo esto exige que la red de escuelas y establecimientos de enseñanza se desarrolle con un ritmo sin precedente. El ejecutar el acuerdo del XVIII Congreso del Partido, por el que se dispone que, para 1942, se extienda a siete cursos la instrucción primaria obligatoria en las Repúblicas nacionales, es decir, hasta la edad de quince años, obliga a realizar un plan verda-

deramente gigantesco de construcción de nuevas escuelas y de preparación y formación de miles y decenas de miles de nuevos maestros.

Son muchos los pueblos que han recibido del Poder Soviético los primeros libros impresos en su lengua nacional y que hasta 1917 no dieron los primeros pasos en la senda de la civilización moderna. El estudio del ruso y la asimilación de los conocimientos y de las experiencias de la clase obrera rusa forma parte integrante y natural de la enseñanza de la joven generación, en todas las Repúblicas nacionales. Pero esto no se hace sacrificando la personalidad nacional. Por el contrario. Los bardos populares, que antes entonaban sus canciones en los mercados y en las aldeas para festejar ciertas solemnidades, se han incorporado a la literatura. Las obras de Dshambul, anciano poeta del Kasakstán, son hoy patrimonio de todos los pueblos de la Unión Soviética, ni más ni menos que las obras de Gorki. El arte popular se funde con la música de ópera y, de la escuela de los clásicos musicales rusos, han surgido los autores de las óperas nacionales del Aserbaidchán, de Kirguisia y de otros pueblos de la U.R.S.S.

La epopeya heroica georgiana de Rustaveli, los poemas del gran poeta ucraniano Chevtchenko o los relatos del escritor judío Scholom Aleichem forman parte del patrimonio cultural de todos los pueblos de la U.R.S.S., ni más ni menos que la Constitución de la Unión Soviética o el Estatuto-modelo de los koljoses.

El Tercer Plan quinquenal abre nuevas perspectivas al desarrollo nacional de los pueblos de la U.R.S.S. Su ejecución dará a los pueblos en otro tiempo oprimidos todas las premisas materiales para poder competir culturalmente con las naciones más adelantadas.

Con esto, desaparece sin dejar rastro uno de los antagonismos fundamentales que desgarran al mundo capitalista, dividiéndolo en opresores y oprimidos. Hoy, los pueblos que antes sucumbían bajo la opresión colonial del zarismo, no sólo son libres, sino que se acercan a pasos agigantados al nivel que ya ha conseguido alcanzar el pueblo ruso. Sus mejores hijos ocupan puestos relevantes en el País Soviético. No hay ninguna profesión que no ejerzan los hijos y las hijas de estos pueblos.

En Asia, hay todavía cientos de millones de hombres que no han dado ni siquiera el primer paso hacia la emancipación nacional. En Europa, hay tres Estados cuyos pueblos han perdido su independencia en el transcurso de un año. Para todos ellos y para cuantos sufren en el mundo del capitalismo bajo la opresión y la esclavización nacional, los acuerdos del XVIII Congreso del Partido bolchevique, destinados a elevar a pueblos antes atrasados al grado más alto del progreso humano que conoce la historia, son anuncio de tiempos mejores. Para todos los que aman a su pueblo, su cultura y su personalidad nacional, el desarrollo de los pueblos de la Unión Soviética es un ejemplo histórico-mundial de la voluntad y de la capacidad de la clase obrera para desarrollar la personalidad nacional dentro del espíritu del internacionalismo y una cultura socialista bajo una forma nacional.

Crónica de acontecimientos

Los países bálticos, puerta de escape para Hitler.

En las negociaciones del pacto tripartito contra los agresores, la Unión Soviética insiste en que los países bálticos sean incluidos en el sistema de garantías previsto, para que éste no presente lagunas. Los círculos reaccionarios han tomado esto como pretexto para dar rienda suelta a estúpidas reticencias contra la U.R.S.S. También «Le Populaire», órgano del Partido Socialista de Francia, se ha creído en el caso de dar buenos consejos a la Unión Soviética. Ciertos círculos de la Segunda Internacional, que vuelven a revelarse como celosos servidores de Chamberlain, debían leer y meditar un artículo publicado en el «Arbetarbladet», periódico socialdemócrata que aparece en Helsinki, y en el que se dice lo siguiente, a propósito de Letonia y Estonia:

«Letonia se halla extraordinariamente amenazada. Después de la conquista de Memel, su punta Sur sólo se halla a 30 kilómetros de la frontera alemana. La dictadura letona vacila constantemente entre Berlín, Varsovia y Moscú, pero dando siempre pruebas de la mayor complacencia hacia Hitler. A pesar del inminente peligro alemán, la mitad del ejército letón está concentrada contra Polonia y la U.R.S.S. La frontera Sur se halla completamente desguarnecida. Tropas alemanas motorizadas pueden ocupar en unas horas el importante puerto de Libau. Las ligas hitlero-alemanas, de las que hay 66 solamente en Riga, gozan de plena libertad. Hacen incluso ejercicios militares, sin que jamás se las haya sancionado por ello. El 22 de mayo ha sido festejado, con intervención de todas las ligas alemanas, como aniversario de la fecha en que las tropas alemanas de ocupación entraron en Riga, en 1919, es decir, de la fecha en que fué derribado el gobierno legítimo de la República letona... Todo esto, así como la firma

del pacto de no agresión con Hitler, demuestra que Ulmanis no toma ninguna medida para hacer frente al ataque alemán que se avecina. Probablemente seguirá aplicando hasta el final su política de péndulo, para luego entregar a Hitler su país y su pueblo, sin hacer la menor resistencia... Ulmanis se prepara a representar el triste papel del Hacha de Letonia... Todas las chácharas acerca de la imposibilidad de permanecer neutrales no son más que un manto para cubrir las intenciones de la política de Ulmanis-Munters. La dictadura letona no se atreve a declarar abiertamente estas intenciones porque sabe que el pueblo y el ejército odian al Tercer Reich, viendo en él, con razón, al sucesor de los barones bálticos y de su dominación extranjera... Y tan pronto como caiga Letonia, las tropas alemanas volverán directamente las armas contra Estonia, como lo hicieron durante la guerra mundial de 1917, bajo el mando de von der Goltz. El gobierno dictatorial de Estonia sigue una oscura política de péndulo, por el estilo de la que sigue la dictadura letona. El ministro de Negocios Extranjeros, Selters, abriga fuertes sentimientos germanófilos, al igual que una parte de la alta oficialidad del ministerio de la Guerra, con el coronel Masing a la cabeza.»

Hasta aquí, las manifestaciones de un periódico socialdemócrata de Finlandia. Por lo que a la propia Finlandia se refiere, los discursos provocadores de los ministros finlandeses y el aplauso que les tributa la prensa nazi revelan que los círculos reaccionarios de Finlandia siguen, sustancialmente, el mismo rumbo que los reaccionarios letones y estonios y que, en particular con su plan de fortificación de las islas Aaland, pretenden cumplir una orden del Tercer Reich. La Alemania nazi aspira a dominar las costas del Báltico como etapa hacia la esclavización de los países del Este y del Norte de Europa. Elementos perspicaces de Sue-

cia se han dado cuenta de que, al pretender forzar la cuestión de las islas Aaland, el ministro de Negocios Extranjeros de su país, Sandler, ha ido en contra de los intereses de su país y ha tendido el estribo a los nazis. La Unión Soviética, al insistir en que los pequeños países del Norte y del Este de Europa sean incluidos en el sistema de garantías, sirve a los verdaderos intereses de estos países, que se verán imposibilitados para defender su neutralidad y que, si quedasen fuera de la garantía del frente de la paz, podían ser un aliciente peligroso para Hitler.

El frente de la paz no necesita excusas.

Las largas dilaciones de las negociaciones con la Unión Soviética y otra serie de hechos han venido a demostrar que las democracias occidentales siguen intentando, como a primera hora, nadar entre dos aguas. El ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra, Halifax, y el propio Chamberlain han vuelto a dirigir, en estas últimas semanas, nuevas propuestas de negociación a la Alemania nazi, que Berlín se ha apresurado a registrar como un signo de debilidad. Lord Halifax, ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra, ha declarado en la Cámara de los Comunes:

«A condición de que se reconozca la independencia de las naciones, el gobierno inglés está dispuesto y aspira a que todo el problema del *Lebensraum* económico (Halifax empleó la propia expresión alemana, equivalente a «espacio vital») sea investigado, no sólo en lo que se refiere a Alemania, sino en lo que afecta a todas las naciones de Europa... Todas las reivindicaciones de Alemania tienen abierto el camino para ser planteadas y examinadas alrededor de una mesa de conferencias.»

Al parecer, con esta declaración y con otra náloga de Chamberlain, se pretendía contestar a la propaganda nazi y salir al paso del supuesto «cerco» de Alemania. Es decir, que

se considera necesario dar excusas a los agresores acerca de los pasos vacilantes encaminados a la organización de un frente de la paz. Berlín reaccionó de un modo inequívoco ante estas declaraciones ministeriales. Los periódicos nazis declararon con cinica sinceridad que Alemania no quería que se interpretase el concepto de «espacio vital» solamente en un sentido económico, sino también en un sentido político. Dicho en otros términos: los nazis volvieron a exteriorizar sus pretensiones de dominación política sobre otros pueblos. Y, al mismo tiempo, declararon redondamente que Inglaterra no tenía nada que buscar en el Este ni en el Sudeste de Europa, por cuya razón lo primero que tenía que hacer era revisar su política de pactos con Polonia y Rumania. El «*Völkischer Beobachter*» exigía de Chamberlain «hechos», es decir, una capitulación por el estilo de la de Munich. Pocos días después de las declaraciones de Halifax y Chamberlain, pronunció Goebbels en Danzig un discurso provocador, en el que anunció que el régimen hitleriano se proponía anexionarse Danzig sin consultar a Polonia ni a las potencias occidentales. Y los nazis provocaron en la ciudad de Danzig toda una serie de incidentes sangrientos, buscando el ansiado pretexto para desencadenar una campaña chovinista de asesinatos contra el pueblo polaco. Como ilustración del modo cómo los nazis se proponen acceder al deseo de lord Halifax de que se respete la independencia de las naciones, puede servir el régimen cada vez más espantoso de terror que pesa sobre el pueblo checoslovaco y que aspira abiertamente a convertir a Checoslovaquia en una provincia más de Alemania, privada de toda clase de derechos. Algunos periódicos ingleses han señalado, en sus comentarios al discurso de Halifax, que este discurso implica un reconocimiento tácito de la anexión de Checoslovaquia, toda vez que Halifax no ha creído necesari-

rio hablar del respeto debido a la independencia de las naciones sojuzgadas ya por Hitler.

Los militaristas japoneses buscan un botín fácil.

A medida que el fin de la guerra en China se aleja y se hace más dudoso y que en Japón crece el cansancio de las masas populares ante la guerra, los militaristas japoneses ven obligados a alargar la mano hacia presas más fáciles, que les indemnicen de sus derrotas contra el pueblo chino. Un botín que tiene un aliciente especial para ellos son las concesiones extranjeras en China. Los valores concentrados en ellas ascienden a miles de millones y los militaristas japoneses piensan que, con este botín, podrían matar dos pájaros de un tiro. En primer lugar, se adueñarían de valores gigantescos para seguir haciendo frente a los gastos de la guerra y, en segundo lugar, esto les permitiría presentarse a los ojos de los pueblos de Asia como campeones en la lucha contra el imperialismo extranjero. Pero, en China, semejante maniobra sólo puede causar sensación a los traidores que se agrupan en torno a Wang Tsin-Wei, y éstos trabajan ya a sueldo del Japón. Los militaristas japoneses alargaron el primer tentáculo hacia la concesión de Kulangseu. Ahora, se atreven ya a lanzarse sobre la gran concesión anglo-francesa de Tsientsin. Con el pretexto de que las autoridades inglesas se negaban a entregarles algunos «elementos del país», los militaristas japoneses han bloqueado la concesión. Y cuando las autoridades inglesas se mostraron dispuestas a negociar acerca de la entrega de los chinos a los japoneses, los militaristas del Japón se apresuraron a aumentar sus pretensiones, exigiendo, con la aquiescencia del gobierno de Tokio, que Inglaterra revisase su política en China, es decir, que reconociese abiertamente y que financiase,

a ser posible, la guerra de conquista de los japoneses. En Inglaterra, se habló de posibles represalias, en forma de aranceles punitivos y de prohibiciones de importación contra las mercancías japonesas.

La prensa alemana e italiana ha seguido con manifiesta malignidad la nueva acción emprendida por los militaristas japoneses contra las posiciones de las democracias occidentales en el Extremo Oriente. El «Popolo d'Italia» confesó que se trataba de un contraataque contra las democracias occidentales. Entretanto, los conquistadores japoneses intentan formar con el traidor Wang Tsin-Wei un llamado «gobierno central para las regiones ocupadas». Pero, hasta la «Frankfurter Zeitung» ha tenido que reconocer melancólicamente, refiriéndose a este plan, que no se podía por menos de advertir que Wang Tsin-Wei tropezaría con grandísimas dificultades, que el nuevo gobierno chino tendría que instalarse probablemente, a la fuerza, en las regiones ocupadas por los japoneses, lo que disminuiría desde el primer momento su eficacia, y que todos los intentos de actuación política en los territorios libres, no invadidos, se estrellarían, a lo que parece, contra la vigilancia de Chan Kai Chek.

La Conferencia anual del Partido Laborista. Cripps solicita su reingreso.

La Conferencia anual del Partido Laborista ha rechazado por 2.360.000 votos, contra 248.000, las propuestas que pedían la agrupación de todas las fuerzas progresivas de Inglaterra contra el régimen de Chamberlain. Mediante la movilización de los votos en bloque de las tradeuniones, cuya masa de afiliados no ha tenido la menor posibilidad de manifestarse acerca del asunto, la Ejecutiva del Partido Laborista ha conseguido ganar la batalla, a fuerza de votos, a la tendencia de Cripps. El propio Cripps ha dirigido a la Ejecutiva, des-

pués de la Conferencia, su solicitud de reingreso.

La prensa liberal inglesa anuncia ya que las fuerzas progresivas que se hallan al margen del Partido Laborista presentarán candidatos propios en las elecciones generales a la Cámara de los Comunes esperadas para el próximo otoño, ya que el Partido Laborista prefiere una política de aislamiento.

Los dirigentes derechistas del Partido Obrero belga, por la escisión.

Desde que ha dejado de ser presidente del Consejo de Ministro de Bélgica, Spaak, en unión de otros dirigentes derechistas del Partido Obrero belga, consagra todas sus energías a luchar contra todas las tendencias de unidad que se manifiestan en el movimiento obrero de aquel país. Volviéndose plenamente de espaldas a la situación interior y exterior de Bélgica, los líderes derechistas del Partido Obrero belga entienden que su misión consiste en mantener una campaña contra los comunistas y en escindir la organización unitaria de la juventud obrera de Bélgica, la Joven Guardia. Con ayuda del aparato del partido, han conseguido que el congreso de la Joven Guardia, con el voto en contra de una gran minoría, ratificase la expulsión de militantes que representaban a la organización más fuerte: la de Bruselas. La organización de Bruselas de la Joven Guardia ha acordado, en una conferencia, seguir luchando enérgicamente contra los escisionistas y por la unidad. Los dirigentes derechistas del Partido Obrero belga intentan justificar su política escisionista con cuentos acerca de pretendidos intentos de penetración de los comunistas. En la conferencia celebrada por la Federación de Bruselas del Partido Obrero belga, esta táctica quedó debidamente desenmascarada. Y es un hecho alentador el gran número de delega-

dos que se volvieron indignados contra la rabiosa campaña antisoviética de Spaak y Cia.

El Congreso del Partido Comunista de Suiza.

Este Congreso colocó en el centro de la política del Partido la lucha por una defensa eficaz del país contra los agresores fascistas y contra los intentos de sus aliados en el interior de Suiza. El Congreso del Partido se manifestó con toda energía en contra de la política exterior de Motta, que, bajo el pretexto de la neutralidad, favorece a las potencias fascistas y aísla a Suiza de las fuerzas de la paz. Exigió la reanudación de relaciones normales con la Unión Soviética y una política fiscal y social conforme a los intereses de las masas trabajadoras e invitó a las fuerzas democráticas del país a agruparse para las próximas batallas electorales.

En torno a las próximas elecciones presidenciales en los Estados Unidos.

El problema que ocupa el lugar central es el de si el presidente Roosevelt presentará su candidatura en las próximas elecciones a la presidencia de la República. Los círculos reaccionarios del Partido democrático empiezan ya a hacer propaganda en favor del vicepresidente Garner, cuya actuación se ha reducido toda ella a sabotear en todo lo que ha podido la política de Roosevelt. A su vez, los líderes del Partido republicano destacan la candidatura del senador reaccionario Vandenberg, en el que concurre la circunstancia de mantener buenas relaciones con el grupo reaccionario del Partido democrático en el Senado. Otros pretendientes a la candidatura del Partido republicano son el fiscal Dewey y el senador Taft.

Pero todas las intrigas reaccionarias en torno a los candidatos a la presidencia pasan a segundo plano,

ante la discusión planteada con motivo de un posible tercer período presidencial de Roosevelt. El secretario de Estado para el Interior, Ickes, a igual que otros dirigentes del Partido democrático, se ha manifestado en una serie de Estados a favor de la reelección de Roosevelt. El propio Roosevelt no ha hecho conocer todavía su intención. Sin embargo, en un gran discurso pronunciado en un congreso de la Asociación norteamericana de pequeños comerciantes, ha defendido plenamente su política de financiación de obras públicas y de asistencia a los parados, como medio para restablecer la economía, fustigando los ataques reaccionarios contra su política financiera.

El ex general y cabecilla fascista

Mosemey ha comparecido ante el Comité Dies, encargado de investigar los manejos «no norteamericanos», dando rienda suelta a sus sanguinarias fantasías acerca del comunismo y amenazando abiertamente con aplicar la violencia contra la democracia norteamericana. El líder de la organización nazi alemana, Kuhn, con el que se han aliado todos los fascistas norteamericanos 100 por 100, ha sido detenido por manejos fraudulentos, pero se le ha vuelto a poner en libertad bajo fianza. Ahora, recorre el país injuriando a Roosevelt y a la democracia. La opinión pública norteamericana se manifiesta de un modo cada vez más enérgico, reclamando medidas más eficaces contra Mosemey y Kuhn.



Ediciones Europa-America

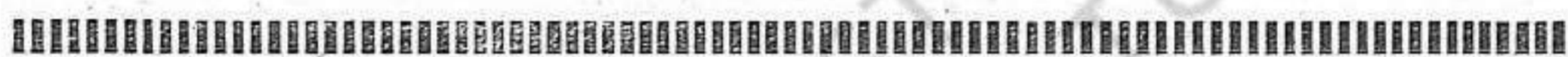
París-México-Nueva York

Sección española del BUREAU D'EDITIONS

Acaba de publicarse, en español,
la obra fundamental

Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.

Un tomo de 432 páginas, encuadernado 10 fr.



XVIII Congreso del P.C. (b.) de la U.R.S.S.

Informes de : STALIN, MOLOTOV, VOROCHI-
LOV, MANUILSKI, CHDANOV
y Resoluciones del Congreso

a 1,50 francos cada uno

Pedidos en Francia a : Bureau d'Éditions, 31, Boul. Magenta, Paris (X^e); E.F.E.P., 3, rue Montholon, Paris (IX^e); C.D.L.P., 25, rue d'Alsace, (X^e).

— **México a :** Editorial Popular, Avenida Hidalgo, 75, México D. F.

— **Chile a :** Editorial Antares, San Francisco, 347, Santiago.

— **Cuba a :** Editorial Páginas, Apartado, 2213, Habana.

— **los Estados Unidos a :** Workers Library Publishers, 39 East 12th Street, Nueva York.

Printed in France

Ediciones Europa-America

París-México-Nueva York

Sección española del BUREAU D'EDITIONS

Acaba de aparecer :

ROMAIN ROLLAND

V A L M Y

Un tomito con ilustraciones 2 fr.



Próximo a publicarse :

G. DIMITROF

Problemas del Frente Unico y del Frente Popular

Segunda edición, corregida y ampliada de los discursos y artículos del gran luchador antifascista.

Un volumen de más de 250 páginas..... 15 fr.

Pedidos en Francia a : Bureau d'Éditions, 31, Boul. Magenta, Paris (X^e); E.F.E.P., 3, rue Montholon, Paris (IX^e); C.D.L.P., 25, rue d'Alsace, (X^e).

— **México a : Editorial Popular, Avenida Hidalgo, 75, México D. F.**

— **Chile a : Editorial Antares, San Francisco, 347, Santiago.**

— **Cuba a : Editorial Páginas, Apartado, 2213, Habana.**

— **los Estados Unidos a : Workers Library Publishers, 39 East 12th Street, Nueva York.**

Printed in France.